

M A G D A L E N A P E T I T

Un hombre  
en el  
Universo

NOVELA

N A S C I M E N T O

ALGUNOS JUICIOS SOBRE "CALEUCHE"  
(Premio Municipal, 1946)

ALONÉ (prologando "Caleuche").—  
... "Magdalena Petit tiene fantasía inventora. Es uno de los pocos escritores—no decimos escritoras, porque sería reducir su órbita—que en Chile poseen ese don... Escasean los constructores de vidas imaginarias, Magdalena Petit las hace brotar, las mira y las palpa, cree en ellas con sincera creencia y logra hacer sensible esa convicción".

"Este buque, este "Caleuche" desvanecido entre las brumas australes, aquí resplandece y cruza tripulado por seres ambiguos, extraños, mitad símbolo, mitad alucinación: los sentimos a través de estas páginas rápidas que, a veces, tiemblan de un modo inquietante y, venidas del misterio, pasan cargadas de un mensaje enigmático y se alejan, misterio adentro".

BENJAMIN SUBERCASEAUX ("Zig-Zag", 12-XII-1946).—"He aquí una Autora (con mayúscula, Alone) que no me inspiraba una especial simpatía... literaria... A regañadientes cogí su "Caleuche" y comencé una lectura atenta... A medida que me adentraba en esa notable novela poemática, iba creciendo mi entusiasmo y mi admiración por su autora. Se trataba de un libro hermoso, inteligente y, por suerte, sin preciosismos de estilo. Algo sobrio de forma, casi varonil en su brevedad de buena ley; segura, firme, con cada hallazgo como una joya de agudeza y belleza, y—lo que es mejor—de una tierna y entrañable humanidad, que nada perdía al elevarse a la más delicada fantasía. ¡Oh, por fin la maravilla de poder ser en Chile exactos en la observación, sin perder nada en la poesía; ser limpios en el estilo, sin que éste "cante" y nos distraiga del relato! Por fin—¡oh maravilla!—haber logrado dibujar tipos chilenos apasionantes; personajes *que uno hubiera deseado ser*".

FRANCESC TRABAL ("La Nación").—"Caleuche" es, en primer lugar, una señora novela. Una novela de cuerpo entero. Hay en ella un novelista de pies a cabeza... Pero hay más: además de ser "Caleuche" una novela, es una buena novela. Una novela que cualquier país estaría orgulloso de haber producido... Y, si faltasen argumentos para justificar nuestra admiración, cree-

(Pasa a la otra solapa)

## OBRAS DE MAGDALENA PETIT

- LA QUINTRALA (novela premio "La Nación"). Apareció el 3 de junio de 1932 ("Zig-Zag").
- LA QUINTRALA (drama en cinco actos, editado en diciembre de 1935; representado en noviembre de 1937 por la Compañía Herrero-Serrador). Agotado.
- KIMERALAND (fantasía teatral en un prólogo y cinco cuadros, editada en el N.º 25 de la revista "Excelsior", 23 de diciembre de 1936).
- DON DIEGO PORTALES (biografía novelada, editada por "Ercilla" el 6 de junio de 1937. Premio Municipal). Sale nueva edición en los primeros días de mayo.
- LOS PINCHEIRA (novela histórico-policia de la época colonial 1830). Reeditada por "Zig-Zag". Inscripción 6940.
- UN AUTOR EN BUSCA DE REPRESENTACION ("Atenea", N.º 133, de julio de 1936).
- CALEUCHE (drama premiado en el concurso del Teatro Municipal en el año 1941).
- CALEUCHE (novela, Premio Municipal, 1946).

### TEATRO INFANTIL

- PULGARCITO (teatralización del cuento del mismo nombre, editado por "Zig-Zag", fines de 1937 y representada por alumnos del Instituto "Andrés Bello" en el Teatro Municipal).
- EL CUMPLEAÑOS DE ROSITA ("Zig-Zag", 1937, comedia en un acto representada en el Teatro Miraflores y en el Club de Señoras por adultos y niños aficionados).
- EL DESENCANTAMIENTO DE LOS JUGUETES ("Zig-Zag", mediados de 1938, fantasía teatral en un prólogo, tres actos y un epílogo).
- PINOCHO EN EL TRIBUNAL DE LOS NIÑOS, representada en la Compañía "Las Mil y Una Noches".

### CUENTOS

- UNA NARIZ TESONERA (revista "Lecturas", N.º 5, diciembre de 1932).
- ROSA MANEIM (revista argentina "Nosotros", N.º 239).
- FIDELIDAD (cuento poemático, "Atenea", N.º 87).
- TORMENTA (cuento poemático, "Atenea", N.º 101).
- PERICO ("El Diario Ilustrado").
- REFLEXIONES (pensamientos cortos, "Atenea", N.º 101).

### ARTICULOS DE CRITICA

- PROUST, SNOB Y SERVIL (revista "Nosotros", N.º 282, traducido al francés en "Les Cahiers du Sud"). El estilo y la composición en la obra de Proust. ("Atenea", N.º 62).
- Marcel Proust y Alexander Arnoux ("Atenea", N.º 64).
- La Psicología en la obra de Proust y Dostoiewski ("Atenea", N.º 95). Pablo Neruda ("Atenea", N.º 99). Del arte en la crítica (estudio de la obra de "Alone", "Atenea", N.º 1).
- Algunos artículos periodísticos en "El Mercurio", "La Nación", revista "Hoy", "El Diario Ilustrado" y "El Imparcial".

### INEDITOS

- PORQUE ERES RICO (comedia en tres actos). NO SE LO DIGAS (drama en tres actos, versión francesa y castellana de la autora). "TIERRA, TIERRA", DIJO COLON (comedia satírica representada por la Compañía Leguía-Córdoba).

Magdalena Petit

Un hombre  
en el  
Universo

(Confesión de un desorientado)

NOVELA

Editorial Nascimento

SANTIAGO 1951 CHILE

Es propiedad  
Inscripción N.º 12,109

N.º 2540

Impreso en los talleres de  
la Editorial Nascimento  
— San Antonio 240 —  
Santiago de Chile, 1951

## EXPLICACIONES AL LECTOR

*El manuscrito que presento con el título de "Un hombre en el Universo" me fué entregado por el administrador de un hotel. Un pasajero, de supuesta identidad, lo dejó en la pieza que ocupaba, junto a la cancelación de su cuenta. En breve carta decía lo siguiente: "Señor Administrador, cancelo mi cuenta y me despido de Ud. hasta unos muchos miles de años. Volveré entonces a cancelar una cuenta igual a ésta, en momentos iguales y por iguales razones a las que rigen mi actual conducta. Salgo para un largo viaje a través del espacio y del tiempo, en medio de las peripecias a que está sometida la materia movida por el espíritu. Le dejo estas memorias por si le interesa saber lo que puede ser la vida de uno de tantos pasajeros que cruzan por los hoteles del mundo. Nada sacaría Ud. con entregarlas a la policía. No sabría buscarme donde estoy realmente. Suponga Ud. que la primera etapa de mis andanzas sea Valparaíso, y luego se pierde el rumbo. La mejor manera de encontrarme sería buscarme en mí mismo, es decir, en estas páginas. Si al leerlas—me ha parecido Ud. inteligente—cree encontrar una pista, no tire el manuscrito. Guárdelo dos o tres años—tiempo suficiente para comprobar que nadie se inquieta por el desaparecido—y lléveselo entonces a un editor. Si lo publica, al-*

*gún lector seguirá la pista que Ud. señala. Si no me encuentra a mí, Fulano de Tal, puede que encuentre al Hombre. Si no lo encuentra por mis caminos, quedará incitado a buscarlo por otros. Lo interesante es buscar donde se encuentra el Hombre”.*

*Al leer el manuscrito se comprendía que la carta no era de un loco. Lo publico como un documento digno de ser conocido. Posiblemente asome en sus páginas una nueva concepción filosófica del determinismo. Pero no es este aspecto el que me parece de mayor interés. Lo apasionante es la historia misma del héroe, sus luchas consigo mismo y con el medio intrincado en que vive. Su historia es la historia de nuestro hombre moderno, demasiado lúcido para aceptar sin discutirla una existencia que le parece absurda. Sin embargo, en vano protesta: contra las leyes inmutables que rigen los destinos del hombre y del cosmos del que forma parte, sólo cabe someterse. He aquí, sin duda, lo que se desprende de esta curiosa “Confesión de un desorientado” y que ha llevado a su autor a firmarla “Velis Nolis” (\*).*

---

(\*) En latín “Velis Nolis” significa “Quieras o no quieras”.

# PRIMERA PARTE

## “CONFESION DE UN DESORIENTADO”

Valparaíso, 1940.

A María G.

---

### *Especie de Prólogo, como en las novelas*

Parece que los negros que se casan con blancas—o viceversa—no engendran hijos de a cuadros, ni de a listas... Pero, ¿hasta qué punto resultará la cohesiva amalgamación en lo que se refiere a herencia moral? ¿No existen momentos en los que aflora en el espíritu—de cuerpo entero—el alma de un solo abuelo: el negro o la blanca, el blanco o la negra?

Esto lo sabrán ellos, o no, consciente o inconscientemente, por la experiencia de las generaciones. Yo, que nada tengo que ver con negros, busco en esta observación tan sólo el símbolo, porque me imagino que quien tenga en sus venas—cual es mi caso—sangre de varias razas, por albas que sean éstas, debe necesariamente sentirse como un campo de batalla espiritual en el que vienen a combatir, sangrientamente también, aunque no se vea, aquellos ascendientes que le aportan condiciones de temperamento, de carácter, de inteligencia, muy diversas y a veces opuestas. Si a ello se añade una falta, como si dijéramos, de estabilidad social: si pertenecemos a los que llaman en francés un “déclassé”, uno de esos seres que no están ligados fuertemente a alguna de las tres clases delimitadas por las designaciones de clase alta, clase media, pueblo, aumenta en nosotros el desconcierto, el desasosiego: ser un des-raciado y un des-socializado es ser un desgraciado. Y llego a pensar que es por-

que yo estoy “revuelto” que está “revuelto” el mundo, del momento que tantos hombres se encuentran en el mismo caso mío: por lo que se justificaría la observación humorística de Tristan Bernard: “Los déclassés son ya tan numerosos que han llegado a formar la clase de los “Déclassés”.

¿Qué le sucede, entonces, a un ser de esta especie?

Se siente desorientado en cuanto a la elección de un camino: se inhibe, prefiere no actuar; y, si actúa, lo hace con desacierto, con desconcierto, desorientadamente. Es como una semilla que revolotea en el viento y lo agita, a su vez, sin saber caer y arraigar en el suelo fecundo.

Para ser felices es preciso cosecharnos a nosotros mismos; pero, si por las razones indicadas, padecemos del que llamaría no sé hasta qué punto de acuerdo con los modernos lenguajes científicos—“complejo de virginidad” o “complejo de la semilla que no se atreve a dejar de ser semilla”, habremos hecho abortar la misión evolutiva que le es confiada a toda semilla, pagando con estados más y más neuróticos esta sordera moral a la voz de la naturaleza—entendamos que la naturaleza abarca también las misiones sociales, es decir, toda suerte de destino individual que contribuye positivamente al beneficio del conjunto humano. ¿Qué hay de verdad en estas observaciones, por lo menos respecto al caso personal mío? Bien sabía yo—inconscientemente por cierto—que debía plantarme, enterrarme en la obscuridad, si quería encontrarme a mí mismo; pero le temía a este primer sufrimiento mío y al de los que, así, me perderían. Me conservaba, entonces, y deseaba que todos se conservaran también en estado potencial, en estado de semilla. No había descubierto aún, que sufrir es ser feliz si nuestro sufrimiento—no estéril, ya—hace nacer nuestra propia vida asignada. No soy egoísta y mi sufrimiento me importaba menos, en verdad, si analizo bien, que el que pudiera provocar mi actitud nueva en los seres que me rodeaban, de

cerca o de lejos: mi familia, mis amistades, la sociedad toda entre la que vivía, y mis prejuicios morales y otros me ligaban a los que nada les importaba mi desgracia.

Debía temerle, quizás, también—siempre inconscientemente, de seguro— a todo lo terrible que podría descubrir en el germinar de una semilla que, por encerrar tantas herencias, habría de brotar más dolorosamente destrozada que cualquiera cuando reventaran sus cientos de anhelos complejos y contradictorios.

Al fin, me dí cuenta un día, que contener la expansión de lo que *quiere ser*, era, de todos, el mayor de los sufrimientos. Digo “me dí cuenta”, aunque no me dí cuenta positivamente de ello entonces, sino muchos años después al exclamar: “¡Quisiera ser el Difunto Matías Pascal!” (\*). Ahora que el destino mismo, ya que no supe hacerlo yo, se ha encargado de colocarme en esta envidiable situación, he venido a medir el hondo significado de aquella exclamación que se abría las puertas de mi conciencia.

Era yo el “déclassé” por excelencia.

En primer lugar, debido a aquella inestabilidad social misma, creada por mi origen judío que me impedía, a la vez, ser asimilado del todo, o por la aristocracia o por la alta burguesía: me hallaba relacionado con la primera, y esto me distanciaba de la segunda y más de la clase media—para qué decir, del pueblo—de las que me apartaban mi fortuna y mi educación en las altas esferas.

Era, además, un “déclassé”—tomando el término en un sentido más amplio y más sutil—por mi individualismo innato, intransigente. En ética y estética, lo era por verídico; en amores, por “diferenciado”, a la manera de las explicaciones de Marañón, aunque muy distintamente de su héroe, Amiel, que poco me convence como ejemplo propuesto del tipo; y, en las relaciones generales con mis seme-

(\*) Novela de Pirandello.

jantes, por ser uno de aquellos que han despertado, en este reino de dormidos, que es el mundo del hombre, donde parece que una mano invisible nos hubiera hipnotizado a fin de manejanos a su antojo. Pero debía ser peligroso despertar con un grito a aquella especie de sonámbulos de la vida, y a los que me rodeaban los dejaba soñar, compasivamente, quedándome, así, más y más sólo, más y más "déclassé".

No sabía que mi religión—el catolicismo, porque mi madre era católica y había exigido que lo fueran sus hijos—me había molestado: no sabía que mi patria—¿cuál?—tenía varias por la sangre y una por el sitio de mi nacimiento y otra por el de mi residencia—, me había molestado; no sabía que mi familia y mis amigos me habían molestado: lo supe el día ese en que me encontré exclamando: "¡Quisiera ser el Difunto Matías Pascal!"

"Déclassés" como yo, los hay innumerables, seguramente—han llegado a formar una clase, si damos crédito al humorista Bernard—. Por supuesto, mil diferencias, ya resaltantes, ya sutilísimas, nos apartan a unos de otros dentro del mismo frasco que lleva la etiqueta, la imprescindible etiqueta *clasificadora*. ¿Qué importa? Etiquetas, metros, kilos, minuterios y otras medidas inventadas por el hombre, aunque arbitrarias, significan la comodidad de poderse entender por signos, por medias palabras; ya habrán de suplir, para llenar los resquicios, la intuición, el instinto, tan sabios en los que no toman todo al pie de la letra—cual los intelectuales—: en los hombres corrientes, de sentido—no diré común—humano.

Ud. no puede imaginarse, María, cuánto sufrimiento acumulado durante toda una juventud abortada significa la exclamación "¡Quisiera ser el Difunto Matías Pascal!" En una novelita, o un poema—creo que de Musset— ansiaba el héroe: "Je voudrais être le monsieur qui passe!" Estos deseos

de ser el señor que pasa, de morir para renacer en el pellejo de un hombre, otro distinto del que somos, no simboliza tan sólo la inconsciente expresión de nuestra desgracia o aburrimiento, representa la voz disfrazada de la conciencia que nos grita: "Sé quién debes ser".

Pasaban los años, y yo me resistía a "ser el que debía ser" por persistir en ser el que los demás, egoístamente, querían que yo fuera: el hijo sumiso de un padre despótico, el hermano abnegado de indiferentes—por no decir hostiles—hermanos, el jovencito que baila con las rezagadas, que acompaña a las viejas y a los enfermos y, por fin, la tierna carne de cañón dispuesta al sacrificio para servir a un gobierno—se hacía llamar Patria—que, después de una primera guerra, pretendiendo acabar con la guerra, preparaba, por inconsciencia y estupidez, una guerra mayor y de consecuencias que aun no podemos prever. ¡Pero muera el mundo, ya que está loco, y bien muerto estará! Por el momento, muere tan sólo Europa y yo la miro agonizar con una especie de rabia cínica: Te lo tienes merecido, me dan ganas de gritarle, te lo tienes merecido por no haber sabido educar hijos que "*fueran quienes debían ser*" y ellos ahora se matan mutuamente porque ni se atreven a desertar, ni siquiera a suicidarse, y mucho menos a querer ser un difunto que resucita. Aunque bien pudiera resultar que, por carambola, sucediese este milagro. ¿No ocurrió así conmigo, no fué a pesar mío, por la circunstancia de este disturbio espantoso de Europa y por otro cataclismo—material, tan sólo, éste—que me he convertido en una especie de Difunto Matías Pascal? ¡No me toca a mí quejarme!

Habré de censurar, sin embargo, y todas estas explicaciones que van dirigidas a Ud., María, porque Ud. merece que yo me explique, van a ser una continuada e indirecta censura: ¿basta la voluntad, y la buena voluntad de un hombre, para tomar el camino que debe tomar, si mil trabas

son más poderosas que la mejor y más firme voluntad? Por otra parte, buena voluntad, pero no firme, sino lo más indecisa, era la mía: todos los caminos me solicitaban y por eso no acertaba a tomar ninguno. Después de liberarme—de ser liberado, mejor—el hombre nuevo que, jubiloso, creí encontrar en mí, se parecía demasiado, en muchos puntos, y en éste de la voluntad, sobre todo, al que había abandonado: se parecía como se parece a su padre muerto, el hijo que sigue viviendo de la ininterrumpida herencia biológica que encadena a las generaciones y hace imposible la liberación completa. Mi individualismo exacerbado se exaspera cuando pienso en lo ilusorio de mi libertad: deseé con frenesí apartarme de los vivos que me rodeaban: y, muertos, ahora, descubro que no yacen en sepultura, que se han refugiado diabólicamente dentro de mí: cuando río, es la insufrible risa de mi tío Augusto la que sigo oyendo; camino con la espalda encorvada de mi padre; por mis ojos cruzan los mismos odiados reflejos sarcásticos de mi hermana Raquel—estuve a punto de romper mi espejo esta mañana al descubrirlo cuando me afeitaba; nunca lo había notado—. De todas maneras, su muerte como personas ha estompaado bastante estas presencias y actúan a la sordina cual pantomima de vagas siluetas espectrales sobre las que es más difícil descorrer el telón de mi repudio. ¡Sin embargo, no puedo ignorar que acechan en la sombra de mí mismo como los microbios que llevo en mi sangre, en mis vísceras! Pero qué importa; yo, el desertor de esta nueva guerra, he descubierto que la vida no es sino guerra y que estoy lleno de vitalidad luchadora, dispuesto a enfrentarme a mí mismo, al mundo exterior y al de las ideas; pero según mis propios planes y necesidades, no al antojo de gobiernos que no son gobiernos; además, yo he cumplido a mi hora, apenas adolescente, como tantos, con lo que llaman deber de ciudadano... ¿para qué resultado? el de esta actual hecatombe.

No quisiera hablar de cosas tristes, ya que en lo hondo estoy alborozado por la ilusión de un renacimiento en mi viejo ser. Demasiadas veces vendrán los recuerdos a empañar de amargura mi pluma cuando me refiera a mi existencia pasada. En este instante anhelo tan sólo mirar el porvenir, como un muchacho. Tengo veinte años, sin duda, María, aunque ya he cumplido más del doble. Me siento feliz. Para mí sí, la vida comienza mañana...

Después de este esbozo general y bastante vago, no sé como seguir, o, mejor dicho, de qué manera comenzar. Esto no puede ser una carta ni un diario íntimo, aunque haya de revestir algunos de aquellos caracteres; además, no soy escritor, ni pretendo interesarla con un relato aderezado, dosificado de elementos que dan sabor a las novelas, y Ud. ya conoce, de mi vida, la parte espeluznante, "entretenida", que yo prefiero llamar melodramática y no trágica: cuando las circunstancias exteriores acumulan, casi de golpe, demasiadas desgracias—accidentes—, le comunican a los hechos un aspecto de crónica roja o melodrama—por lo menos ante el juicio de las personas como yo—que nos hace desinteresarnos del talento de la Providencia como escritor de la vida. Hablo en cuanto a espectador, naturalmente; en cuanto a actor, tengo para con aquella Providencia y sus designios—Dios escribe directo con líneas torcidas, dice un proverbio portugués—una deuda de eterna gratitud. ¿Que le parezco un cínico, un desalmado? Bueno, lo siento por Ud., mujer "comprensiva", y más sentiría parecerle farsante. Pero estas son palabras; déjeme poner desde luego los puntos sobre las íes, diciéndole que nada me importa parecerle cualquier cosa. No vengo aquí a representar una comedia, vengo a mostrarme desnudo, y si a Ud. le asusta, no mire; y, sobre todo, no se tape el rostro como aquella del célebre cuadro: "La Vergonzosa", que aparta un poco los dedos de la mano con que ha cubierto hipócritamente sus ojos. ¡Ah,

María, pobre María!, ya me está viendo sin traje y desconociéndome de aquel hombre "bien vestido"—aunque mis ternos se están poniendo viejos—que a Ud. le ha gustado: es que Ud. tiene que saber que me parezco, a veces—rara vez, espero—no sólo a Jacobo, sino a mi primo Efraím, el grosero y cínico Efraím, que tanto me ha chocado, desde la infancia, con sus malos modales que la buena educación inculcada por mi madre, cuando quedó huérfano, apenas lograra velar un poco: quiero decir que en mí, si me descuido, trasluce el judío, cierto tipo de judío, encarnado admirablemente por mi primo, como trasluce en otros hombres el negro, el oriental, el indio, porque nadie, nadie, ni el que se tenga por más puro aparece sin mezclas cuando le quitan bien sus ropas y ropajes; como tampoco puede decir ninguno: nunca ha habido en mi familia un sifilítico, un canceroso o un tuberculoso.

Pero de todas las enfermedades, la que se infiltra mejor en este mundo revuelto es la concupiscencia judaica, y es porque son "judíos" los hombres—los cristianos—en alguna de sus herencias remotas—a menudo cercanas—que le han hecho la guerra al judío. Pero ya tendré ocasión de volver sobre este punto que me duele y me interesa; me he ido apartando de lo que iba a explicarle, es decir, que tratándose aquí de mi vida, y no de una historia de novelista, queriendo que me conozca, no como quisiera ser o como a Ud. le gustaría que fuese, sino como soy, mi *confesión* habrá de aparecer deshilvanada, con buceos en el pasado, exposiciones en el presente, interrogantes del porvenir; hombre de intensa vida interior, poco figurará la acción y demasiado, quizás, lo que se ha dado en llamar "estados de alma". Yo mismo, en fin, no puedo hacer un plan y saber lo que va a resultarme, ni si le iré mandando a medida que escriba lo que vaya saliendo: pudiera ser, también que no le enviase nada, que quemara estas hojas comenzadas, o todo, si llego

hasta el fin. Es esto, seguramente, lo más probable. Le he mentido al decirle que quiero que me vea desnudo: soy púdico, moralmente, como puede serlo en lo físico una mujer casta, y creo que he tomado a Ud. como un pretexto, tan sólo, por la necesidad que tengo de desahogar mi alma. Y es que un monólogo es siempre un diálogo disfrazado—al revés del amor—y Ud., que prefiere coser y escuchar, en vez de hablar, Ud. que tiene tan fino el oído y penetrante la mirada, puede ayudarme a creer que no caen del todo mis palabras en el vacío, con sólo figurármela sentada en ese feo sillón verde donde se ha sentado hace tan pocos días.

## I

Sí, la mejor manera, para librarme del pasado, será evocar lo íntegro, o en substancia, al menos, hurgando entre las ruinas de mi anterior existencia, como hurgué entre los escombros de la casa volteada, para desenterrar con mis propias manos los muertos que deseaba enterrar, de verdad, bajo la tierra hospitalaria. Sólo después de cumplida la lúgubre tarea logré descansar encontrando el refugio del sueño. Y me parece que no llegaré a iniciar esta nueva vida que me propongo vivir, si no desentierro con el recuerdo, escribiéndolo, el pasado que clama por una cómoda sepultura, también. Todos murieron, como Ud. sabe, y ahora quiero decirle lo que no osé confesarle, quizás porque no era llegado el caso: no me importa. ¡Todos murieron y no me importa! El sufrimiento mismo anestesia, tal vez, o busco creerlo para disculpa mía; pero tendría demasiadas disculpas a mi haber y no necesito de ésta, ni quiero tampoco ninguna: ansío verdades, ventanas abiertas que ventilen el mal hedor de la hipocresía. ¡Para qué volvería ante Ud. a las viejas artimañas sensibleras! Aquí se trata de mí, del nuevo yo que soy, para cuyo advenimiento bastaron tres minutos de convulsiones del suelo que revolucionaban a un mismo tiempo mi alma. Y ahora vamos a los hechos.

Eran las once de la noche. Los sirvientes acababan de retirarse al pabelloncito que prolongaba la vieja casona del fundo. Mi tía los había mandado a acostarse, porque suponía que estarían rendidos por el día de enorme trajín, a causa de nuestra reciente mudanza: el último camión había sido descargado poco antes de la hora de comida que por este motivo se sirvió con bastante atraso. Nos hallábamos reunidos tomando café en la enorme pieza transformada en living-room; los muebles y objetos, que habíamos traído con nosotros de Europa, ya en orden y dispuestos exactamente como en la casa de allá, nos daban la ilusión de encontrarnos todavía en el antiguo hogar dejado tras de los mares: ahí estaban, alzados en sus patas como animales domésticos, los dos pianos de cola—el de Raquel y el mío—; los cuadros de Cézanne tapizaban los muros de las paredes laterales, como allá; pero faltaba, en la del fondo, un hermoso Grecco, cuya venta había ayudado a nuestros gastos de viaje y al primer desembolso para la compra del fundo, y ocupaba el sitio, reemplazándolo, un gobelino del antiguo comedor que representaba una cacería. A mí me hacía una falta espantosa no verlo allí, no verlo nunca más; pero mi hermano Jacobo había decretado aquella venta, sin que nadie escuchase mis protestas y mi consejo de preferirle a un valioso cofre antiguo e histórico, que hubiese obtenido aún mejor acogida de parte del anticuario, muy interesado por ese mueblecito; y es que cuando se metía a persuadir, el autoritario Jacobo, su admirable poder de sugestión—un verdadero don—dejaba convencida a toda la familia, aun cuando dijese un disparate—como ocurría a menudo, pues era bastante chiflado, si bien inteligente y habitualmente práctico.

Mientras revoloteaban Raquel y María alrededor de dos canastos con cristales y porcelanas, desembalando de entre la paja los últimos pequeños objetos, la Tatá—como le de-

cíamos a tía Ana, hermana de mi madre que la reemplazaba desde que ella murió—le servía el café a mi padre que se había sentado, hierático, en el duro sillón azul, estilo Enrique II, donde parecía por su aire nostálgico un viejo rey en destierro—lo era a su modo, de sus tierras productoras de Oblon, cerca de Lorena, confiscadas por el atropello de Hitler.

¡Ah, padre mío, por qué no salí de aquella sala en ese instante en que tomabas tranquilamente tu café! Estaba deseoso de dar, solo, una vuelta por el jardín; pero mi temor de parecer aislarme, en momentos en que reanudábamos la vida familiar—siempre, siempre, mi eterna consideración, en la que nadie reparaba, nunca—me retuvo en la sala. ¡Ah, padre, si no me hubiese quedado, pudiera recordarte con tristeza, y a mis hermanas hogareñas, a mi dulce tía, al mismo Jacobo que se había puesto a descolgar uno de los paisajes de Cézanne, porque, según su criterio—el más arbitrario y tornadizo que haya conocido—había quedado un poco más alto que el que le hacía “pendant”. No me había llamado la atención aquel supuesto desnivel, siendo yo muy sensible a cualquier asimetría, y no dudé que sólo el espíritu turbulento de mi hermano, su necesidad de intervenir siempre en todo, le impulsaban a encontrar mal colocado el cuadro; pero, naturalmente, guardé para mí este juicio, pues en todo lo que no era de imprescindible urgencia oponerse, nunca le discutía; me contentaba con alguna observación, después, ante los demás, en la esperanza de abrirles los ojos: pero siempre—y debo hacerlo constar como una cosa de veras notable, para quienes se interesan como yo en la psicología—siempre se inclinaba la gente de la casa a darle a él la razón; al punto que llegaba a pensar en que era yo el de criterio extraviado, y sólo el recuerdo de mi fama de sensato, desde el colegio, y de una anécdota que puede servirme de punto de apoyo para justificar lo que di-

go—ya habré de referirla—me hacía volver a la fe en mí mismo. Sin embargo, a pesar de una evidencia comprobada año tras año, día a día, nunca dejé de dudar de mí, en cada ocasión, un instante siquiera. Es que me parecía inverosímil—insisto—que tuviera la razón un solo ser—yo—contra toda una familia numerosa que se componía de personas inteligentes y, al parecer, justas y buenas. Pero era así: vivía entre ciegos o miopes, ciegos y miopes convertidos en tales, momentáneamente, al son de una voz, es decir, ciegos por hipnotismo. Llegué a esta conclusión un día en que, horrorizado ante el poder inexplicable de Hitler en Alemania, luego en Europa, comprendí el fenómeno de la sugestión: si un pueblo podía hallarse a medias loco, llevado por un loco, ¿por qué no podría una familia estar sujeta al capricho de uno de sus miembros que, loco, la enloquecía? O, más bien, ¿no sería porque muchas familias se componían de histéricos, como la mía, que era posible la histeria de todo un pueblo contaminado? ¿No venían las revoluciones y las guerras porque en ciertos hogares, en muchos, se despertaban discusiones sin base, peleas sin motivos, explicables tan sólo como resultado del desahogo de algún turbulento en busca inconsciente de puertas de escape para la acumulación de su electricidad nerviosa? Las causas económicas serían el último factor determinante, o quizás, en ciertos casos—círculo vicioso—porque faltaba el dinero se ponía nerviosa la gente y comenzaban así muchas de las neurosis familiares, luego nacionales.

He tenido que extenderme a estas explicaciones, María, para hacerle comprender mejor cómo pudo cobrar caracteres tan violentos la última pelea que tuve con Jacobo y mi familia, minutos antes de que murieran. Debo agregar todavía algunos datos y circunstancias necesarios a una mayor claridad, y continuaré en seguida.

Jacobo pertenecía, como su padre y abuela, a esa clase

de espíritus que, faltos de verdadero carácter, se tornan despoticos y cobardes y necesitan siempre de una víctima para sentir su poderío. Así como mi padre mantenía en esta triste función a tía Ana, Jacobo me había tomado a mí como blanco de sus hostilidades—ya que no alcanzaría conmigo fines de avasallamiento—, sobre todo después que murió su verdadera víctima, nuestro hermano menor, José; el que, sin exagerar, puedo decir murió indirectamente por culpa suya y de la vida infernal de nuestra “vida de familia”. Su naturaleza sensitiva, su alma de “élite”, no habían podido adaptarse a un medio en que la violencia, la mala educación, hacían insufribles los defectos de carácter que nadie trataba de disimular y menos de reprimir: sin embargo, sabe Dios que nos educó bien mi madre, tan fina, tan educada. Pero suelen encontrarse estas contradicciones cuando la naturaleza es más fuerte en sus herencias que en su poder de adaptación, y algo del bárbaro alemán asomaba en nuestra sangre, aunque judía por el lado paterno y francesa y católica por el aporte materno.

Nuestra ruina, nuestro próximo destierro que preparábamos sigilosamente, la odiosa persecución a los judíos que nos indignaba, habían producido cierto acercamiento entre Jacobo y yo, y unido más aún a todos los miembros de nuestra familia, naturalmente unida a pesar de tantas divergencias. Pero nuevas ocasiones de saciar su espíritu camorrero se le presentaron a Jacobo al convivir a bordo en un mismo camarote conmigo, sin un “valet” sobre el cual pasar sus nervios—se encantaba con la esclavitud de la servidumbre: hacerse rascar la cabeza, ver a sus pies a un hombre poniéndole los zapatos, retar a un subordinado, eran un placer que le procuraba la fácil sensación del poderío. A él y a Efraím les quedaban resabios de “parvenus” y sus insolencias, que creían de buen tono porque podían señalar las mismas entre muchachos de los mejores apellidos, su falta de “savoir-

vivre”, les cerraban ciertas puertas del mundo aristocrático; pero como tenían la fobia del odio judaico, atribuían a su origen cualquier menosprecio, sin querer convenir en que la gente hacía diferencias—porque sabe conocer—cuando se trataba de José, y de mí, aunque a veces hubimos de pagar también por causa de ellos; y muchas, por supuesto, pero no siempre como pretendían, por causa del eterno tabú israelita.

Hecho este paréntesis, debo hacer constar que mi padre, habiendo notado nuestros continuos disgustos a bordo, esperaba que cesarían en parte al llegar nosotros a Chile, donde el trabajo en el fundo quedaría repartido y delimitado de manera que no hubiese motivo de roce. Yo debía tomar a mi cargo la ganadería y Jacobo la lechería; mi padre, ya cansado, sólo supervigilaría ambos trabajos.

Ahora estábamos en Chile, habíamos llegado al fundo, y mañana comenzaríamos a organizar nuestras tareas. Pensaba precisamente en mil proyectos al beber, silencioso, el café recién servido, y mis miradas distraídas seguían el martilleo de Jacobo: constaté entonces, de manera inconsciente, pero segura, que volvía a plantar el clavo en el mismo sitio; y, cuando desde el piso en que se había subido comenzó a decirle a mi padre: “¿Le hablaste a Pedro de lo que me dijiste?” Sentí un golpe en el corazón y una llave de luz se abrió en mi conciencia: lo del cuadro vuelto a colocar era una actitud, un biombo, que le permitiría estarse de espaldas para dejar caer con aparente inocencia una pregunta. ¿Qué contenía ésta? ¡Qué es lo que iría a venir! Algo malo, algo malo para mí, sin duda. No sólo esa espalda me lo gritaba; la carraspera de mi padre, el canturreo benévolo de Raquel y, sobre todo, las manos tiritonas de tía Ana, que desparramaban unas gotas al servirle el coñac a mi padre: estaba amoratada y esto ya me obligaba a acumular fuerzas espirituales para reprimirme, viniese lo que viniese.

—Papá te tiene una sorpresa, ¡vas a quedar encantado!— se atrevió a lanzar Jacobo, con el tono comunicador de entusiasmo que yo le conocía cuando quería imponerle por vía de astucia sus gustos o su parecer a alguna persona. Pero su maravilloso don de persuasión carecía de poder hipnótico sobre mí, porque Dios me había dotado, en cambio, de cierta intuición psicológica y no se me escapaban demasiado las ocultas intenciones de la gente, y menos las de Jacobo, a quien conocía sólo como llegamos a conocer, por haberlo escudriñado en todas sus formas, un dolor crónico que debemos prevenir o mitigar, mientras soñamos desesperadamente en la manera de acabar algún día con él, si fuese posible, y si no, de acabar con nosotros.

La patilla blanquecina de mi padre se agitó en tic al que había llegado a atribuirle yo, sin saber por qué, un significado de falta de carácter; la voz dura, el ceño exagerado, que en seguida acompañaban siempre sus palabras, no hacían sino confirmar mi íntimo diagnóstico: actitudes, como las de mi abuela, de Jacobo; actitudes por las cuales tanto falso autoritario, ayudado del terror que inspiran sus mímicas, consiguen tornarse despóticos. No habría déspotas—he pensado a menudo—si no existiesen las gentes que los crean, los que tiemblan ante sus gritos en vez de ridiculizarlos.

Pero esta vez, la patilla no se agitaba como para darle impulso a palabras de cólera, sino porque ya existía el tic por sí solo. La voz de mi padre, al contrario de lo que yo estaba esperando, salía opaca, envejecida, parecía apenas un eco; y le encontré a su cuerpo el aspecto tieso de esos maniqués de los que se sirven los ventrílocuos para insuflarles su propia voz. Golpeado por nueva corazonada, comprendí de pronto que hacía ya bastante tiempo que desempeñaba mi padre ese triste papel, y que yo, hasta el momento, sólo como un malestar indefinido, aunque latente, había sentido punzar en mí el vago presentimiento.

—He pensado—dijo al fin, de una vez—que Efraím te sustituya; ese trabajo de oficina que encontró en Concepción no está con sus gustos y aptitudes, me ha escrito ahora. Desde el momento que tengo quien te reemplace, no quiero ponerte a prueba arriesgando tu salud. Podrás continuar, así, en tus aficiones musicales sin que nadie te perturbe.

Solté la risa, por no soltar el llanto que se me agolpaba en la garganta, y ante la estupefacción de todos, sin decir palabra, me dirigí hacia mi piano y empecé a tocar, con furia, como un endemoniado, sin reparo de alguna nota falsa—como debería ser tocada aquella música de dolor y rebeldía—el estudio de Chopin llamado “Revolución”: caía, despeñado en las piedras de sus notas, derrumbe de mis últimas esperanzas movido por la ráfaga de una cólera exacerbada.

Yo estaba sordo a los gritos de mi padre que pretendía hacerme callar, y a los de Jacobo que lo azuzaba y, furioso, me intimidaba, supongo, la orden de cesar. Alcanzaba tan sólo a percibir o adivinar que tía Ana se había interpuesto entre mi padre y el piano para impedirle abalanzarse sobre mí. Raquel y María se habían trezado en una discusión en que seguramente juzgaban el acontecimiento, y para aislar-me del todo me puse a cantar a pleno pulmón, conjuntamente, lo que estaba tocando: debíamos parecer los habitantes de un manicomio, pero ya terminaba la pieza, que había ejecutado a una velocidad fantástica, y cerré con un golpe la tapa del piano.

—Esta es la última vez que toco—exclamé—, puede Ud., padre, decirle a Efraím que no se apure por desplazar-me del puesto que me corresponde.—. Mientras decía esto, miraba yo a Jacobo en vez de mirar a mi padre, porque no dudando de que toda la intriga era obra suya, necesitaba que fuese comprendiendo que esta vez yo no me dejaría manejar indirectamente, ni atropellar en ninguna forma.

Tía Ana había tomado a mi padre de la mano y parecía querer sacarle mudamente la aprobación esperada. Jacobo, entretanto, no perdía su tiempo: formando un trío con mis hermanas, sus "pases" ya las tenían listas a apoyar todo lo que él deseara, fuese o no algo injusto o disparatado. Una vez más me sentí vencido: ¿no estaba reconociendo esa mirada reprobatoria—de alto abajo—de María que parecía haber recibido una ofensa directa de mí, y la sonrisa sarcástica de Raquel, que me señalaba su compasivo desprecio? Caían siempre sobre mí, aquella mirada y aquella sonrisa, como un látigo afrentoso, aunque inmerecido, que removía las partes más adoloridas de mi alma, pero no cabía más remedio que soportarlas. Todo lo que hiciese por aclarar situaciones resultaría vano, según mis renovadas experiencias: contra sortilegios se precisan sortilegios, y yo no poseía ni quería usar armas de tal índole. Sólo podía mirar con honda piedad el embrutecimiento creciente que significaba convertir en especies de "entes" a seres muy lejos de ser tontos y, por naturaleza, buenos y justos. Sin embargo, mi padre permanecía sin hablar, al parecer indeciso. Fué cuestión de un segundo, y Jacobo—siempre listo—acudió a reforzar sus posiciones donde no había supuesto que le fallaran.

—Mira—me gritó, acudiendo a socorrer, como si lo necesitase, a tía Ana—mira el estado en que has puesto a la Tatá—. En vano protestó ella que nada tenía, pero se dejó sentar—. Mira a mi padre, mudo de indignación; no puede articular palabras para decirte lo que merecen tus insolencias.

María ya le traía agua a tía Ana, y Raquel le decía, suplicante, a mi padre: "no te enojés, papá", porque éste, obediendo a la batuta invisible de su director, comenzaba a erguirse, la barbilla agitada, el ceño señalado en dos surcos profundos, animándose a la cólera sugerida indirectamente

por las palabras que me había dirigido Jacobo. Las actitudes estaban tomadas, un hilo que se moviese, y el muñeco, entrando en calor, desempeñaría su papel. Así es que, al decir Jacobo: "pero véanlo cómo sigue desafiando con la mirada", dejándose llevar mi padre de extraño impulso se me vino encima con tal violencia, que el mismo Jacobo que nunca lo había visto pegarnos, se alarmó ante los golpes redoblados sobre mi pecho y mi cabeza; se adelantó, entonces, junto a María y Raquel pidiendo, las manos cruzadas en ruego, ridículamente, la absolución de este supuesto pecador. Yo no había siquiera levantado los brazos para capear los golpes, me sentía impasible ante toda esa cobardía y esa demencia. Oía con supremo desdén a Jacobo abogar por mi causa.

—Déjalo, papá, papacito; no era para tanto. Papá, te lo rogamos—se arrodilló Jacobo—por favor, déjalo...

Creo que estaba de veras arrepentido de su pérfida intervención; parecía darse cuenta de que estaba colmada la medida y no perdonaría yo, ahora, tanta inconsciencia, tanto atropello, tanta injusticia. Debió impresionarlo más el impávido horror que notó en mi rostro que la cólera misma del loco anciano. Además, éste, cambiando de modo como si hubiese comprendido al fin la enorme inconsecuencia de su conducta—y quizás, porque indicaran otra orientación los flúidos—se aferraba a mí, abrazándome, lloroso, protestando que sólo deseaba mi bien y no había pensado ofenderme. En resumen, una verdadera escena de prematura chochez. ¡Qué pena me daba, qué vergüenza, por él! No sentía el menor rencor hacia él; en cambio, un súbito odio se despertó en mi corazón, que ignoraba este feo sentimiento, hacia Jacobo: lo hacía responsable de haber contribuido con su despótica influencia a anular la personalidad, a anticipar y afirmar la debilidad mental del anciano, como también iba debilitando la voluntad e inteligencia de mis hermanas.

Se me aparecía como una especie de envenenador moral, a pequeñas dosis, que había continuado, sin que reparara nadie en ello, la acción maléfica de mi abuela: dominar, intrigar, hostilizar, esto era su oficio. José, tía Ana, yo, le habíamos servido de víctimas directas, pero los demás resultaban siéndolo de otra manera y ninguno se percataba de nada. Pero ya volveré sobre estos puntos.

Continuando mi evocación de aquella dolorosa escena, recuerdo que, si bien absolvía y compadecía a mi padre, no pude reprimir cierta sensación de repulsión, o mejor dicho, de alejamiento moral; me desprendí de sus brazos que trataban de retenerme, y con aire extraviado, tal vez, atravesé la larga sala del living. Oí que mi tía me gritaba angustiada: "Pedro, Pedro" y que Jacobo me seguía los pasos. Me puse a correr entonces, y al llegar a la única puerta que daba afuera, y era también la única que había quedado abierta, pues se le había puesto trancas a puertas y ventanas en todo el caserón, alcancé a sacar la llave, a salir, y a cerrar por fuera para impedir que nadie se me interpusiera. ¿Huía, tan sólo, o pensaba en poner término trágicamente a tanta miseria? Caminaba lentamente, ahora, agobiado; sentía la cabeza abombada, me bullían con sordo rumor los oídos, se me doblaban las piernas. De pronto, los gritos con que me llamaban desde adentro cobraron un inusitado espanto, mezclándose a ellos, sin razón, me parecía, lúgubres aullidos de perro y el bramido de los animales vacunos de los establos que se hallaban a bastante distancia de la casa: el suelo se escapaba bajo mis plantas, el ruido de mis oídos abarcaba el espacio, y caía, porque ya mis piernas no me obedecían. ¿Qué pasaba? Ante un movimiento de singular violencia, bajo mi cuerpo echado largo a largo sobre el sendero, comprendí al fin que la tierra estaba temblando. Un nuevo movimiento, de tanta fuerza como el primero, me hizo rodar en sentido contrario al lanzamiento anterior, ha-

ciéndome imposible todo intento de levantarme para ir en socorro de los que había dejado encerrados. Esto parecía el fin del mundo, se descoyuntaba la tierra, bailaba fuego en el cielo. Al estruendo subterráneo había seguido el otro que mi angustia estaba previendo: una nube de polvo me cegó al envolver el crujir del viejo caserón que se desplomaba. Del pabelloncito de la servidumbre no había salido nadie tampoco, y sólo un grito estridente, perforando el ruido del derrumbe y acallado de golpe, me recordó la existencia de esta pobre gente cogida por la muerte en medio del sueño. Como me ahogaba la polvareda provocándome un fuerte acceso de tos, atiné a levantarme y pude sostenerme sobre la tierra al fin aquietada, aunque mis pasos eran titubeantes como si desembarcara de un barco agitado por la tempestad. Ya alcanzaba un espacio donde el aire se veía más despejado, cuando una instintiva sensación de inminente peligro me hizo detenerme: a mis pies se abría una ancha zanja. Veía ahora todo el jardín surcado por grietas y con su terreno desigual que lo hacía parecer un campo recién labrado. Volví entonces sobre mis pasos ya que el polvo había caído poco a poco y era más seguro el terreno que circundaba la casa. No podía concebir la idea de ser el único vivo y me puse a rondar alrededor de los escombros: no se oía el más leve gemido; todos habían muerto, sin duda. Para mayor tranquilidad de mi conciencia, fuí llamando por sus nombres a cada uno, hasta a Mr. Shade, el preceptor de mis sobrinos, que se había retirado con ellos a los dormitorios al terminar la comida, así como Berta, mi hermana viuda, que tenía la costumbre de acompañar un momento a sus hijos antes de que se durmieran. ¡Qué desolación, qué cementerio, en el mismo sitio donde había reinado todo el día, por causa de la mudanza, el más animado trajín! Me parecía estar viendo todavía a los niños revoloteando entre los muebles y objetos desembalados, en medio de los

sirvientes que se interpelaban unos a otros, o recibían órdenes de mi padre, de tía Ana, de todos nosotros: "Bajen la maleta café"... Rita, llévese a los niños... Jorgito, vayan a jugar más lejos... Traiga el martillo, Peralta... Esa valija es de Mr. Shade..." Todas aquellas voces que habían lanzado esas y otras frases, enredadas a mi oído por el ir y venir, estaban mudas para siempre, convertidas apenas quizás, en esa leve hiedra espiritual de un eco brotado por el recuerdo. ¡Nunca más! ¿Nunca más qué? No sentía la menor pena, como tampoco había sentido miedo en el momento del peligro. Creo que mi estado era de estupefacción solamente. De estupefacción gozosa, me atrevo a decir. Lo que yo mismo no me explicaba, me lo susurró de pronto una voz que salía, al parecer, de mi propia garganta: "Soy un difunto Matías Pascal". Del fondo de la clarividente subconsciencia, como una síntesis de la situación en que me hallaba y de mis anhelos anteriores, habían brotado las palabras reveladoras de mi libertad adquirida. ¡Libre, yo era libre, nadie sabía ni sabría nunca, como yo, lo que era ser libre! Me puse instintivamente de rodillas para agradecerle no sabía a quién.

Al apoyarme en el suelo para levantarme—porque de súbito me percaté de que era ridículo para un ateo esta posición de fervor—mi mano dió contra algo duro: reconocí, tapada apenas por unos terrones, la valija de Mr. Shade. Cuando traté de atraerla hacia mí, contento de hallar algo en qué sentarme, cierta resistencia me obligó a hacer fuerza, y al caer los terrones, vi que una mano estaba aferrada del manubrio. A la mano seguía un brazo, naturalmente, y a éste debía seguir, debajo de los escombros, el cuerpo. Con un tablón que desprendí de la pared volteada fuí hurgando hasta hacer a un lado el pedazo compacto de adobes que tapaba el cadáver. Mr. Shade, como buen inglés, sin perder su sangre fría, había atinado a coger la valija, no abierta

aún, y alcanzando hasta el pasadizo, un segundo remezón debió haberlo derribado, viniéndosele la pared encima. ¡Qué tranquilidad para mi conciencia comprobar con este hecho que de ninguna manera se hubieran salvado los que dejé encerrados! Maquinalmente fuí registrando los bolsillos del muerto, tal como lo hacíamos en la guerra con los camaradas caídos—yo había peleado contra los rusos en el 14—para identificarlos y enviar a sus familias lo que de ellos se encontrara. Sus papeles, su pasaporte, algunas cartas, se hallaban intactos en la cartera protegida por el cuerpo al caer. No podía gastarme la caja de fósforos en leerlos y esperaría el amanecer. ¿Pero me importaban, acaso? ¿Qué tenía yo que ver con las cosas de ese pobre Mr. Shade? No se trataba en este caso de mandárselas a nadie, porque no ignoraba yo que había quedado solo en el mundo desde la muerte de su madre, razón que lo había impulsado a venirse de preceptor a la América, aceptando gustoso el puesto ofrecido por mi hermana. Yo tenía los ojos claros y el pelo castaño, como Mr. Shade; la misma estatura, las facciones regulares, todo eso que debía venir consignado en el pasaporte... Efraím se hallaba en Concepción, único sobreviviente de mi familia... vendría en busca de noticias, de la identificación de los cadáveres... si Mr. Shade les diera sepultura despidiéndose para siempre, con una carta a Efraím, de una tierra bien poco segura... ¡Qué historias, todo esto! En fin, nada se perdía con que me guardara esos papeles. Un nuevo remezón hizo tambalearse el pedazo de muro que aún quedaba en pie. Invasado de miedo, esta vez, me alejé corriendo fuera del lado de los escombros. Tiritando, me preguntaba si iría a repetirse el fenómeno sísmico. Quién sabe qué proporciones habría tenido en otros puntos de Chile, quizás de América; podía significar apenas el primer compás de un cataclismo mayor todavía: recordé que en mi niñez—estaba en Chile, precisamente, el año del terre-

moto del 16 de agosto—había oído comentarios sobre predicciones de los geólogos según las cuales en fecha no tan lejana se hundiría la costa del Pacífico. Presa de verdadero pavor porque seguía temblando, aunque imperceptiblemente, me metí todo encogido en una de las cajas de madera en que habían venido los pianos, donde me parecía quedaría protegido si se abriesen nuevas grietas. No me sentía seguro, sin embargo; tenía la impresión de hallarme suspendido en los espacios siderales, pronto a ser lanzado en cualquier instante a quién sabe qué ignoto abismo, y un silencio abrumador de mundos fenecidos aumentaba aquella extraña sensación de náufrago en el cosmos. Hubiera dado una fortuna por oír ladrar un perro, aun por sentir un ratón pasar a mi lado. ¿Iban a ser interminables, la noche, la soledad, el silencio? Divisé, de pronto, desde mi escondite, unas llamaradas a la distancia en el lugar que ocupaba el pueblo más cercano y me pareció una contestación de vida que calmaba súbitamente la angustia de mi mortal aislamiento: había incendios, se quemaban las casas, en esas casas moraban gentes que se estaban defendiendo del fuego como se habrían defendido, huyendo, del terremoto. Ya no estaba solo en esta tierra, y posiblemente no se acabara el mundo, porque las pequeñas oscilaciones sísmicas que se manifestaban por momentos todavía, debían ser la natural repercusión del mismo terremoto. Este raciocinio vino a reforzar mi apaciguamiento. Me tendí entonces largo a largo, con una voluptuosidad de carácter muy particular, desconocida: la del goce de vivir, que yo ignoraba. ¡Vaya Ud. a entender la naturaleza humana! Yo que tantas veces he deseado morir, yo que salí del living donde estábamos todos reunidos con el sordo propósito de suicidarme, me hallaba presa de una vehemente sed de seguir existiendo.

Quizás sea esto explicable, al contrario: el terremoto había tenido lugar también en mi alma, y al derribar la vie-

ja fachada de mi ser, aparecía un hombre que quería nacer desde mucho tiempo y, preso en sus propios muros como en un cascarón demasiado duro, había necesitado para romperlo la ayuda de un agente exterior. ¡Ah, si me fuera dado seguir existiendo, cómo sabría recuperar el tiempo perdido! Todo lo que había despreciado como espectador, sentía la necesidad imperiosa de vivirlo como actor. ¡No morir; sería injusto, con esta ansia de dejarme empapar al fin por la vida!

## II

¿Sin el espíritu no puede vivir el cuerpo, o al contrario, sin el cuerpo no puede vivir el espíritu, el "alma"? ¿Cual anima a cual? No he de resolver lo que buenos cerebros no han resuelto satisfactoriamente hasta ahora; pero, como cualquiera, suelo incurrir en la ingenua manía de afrontar los trascendentales problemas, comprendiendo que es ello una especie de deporte con el que, sin ninguna otra consecuencia, se vigorizan los músculos de la inteligencia, aunque en ciertos casos—el mío, por ejemplo—es apenas un mero pasatiempo de la imaginación. ¡La metafísica! ¡Quién cree en la metafísica! Apenas si está a nuestro alcance la psicología, terreno humano dentro del cual logramos movernos un poco. El "más allá" queda lejos, por muy sutil y evadible que sea nuestro espíritu.

Explicada mi posición, y volviendo a mi anterior interrogación, que me sea permitido comparar la vida con la electricidad: sin alambres, pilas y otros objetos materiales, aquella fuerza llamada "electricidad" no podría generarse, es decir, manifestarse. Viene a ser la posibilidad del "alma" de aquel aparato u objeto físico, porque lo pone en movimiento: es esta la apariencia, al menos, de todo aquel proceso. Esta pequeña disertación filosófica, María, es para lle-

gar a explicarle la impresión que me produjo la muerte, a un tiempo, de todos los seres que me rodeaban, impresión que ya había experimentado cuando actué en la guerra del 14: aparatos rotos, imposibilitados para generar la vida, juguetes a los que se les quebró la cuerda, me parecían aquellos cadáveres, nada más; se habían acabado, espiritualmente, porque sus cuerpos ya no funcionaban. Recordaba los avisos de defunción que dicen: "Ha dejado de existir Fulano de Tal". Eso era la muerte: haber dejado de existir, no ser más; algo negativo, aniquilante. Se acababan bruscamente las personas; como personas, por lo menos, que es lo que nos interesa; y sin reemplazo, sin la sustitución engañosa que de costumbre nos hace invisible, insensible, la muerte propia y ajena de cada día en la misteriosa renovación del ser biológico: ¿quién echa de menos al niño que fuimos, al adolescente, al joven?

Pude comprobar este fenómeno de la óptica afectiva con un ejemplo en mi propio hogar: uno de los mellizos que tuvo mi madre—el otro era José—murió de tres meses, cuando yo contaba apenas siete años. Quedó tan afectada, la pobre, que de esa pena provino la enfermedad causante de su parálisis. Lo pasaba ella contemplando el retrato de Tito, acariciando sus botines y ropitas, de las que nunca quiso desprenderse, aunque regaló las de José cuando le quedaron chicas, sin añorar jamás el acabamiento de José que iba creciendo y transformándose, es decir, que había muerto, también en cuanto a bebé de tres meses, igualmente que Tito. "Se me murió el niño, se me murió", repetía lastimosamente, años y años después. Ni siquiera trataba de imaginárselo crecido como José, y hasta se había descariñado un tanto de éste a fuerza de recordar al otro.

¡Ilusos humanos! Víctimas de la obcecación subjetiva, soltamos, como el perro de la fábula, la presa por la sombra, y de ahí la falsa marcha del mundo. Se criara José más fuerte

si mi madre hubiese dominado su dolor para seguir amamantándolo y cuidándolo, en vez de entregarlo a una serie de siete nodrizas—no se acostumbraba con ninguna el niño—que le descompusieron el estómago y el sueño, con la natural repercusión, para después, en su salud general.

Pocas personas tendrán mayor familiaridad con la idea de la muerte que la que yo tengo. No me refiero sólo a la muerte definitiva sino a la muerte diaria con otros tantos renacimientos en nosotros mismos. En cuanto a la definitiva, nos parece tal porque tampoco tomamos en cuenta el renacer en los descendientes, y hasta diría en los ascendientes: ¿hasta qué punto soy yo quien ríe como mi tío Augusto, o es él quien ríe como yo? Hay en esto de la muerte una especie de cadena que nos convierte, a los seres vivos, en una como gigantesca colonia protozoaria: el polipero humano existe no sólo en el espacio sino en el tiempo, y quizás sea ésta nuestra verdadera eternidad, nuestra “otra vida”; y Dios sea únicamente una especie de supremo viento animador que sopla sobre el mundo como sobre un molinillo de papel, y la cuerda está dada para el movimiento perpetuo. Pero esta manera de considerar la muerte en cadenas de naceres y morires—hacia adelante y hacia atrás en el tiempo—entre los individuos de la colectividad humana, o polipero, a semejanza de aquellos otros naceres y morires dentro de un mismo individuo que pasa a ser su propio polipero—si así pudiéramos decir—; esa manera de muerte, no la concebí sino últimamente, como reminiscencia, quizás, de ideas parecidas y olvidadas de mi juventud filosófica, apasionada de Nietzsche: aquella noche del terremoto y las que siguieron, los cadáveres golpeados por mis anhelantes preguntas daban un sonido opaco de carne bien muerta, eran personas, muy individuales, que “habían dejado de existir”. Me sentía *desligado*, podía seguir viviendo porque ya había

cesado con la desaparición de mi familia la causa principal de mis sufrimientos, la que durante unas tres cuartas partes de mi vida me impulsara al suicidio liberador—del que me abstuviera mi anormal sensibilidad, atenta siempre al sufrimiento ajeno antes que al propio, y sabía que mi madre, luego tía Ana, nunca se hubieran consolado. Por otra parte, en mi juventud, el suicidio me atraía porque veía en él la manifestación del libre albedrío: ya que no le era dado al hombre su consentimiento para venir a este triste mundo, poseía al menos el pleno poder para salir de él. Tiempo había tenido para desengañarme de este supuesto poder “pleno”, porque si el natural instinto vital ya le pone traba, mil amarras que teje nuestra ilusión en un mejor futuro o las de nuestras consideraciones sentimentales, se yerguen mostrándonos irónicamente el complejo acondicionamiento de lo que llamamos con orgullo “nuestra voluntad”, en el sentido de libre albedrío, por supuesto.

¿Cómo se puede hablar de libre albedrío? Está a la vista del más ciego que—aceptado éste como una verdad, como otorgado al ser humano para manejarse—no se halla repartido en la misma cantidad para cada hombre—lo que ya le convierte en algo dudoso—sino que, al analizarlo en sí, encontramos que lo forma siempre nuestra pasión dominante: en algunos, los buenos, puede ser la pasión del bien, de la verdad, de la justicia—en una palabra, la conciencia—y de aquí arranca el error que nos lleva a la confusión de creer que “libre albedrío” significa nuestro poder de elegir entre el bien y el mal. Está Ud. segura, María, que el criminal y el vicioso no creen en su libre albedrío; cree en él, únicamente aquél que lo tiene, es decir, el hombre en que pesan más los instintos buenos, en resumen, la pasión del bien que la del mal. Porque, ¿de qué se trata al hablarnos de libre albedrío? De obligarnos a reconocer nues-

tro poder de elección para, naturalmente, demostrarnos, que si no elegimos el bien es porque no queremos.

Pero me he metido en un sendero extraviado que me aleja del camino que llevaba. Habrá de perdonarme Ud. más de una vez estas disquisiciones, como se lo previene, porque mi espíritu se inclina naturalmente a ellas, sin contar que muchas veces serán necesarias para el esclarecimiento de los móviles de mis actos. Además, esta modalidad de mi mente, esta deformidad—la tendencia filosófica es sin duda una deformidad—debe Ud. aceptarla, María, por ser ella tan mía como este “perfil de Cristo”—según ha dado Ud. en llamar con benevolencia mi nariz judaica. Por otra parte, soy el primero en reírme de mí mismo, de esta pobreza espiritual que significa meterse a discutir consigo o con los demás ideas mil veces debatidas en libros importantes que las explican con los debidos conocimientos, haciéndonos aparecer como papagayos repetidores de lo que ha sido dicho. Pero hemos convenido, ¿verdad? que yo lo tome como un “deporte”, que hablo por hablar, como otros lanzan con su raqueta la pelota. Por eso, cuando veo cómo toman la mayoría a lo serio su papel de discutidores, imaginándose estar resolviendo por su cuenta lo ya resuelto o que nunca lo será, me entra una piedad mezclada de humorismo que me pone mudo o me hace emitir con descorazonada benevolencia los argumentos más trillados de mi pobre repertorio de eco. Creo que ahí reside la razón que me ha tornado tan insociable, sin contar mi natural amor a la soledad. Nos engaña, sin embargo, la necesidad del contacto humano, y porque la palabra contiene algo vital, dejamos a veces el libro sabio para meternos en un salón donde aun los más inteligentes hombres—por el fenómeno constatado por Lebon, de que toda situación de colectividad aminora la mente—suelen decir cosas tontas, o pobres, o por lo menos sin novedad. Yo soy uno de los que, en tales ca-

sos, sufre una disminución más marcada de su personalidad y puedo aparecer, no sólo como un hombre insignificante, sino de veras tonto. Felizmente, no he tenido jamás la ambición de brillar y prefiero mil veces escuchar que hablar yo mismo. Me pongo a observar, entonces, casi inconscientemente, la manera de reaccionar de cada cual y la comparo a la mía. Me consuela comprobar que son, no sólo los nerviosos, sino también los artistas, los que sufren generalmente de mi mismo tipo de reacción. La obra de arte consagra, así, a muchos que sin ella hubiesen pasado por la vida dejando la impresión de ser mediocres y hasta estúpidos. Nada hay más difícil de medir que las inteligencias y sensibilidades, sin contar que a menudo es llamado inteligente el que simplemente tiene un don. Mujeres como Ud., María, que no emplean sus manos en pintar o escribir, sino en tejer; que no hablan sino cuando es necesario para contestar lo imprescindible, mujeres de esta clase privilegiada para mí, son las que no son tomadas en cuenta por las personas que se adjudican la atribución de calificar y hacer las famas. ¡Cuántas joyas falsas quedan así exhibidas en las vidrieras del mundo, mientras permanece relegada en un cofre olvidado aquella que representa un valor verdadero! María, yo no quisiera ponerme a hablar de Ud. porque se me enciende tal entusiasmo, tal fervor, que se le tomaría equivocadamente por una pasión amorosa. Sin embargo, yo no la amo a Ud., María: la habría adorado, no lo niego, si hubiese llegado en mi vida a tiempo, cuando yo podía enamorarme todavía. Sufro ahora en las cosas del amor una especie de impotencia psicológica. Sería preciso matar en mí el espíritu de análisis, el que no puedo siquiera acallar porque se presenta espontáneo, de manera inconsciente. Y si lograra vencerlo, siempre me encontraría con la tremenda complejidad de este carácter que me hace portarme como caprichoso, aunque soy el menos caprichoso de los hom-

bres: demasiadas personas me habitan para que pueda darles gusto a un tiempo. Una mujer como Ud., que me atrae y encanta, puede por momentos, lo sé, irritarme. Yo adoraba a mi madre; sin embargo, maneras de ser de ella, a veces, o modos de sentir míos, me hacían tenerle violenta repulsión, no sólo durante breves instantes, sino que hasta por días y más largas temporadas. Este temperamento complejo que ya se acusaba desde la adolescencia no habría sido un obstáculo para un gran amor a la edad en que las ilusiones, nacidas en el terreno vital de las fuerzas juveniles, vencían forzosamente el espíritu de análisis que no llevaba aún su cargamento de experiencia para consolidarlo irrefutablemente. Más adelante, cuando venga al caso contarle una triste historia que no tengo ahora el coraje de evocar, verá Ud. que así sucedió conmigo, que muy al contrario de lo que Ud. se imagina tuve mi hora, mi feliz y desdichada hora de amor. Pero estábamos conversando de cosas muy distintas: de mi libertad, o de lo que me parecía tal, al fin brotada mágicamente en la tierra fertilizante de aquellos cadáveres que habían sido personas, y cuya cuerda, rota irremediamente, ya no perturbaría con el choque de su trepidación la cuerda mía, ebria, ávida de movimiento, como la de un trompo loco.

¡Imagínese Ud., Efraím también había muerto!

Cuando tuve noticias de que la catástrofe había sido tan violenta en Concepción como en el pueblo vecino del fundo en que me tocó presenciarla, me fuí a inquirir personalmente noticias de mi primo, aunque el hecho de no haber llegado él, hasta nosotros, pasados ya cuatro días después del trágico acontecimiento, indicaba que debía haber perecido entre las mil víctimas ocultas debajo de las ruinas.

En efecto, la casa de la familia alemana en la que había conseguido hospedaje, que yo conocía muy bien porque a nuestro paso por Concepción acompañando a Efraím ha-

bíamos alojado allí dos días, estaba totalmente destruída, con sus murallas caídas hacia la calle, donde los escombros de las casas del frente, juntándose con aquéllas, hacía imposible el tránsito. Quise ayudar en la remoción sin darme a conocer, por supuesto, y sólo como si se tratara de alguna persona venida de la capital o de las ciudades más cercanas a aquellas que habían sufrido el sismo, las que aportaban tan sólo su buena voluntad de ser útiles al contribuir con su esfuerzo al hallazgo de los cadáveres, y a veces de un vivo que había resistido milagrosamente dentro de la sepultura improvisada por el cataclismo.

—Aquí no ha escapado ninguno—le oí a un señor que dirigía nuestras maniobras y era uno de los pocos sobrevivientes en aquella cuadra, donde ni una sola casa, o parte: pedazo de muro, umbral, quedaba en pie. Además, el fuego había contribuído al total exterminio de uno de los edificios, en el emplazamiento que me parecía ocupaba la casa de huéspedes.

Cuando llegó el turno de remover las vigas calcinadas, el mismo señor se adelantó a confirmar mis suposiciones:

—Esta era la pensión del alemán Sholl—dijo—y no va a ser fácil identificar los cadáveres.

En efecto, los bultos petrificados en carbón con forma humana parecían querer guardar eterno incógnito.

Se admiraban mis compañeros de mi empeño en buscar, junto a cada cadáver, las posibles huellas de su identificación: collares, anillos, restos mal calcinados de alguna cartera; y como me preguntaran si tenía algún deudo en aquella pensión, tuve que hacer el más violento esfuerzo de voluntad para disimular mi emoción, en tanto contestaba que no, mirando, abstraído, un alfiler de corbata muy peculiar, todo de hierro forjado en un trabajo admirable representando una calavera.

—Me impresiona—exclamé por explicar mi turbación—

pensar que el dueño de esta simbólica prenda no se imaginaba que algún día ella se substituiría a su propia calavera para identificarlo.

El alfiler siniestro pertenecía a Efraím, y se lo había obsequiado Jacobo en uno de sus gestos con los que aparentaba generosidad y solía desprenderse de algo que ya no le gustaba y que, por el hecho de haberle servido, le procuraba, al darlo, la íntima satisfacción de halagar humillando un poco. Así, amigos menos favorecidos por la fortuna, o sirvientes, o algún pariente pobre, recibían el regalo con el gusto con que saborea un perro el hueso que le tiran. Pero Efraím no era soberbio y se encantaba con los regalos de Jacobo, que aceptaba con la mayor naturalidad porque era ingenuo e incapaz de discernir la escondida fruición de su dador. Esta dominación en lo pequeño, tan indirecta, tan tonta y vil, era sin duda uno de los lazos que estrechaban la amistad que sentía Jacobo por nuestro primo.

Pero, volviendo al alfiler, he de decir que estoy seguro de no equivocarme al sospechar que Jacobo lo regaló para deshacerse de un objeto que le inspiraba cierto recelo: era sumamente supersticioso y ya había notado yo que lo usaba muy raras veces. Sin embargo, se había demorado mucho tiempo antes de decidirse a separarse del objeto, porque pesaba casi tanto como su espíritu supersticioso, en la balanza de sus cavilaciones, su sentido juicio del valor de las cosas; y como era de bastante precio la joya, le costaba hacerse el ánimo de desprenderse de ella. Por otra parte, tampoco se atrevía a venderla, por temor al juicio sarcástico de Raquel, la que seguramente le habría lanzado unas pullas sobre su enfermizo temor a la muerte. En cambio, al regalársela a Efraím, que había demostrado interés por aquel alfiler, celebrando su admirable cincelado, pasaría por desprendido a los ojos de toda la familia.

No se sorprenda Ud., María, si desmenuzo las más pe-

queñas intenciones en los actos de este hermano mío: no hago sino dejar estampados, ahora, juicios espontáneos, a manera de corazonadas, que han venido a cristalizar poco a poco en los más evidentes raciocinios. No es la mezquindad la que me lleva a señalar ruindades menores que, al parecer, son insignificantes; y, desde luego, nada es insignificante en el análisis de un carácter. Cuando hubiere podido desprestigiarlo, a él que no vacilaba en emplear la calumnia en sus intrigas contra mí, nunca lo hice. Sin embargo, una actitud menos elegante pero más práctica, hubiese tal vez evitado muchos sufrimientos, no sólo a mí, a José, a tía Ana, sino a toda la familia que, por repercusión sorda, padecía las consecuencias de manejos que iban contra algunos, pero cargando el aire de desesperaciones ocultas, de odios latentes provocando irritaciones de las que no sabían explicarse el origen, y hasta enfermedades como la que se llevó a José: yo era el único en sospechar esta última consecuencia tan grave, que había traído la otra, la de convertirme en un hombre malhumorado, suspicaz, que pasaba días sin hablar, una especie de muda estatua del reproche, cuya actitud ni el propio Jacobo, en su inconsciencia, podía conocer.

Yo me sé de este hermano, lo que él mismo nunca supo; leía en su alma como en una lápida de la que se han descifrado los más intrincados geroglíficos, porque se ha buscado con pasión el significado de una clave: en este caso, la de cómo acabar con los sufrimientos de toda una familia. Pero este trabajo no era voluntario, ahora lo comprendo. Mis facultades se ejercitaban casi inconscientemente, y no sólo a costa de Jacobo: mi abuela, mi padre, todos los de casa, los amigos, los extraños, la servidumbre, la gente en general, me tenían convertido en una especie de onda receptora, y absorbía cualquier gesto, cualquier mirada que al contener puntos de semejanza con otros gestos, otras miradas, indicaran el camino por donde descifrar los móviles

ocultos del alma a través de las acciones o de las palabras corrientes. Esta facultad psicológica, propia de todos los hombres, porque nace del natural instinto de defensa, se agudiza en los seres muy sensibles para quienes la vida resulta un problema doloroso.

Terminado el día, y habiendo entregado al jefe de uno de los puestos de auxilio los diversos objetos entre los que venía el alfiler de la calavera, me apresuré, hacia el hotel donde iba a alojarme, uno de los pocos edificios que, por ser asísmico, había quedado intacto. A precio de oro conseguí un poco de comida y el agua suficiente para lavarme las manos. Me había hecho pasar por un turista a quien había sorprendido el terremoto en Hualqui, cerca de Concepción.

No puedo ocultarle a Ud., María, que al sepultar al último de mis muertos, este Efraím que no había sido malo conmigo, tan jovial, tan amante de la vida, sentí por primera vez en su horror la tragedia que significaba el desaparecer de toda una familia—mi familia, al fin—de golpe, en el espacio de contados minutos. Creo que el ambiente macabro de pueblos y ciudades en ruinas donde yacían por miles los cadáveres, había contribuído a remecer fibras dormidas de mi sensibilidad. En cuanto estuve solo en mi cuarto y me tendí sobre el lecho, un violento ataque de llanto alivió por fin mi corazón o mis nervios. Y digo “mis nervios”, porque cuando trato de analizar este curioso caso de mi falta total de pena por el súbito desaparecimiento de los seres que tanto había amado, veo que no basta a explicarlo ni la posible anestesia que suele producir una fuerte conmoción, ni el sentimiento de mi libertad conseguida y del acabarse de los sufrimientos. La causa la encuentro más bien en el hecho cada día más evidente, para mí, de que hacía ya tiempo que había dejado de querer a los míos. El fenómeno se había producido lentamente, solapado: ni ellos ni yo

lo sospechábamos nunca si hubiera continuado la cotidiana existencia y siempre que no hubiese ocurrido aquella escena de la tremenda disputa, trayendo el derrumbe de mi vieja alma.

Cuando entre dos casados se acaba, de pronto, y a veces sin razones que lo expliquen, aquel amor que ellos imaginaban eterno, debe producirse la más intolerable de las situaciones: la de tener que soportar la vida conyugal. Pienso ahora, María, que hay convenios y maneras de burlar aquella presencia impuesta entre dos casados. Mas, cuando se trata del matrimonio con toda una familia, como es el caso mío, familia tan celosa de conservar en su seno a todos sus miembros, que ni le han facilitado a los hombres el estudio de una profesión, ni les han dado los recursos que pide un viaje, obligándolo a uno, si es amigo de viajes, a efectuarlos en común... Todo lo teníamos, verdad; pero prisión de oro no deja de ser prisión, y cuando esta prisión suele convertirse en manicomio, o algo bastante parecido, se puede llegar hasta pensar en el crimen.

—¿Comprende, María? Yo no puedo contarme entre los que gimen y maldicen al recordar la noche fúnebre del terremoto.

Riamos, más bien, y pensemos que la providencia permite el azote de las guerras y revoluciones, de los cataclismos, para remover un poco la monotonía de las existencias, para obligar a muchos a descubrir en ellos posibilidades de lucha que ellos mismos ignoraban, para... ¡Qué sabemos de los ocultos designios del poderoso manejador de nuestros destinos! Dios o Azar, es el hecho que Alguien o Algo —y la simple casualidad cuenta como “algo”—para bien o para mal, con o sin un fin, nos lleva.

Ahora que la novela del mundo se está tornando palpitante, y somos todos, directa o indirectamente, sus perso-

najes, he tomado interés en su lectura, en mi propio papel que quiero desempeñar tan a lo vivo como sea posible.

Por el momento y mientras no conozca Ud. estas páginas, soy una de las víctimas del terremoto del sur, hijo de padres alemanes establecidos desde dos generaciones en los alrededores de Concepción, educado durante algunos años en "Europa". Como ve, María, mi disfraz no me desfigura tanto como para no reconocirme si me lo quito. Cuando en mi infancia estuve cursando los primeros años de humanidades en Santiago, me llamaban Pedro en vez de Pablo, y no es mucha la diferencia en esto, tampoco.

Establecida mi identidad verdadera, soy un doble refugiado: refugiado judío y refugiado del terremoto. Siento no ser escritor, porque me parece que una sola de estas condiciones daría para una interesante historia.

Voy a relatársela de todas maneras, a mi modo, no porque se trate de mí, sino porque un hombre se parece a otros hombres; porque sea Pedro o Pablo el que le hable, Ud. se interesa por el caso humano que represento, porque provocho en su espíritu curioso y comprensivo, y tan cordial, preguntas que deben ser contestadas a Ud. o a otras y otros como Ud. No importa cuándo le lleguen, y si he muerto entonces. No importa, quizás, ni siquiera que lleguen, pero importa que me explique ante mí mismo, que busque comprender, a través de mi persona, y a pesar de todas las limitaciones de nuestra inteligencia que siempre nos mantendrán, en parte, en la zona del misterio, el porqué de esta condenación de la humanidad al sufrimiento. Pero digo mal: el porqué, ni las religiones lo han contestado satisfactoriamente, ni tampoco las filosofías. Quise decir el "cómo". El cómo se sufre, es cuestión de contar la vida de cualquiera.

Y por eso vale la mía por la de otro.

No me engaño. Mi famosa "libertad", milagrosamente regalada, significaba nuevas maneras de sufrir. Pero de un

---

sufrir sano, aceptado, que permite la lucha, es decir el goce. Soy una semilla que ha logrado plantarse y que empieza a germinar. Soy un "Difunto Matías Pascal" que comienza a vivir "otra" vida, esa apetecida vida del "señor que pasa". Y bastaría, para asegurar que soy dichoso.

### III

María, en la contestación a su indignada carta en contra de las últimas proezas diplomáticas y guerreras de Hitler, no le dije mi honda pena, mi dolor por el aplastamiento de Francia. Maldije, como Ud., este marchar implacable de las botas guerreras hollando la civilización de Europa. Me lamenté, naturalmente, cual lo hace cualquier extranjero, sobre la suerte de ese país considerado el más hermoso, el más deseado por todos los viajeros del mundo: Ud. no sabe, aún, que llevo sangre francesa en mis venas, y si le hubiera gritado cuánto sufro, le habría parecido curioso de parte del que Ud. cree todavía un hijo de alemanes libres nacido en Chile. Déjeme entonces desahogarme en estas páginas, porque si no lloro ante la amiga que tan maravillosamente "parece" comprenderme, aun cuando callo, tendría que sentir demasiado el peso de mi abrumadora soledad. Si estoy entre los pocos seres acostumbrados a la idea de la muerte, debo también contarme entre los que no ignoran cómo la soledad es nuestra única efectiva compañía, por muy rodeados que estemos. Lo sé, y sin embargo en esta hora de tribulación la busco a Ud. que ha llegado a hacerme creer que me comprende, que habla el mismo idioma que yo. En algunas de nuestras conversaciones ya me había de-

jado coger en la dulce trampa de este agradable engaño y hoy necesito como nunca cerrar los ojos ante el error que significa creer que usar un lenguaje es expresarse y ser entendido. Si Ud. me figura gentilmente mi propio desdoblamiento, me doy por satisfecho de esta soledad en la que, al dialogar, me siento acompañado. Lo que llamo "mi soledad" es una soledad algo curiosa, porque no sólo estoy hecho a ella desde casi toda mi vida, día a día más conscientemente, sino por sentirme en aquella atmósfera de aparente aislamiento mucho más acompañado y a gusto que con el contacto de gentes aun superiores a mí por la cultura o la inteligencia. En estos contactos más se trata de la propia expansión que de intercambios, y quienes no lo verifican demasiado se dan por contentos al hallar en los demás un pretexto a eso que yo llamaría un monólogo en común y que se prefiere calificar de conversación. Reconocida o no la ilusión, todos necesitamos en algún momento esa supuesta comunicación con los otros seres humanos que, cargando tal vez la atmósfera de cierta electricidad, suele confortarnos. Y, precisamente, he incluido en mi programa de renacimiento voluntario, el dejarme llevar por mis impulsos sin el cohibimiento de la reflexión. Y así, me he puesto a llorar contra el corazón de mi amiga, de Ud.—lejana y cercana María—sobre los sucesos de Francia, de Alemania, sobre esta bancarrota del mundo. Las tormentas que sacuden los países se originan como las que perturban la paz de los hogares, y cuando no es la envidia, es la ambición, o el gusto por el mando o el dinero, que mueven intrigas levantando sospechas, atizando el fuego de las rivalidades, creando odio en donde había amor. Lloro y río, porque sé cómo llegan a suceder las guerras y por qué son inevitables: se deben a la decrepitud y a la infantilidad, a un tiempo, de los pueblos, las que permiten a cualquier ambicioso audaz apoderarse del mando, se deben a la neurosis de los pue-

blos, que hace fácil la sugestión del primer histérico en posesión del don hipnótico. Porque también las naciones tienen una abuela y un Jacobo que dominan a un padre como el mío y a hermanas como las mías y que un Pedro como yo no se arriesga a afrontar.

En cuanto a Hitler, se le olvida que su pretendida raza aria es, ante todo, una raza de bárbaros, y como tales pueden ser organizados admirablemente para la guerra y la conquista por la fuerza; pero hasta ahí, no más. Después... Una raza de bárbaros, moralmente más esclava que ninguna, no podrá lograr la dominación espiritual. El alemán, con su natural falta de psicología, no se ha dado cuenta que si su pueblo está capacitado para alimentarse de mentiras y tragarse artificios, los latinos, los judíos, las demás razas, no se encuentran en aquellas condiciones de pasividad moral, precisamente porque son congénitamente ávidos de libertad. Resultará entonces esta sorpresa para Hitler: que se va a encontrar con una especie de "quinta columna" en el seno mismo de los territorios sometidos por sus hombres, esclavos arios, y cualquier noche, después de alguna de tantas "querellas de alemán"—como las llaman los franceses—los Pedros que desearon ser un Matías Pascal, se levantarán, en cada hogar, y sentados al piano, sordos a voces y ruegos, tocarán y cantarán su "Revolución", furiosamente.

#### IV

Si no fuera porque siento repulsión por las mujeres que leen demasiado, y más por las que se meten a filosofar, estaría tentado de recomendarle, entre otras lecturas, las obras de Nietzsche: Si llegan algún día a sus manos estas líneas, yo estaré lejos de Ud. y me gustaría dejarla en compañía de tan alto espíritu, que Ud. es digna de conocer. Es éste el mayor elogio que puedo hacerle, María. Tiene Ud. un alma fuerte, sana, verídica; un criterio amplio, gran penetración, sensibilidad artística, don de lirismo. ¿Cómo lo sé, cuando es Ud. mujer tan callada? Lo he visto en sus ojos y en sus tímidos comentarios cuando me devuelve los libros que le presto; en el modo cómo reaccionó, cuando, después de haber visto la película "Cumbres borrascosas", leyó la obra en el ejemplar que le regalé. Estaba yo en mi pieza, recuerdo, maldiciendo la necesidad de corregir las tareas de un pésimo alumno. De pronto, golpes precipitados e insistentes en la puerta me urgieron a contestar que entraran. Y apareció, encuadrada en el marco, como un retrato vivo, la figura de una mujer en cuyo semblante y actitud el artista de la obra había pintado una expresión compleja de éxtasis y acometividad. Ud. permaneció así, unos instantes, sin preferir palabras, y yo me dí a contemplarla deleitosamente, re-

primiendo la sorpresa de su estética aparición doblemente intempestiva: por no ser su costumbre golpear de esa ruidosa manera—menos a las horas en que trabajo—y porque estaba Ud. supuesta a guardar cama. Se cruzaron nuestras miradas a la luz del resplandor que penetraba por la ventana abierta al sol del atardecer, y Ud. debió leer admiración en la mía—y más que admiración—mientras se impregnaban mis pupilas, traspasando a la memoria, en las líneas ideales del recuerdo, el cuadro fugaz que ahora no se borraría de mi espíritu. Ud. bajó la vista, revelándome, así, mi propia turbación.

Fuera de la emoción estética, y de esa otra que Ud. habrá creído adivinar—no sin alguna razón—contribuía a conmoverme la repentina respuesta a un pequeño problema que me tenía inquieto desde que la conocí, María, y del que no comprendo, ahora, cómo no encontré antes la evidente solución. ¿A quién se parecía Ud.? Ese era mi problemita: y daba vueltas en mi memoria toda la galería de cuadros célebres con figura de mujer, recorría los museos visitados en diversos países, o bien comenzaba a evocar la fisonomía de las distintas mujeres conocidas en los viajes o a las que me ligó algún lazo afectivo, una amistad social; y no se me ocurría nunca relacionar este parecido que sabía existía entre Ud. y otra, con su verdadero modelo, si pudiéramos decir, que no es sino aquella Emily Brontoe, de quien venía Ud., en esos momentos, a contarme cómo la admiraba a través de su incomparable novela, cuya lectura, y no la supuesta enfermedad—simple pretexto para dedicarse al libro, viviendo plenamente con los extraños personajes—la tenían a Ud. reclusa. ¡Qué coincidencia! Tome en cuenta, sin embargo, que recordé el parecido antes de que Ud. empezara a hablar, y admírese de mi torpeza si le confieso, ahora, que el retrato de nuestra heroína lo llevo en mi cartera y a menudo lo contemplo. Si yo pudiera creer en la

posibilidad de un amor póstumo, pensaría que el mejor, el más grande amor de mi vida ha sido Emily Brontoe. ¿Comprende, entonces, mi turbación, hecha de tan complejas impresiones? Desde aquella tarde, aunque ando alerta, más de una vez me habrá Ud. sorprendido contemplándola, arrobado, y como es mucha su perspicacia y más su modestia, no está del todo segura del amor que me supone, o achaca a mis "rarezas" o timidez el que no me declare. Cuando vimos juntos "Cumbres borrascosas" le hablé con entusiasmo del genio de la novelista, pero sin recordar para nada a la mujer, salvo sobre lo que pudiera decirse de cualquier otra escritora en una escueta biografía. Ud. me escondía su secreto parecido con Emily Brontoe, tras la máscara de una imperturbable serenidad, veladora de ese ímpetu que afloró imprevisamente a sus ojos, aquella tarde, llenándolos, haciéndolos desbordar un poco de las órbitas: verde oleaje del alma, henchido de reminiscencias, aquel mar que no conocí, se levantaba desde el rostro suyo como espejismo incitador de un misterioso viaje.

¡No, María, no; Ud. no va a encadenarme, cuando apenas he recuperado mi libertad!

Una pareja, una familia, ya no me basta. Del amor, conozco lo que me interesa; de las reacciones de la vida de hogar, me sé demasiado; del mundo, es decir, de la clase social aristocrática, estoy igualmente al tanto y hostigado. Si he deseado ser "el señor que pasa", es que se trata de un señor cuya manera de existencia me sea nueva y vivificante. Muchos hombres y muchas mujeres han de sentir esta necesidad, pero bien pocos se atreven a arrostrar la aventura salvadora. ¿Por qué atrae la personalidad de un Gauguin, de un Rimbaud, del personaje femenino de Ibsen, esa Nora que pretende buscar su rumbo? Porque escuchan y atienden el llamado de la renovación. No importa que se deje el hogar en busca del arte, o que se abandone el arte

en busca de la fortuna y la aventura material, o que se deje el mundo en busca de Dios, o que olvide marido e hijos en busca de sí misma una Nora. Superarse o renovarse—renovarse es una manera de superarse por extensión—son cosas que todo ser humano anhela tácitamente; y si resiste a estas leyes de expansión se siente desgraciado, o por lo menos descontento, aunque la mayor parte de las veces no se dé cuenta del escondido motivo de aquella desgracia o descontento.

Aunque ignoremos por qué, y para qué, hemos de constatar que el hombre es necesariamente un animal progresista; cuando regresa es porque viene el cansancio o la espera para un nuevo avance. Y por ser animal de progreso, es también animal ético y estético, es decir, sometido a la moral y dado al arte que son medios de superación, maneras de fortificar el espíritu, como lo es la gimnasia, el deporte, para el cuerpo. ¿Es porque son entretenidos los juegos, que juega el niño? ¿Es porque son agradables los caramelos que se harta con ellos? No; se inventa juegos y le resultan entretenidos porque son un pretexto de movimiento para su cuerpo que así encuentra la expansión que favorece el crecimiento; y los caramelos son el azúcar disfrazada que necesita en cantidad mayor y más continua que el adulto. No es preciso para explicarse esto inventar un “genio del crecimiento”, como inventó Schopenhauer su “Genio de la especie” (maravilloso símbolo de lo que significa la procreación), o ver en todo la “providencia” o “mano de Dios”, también meros símbolos. Sin duda, el mejor nombre que conviene para designar las necesidades de ciertos procesos es el de leyes o mandatos, no porque sean instituidos realmente como tales por un director invisible—para muchos es así porque no pueden desprenderse del espejismo de la apariencia—sino porque cumpliéndolos nos sentimos conformes—ajustados—es decir, contentos—como lo señalaba an-

teriormente—igualmente que nos agrada oír cantar afinado; pero una disonancia no debe ser confundida con una desafinación; y en el arte nuevo o en la nueva moral (inmoralismo) la disonancia suele chocar a los espíritus demasiado aferrados a las tablas de las leyes anteriores.

Después de este rodeo, quiero referirme a aquella libertad que defiendo con tanto ahinco y por cuyo amor la sacrifico a Ud. y también me sacrifico a mí, absurdamente. ¡Y tenga Ud. paciencia por todas estas disquisiciones con las cuales busco definirme, y así, disculparme!

En primer lugar, debo confesarle que no creo en la libertad propiamente tal. Esta puede ser considerada desde dos puntos de vista tan distintos, opuestos aún, que uno se pregunta, como para muchas otras cosas, ¿qué valen las palabras, las definiciones? Desde el absoluto desenfreno, hasta el más acabado control, pueden ser sinónimos de libertad. Sin embargo, el loco que grita a su antojo y lo quiebra todo, poseído de una especie de embriaguez de libertad, se verá pronto metido en una camisa de fuerza porque su frenético "individualismo" está limitado por el de los demás seres con los que la vida social y colectiva humana lo ata. En cuanto al controlado perfecto, si es que existe, el haber llegado a la cumbre de la libertad, por este manejo, esta posesión de sí mismo, viéndose libre de no pecar si se propone no pecar; libre de no enamorarse de quien no convenga, y aún, de no enamorarse en absoluto, como es el caso del sacerdote; libre, dentro de los límites que pone la vida exterior, de elegir caminos según su conveniencia o sus gustos, pero dirigiéndose siempre a sí mismo; este controlado perfecto que supongo, explicándoselo a través de mi asimilación de Nietzsche, para haber conseguido serlo debe antes—y no sólo él sino sus ascendientes, porque no basta una generación para que resulte, la disciplina, hasta esta consecuencia—convertirse en un preso continuo, hombre en perpetua

reacción de dominio sobre sí mismo y el medio: en el aristócrata, el soldado, el sacerdote, encontramos tipos de esta especie. Un domesticado de tal clase, que es al fin un esclavo formado indirectamente por la sociedad para servirla, debe sentir a veces añoranzas de aquella otra forma de libertad, la primitiva, la que es fuerza desencadenada y no encausada, y si no logra evadirse por medio del misticismo, del arte o de la guerra, estalla en una crisis de individualismo que lo lleva a romper con la familia, o con la sociedad, o con la patria, o con la religión, y a veces con todo por junto. Si no lo hiciera así, degeneraría: porque, en el fondo del proceso de esta ansia de libertad primitiva, se esconde seguramente la necesidad de renovación de los elementos mejores que en una sociedad pueden marcar rumbos nuevos; o dicho proceso tan sólo significa que personalidades más fuertes ya han alcanzado su punto de madurez, o de inconformidad, y necesitan apartarse para buscar un camino propio que bien puede extraviarlas o no llevarlas a ninguna meta, pero que las atrae por desconocido, por inseguro, porque no es el aburridor y odiado camino que seguía el rebaño del que se apartaron.

Yo era uno de estos inconformes, y después de vivir años mi consciente esclavitud tolerada, cúpome la suerte, "la gracia", de ser arrojado violentamente, por el destino mismo, hacia la ruta libre donde camino ahora guiado por el azar, pero también por el instinto y la voluntad, porque, si bien soy hombre de corazonadas, aprendí en larga carrera y remotas herencias a manejarme. Pero, ay, no es fácil perder de la noche a la mañana su condición de civilizado, como yo lo hubiera deseado y necesitado, sintiéndome de veras sumergido en las vivificantes aguas de la libertad, entendida en su otro sentido, el primitivo, el que pudiéramos calificar—con un término que Nietzsche aplicó al arte—de

“dionisiaca”, como pudiéramos también llamar “apolínea” su manifestación contraria.

A pesar del terrible sacudimiento con que el terremoto había repercutido hasta en mi alma, no me había convertido yo de la noche a la mañana en aquel hombre “duro” a quien se le abren más fácilmente los caminos de la vida, aunque contemplé y enterré sin lágrimas ni remordimientos los cuerpos inertes de los seres que habían sido mi familia: era ya un paso, pero hube de comprobar pronto que dicho paso no me había hecho adelantar sino de manera negativa, mientras se trataba de muertos a los que no dañaba mi actitud.

Antes de marcharme a Concepción en busca de las huellas de Efraím, me dispuse a recorrer el fundo para cerciorarme de los estragos y de si quedaba gente viva entre los inquilinos, lo que no parecía probable porque hubiesen llegado hasta las casas del patrón en demanda de auxilio, de alimento, o simplemente para saber qué había sido de la familia.

¡Qué desolación en el emplazamiento que ocupaba el rancherío! Se habían derrumbado las casitas desde sus mismas bases, esparciéndose los escombros en forma que parecían pequeños montículos desmoronados entre los que asomaban lamentablemente alguna débil viga, un pedazo de mueble, de catre de fierro; pero señales de seres humanos, no las había. O todos habían perecido, o los escasos sobrevivientes se habrían marchado hacia el pueblo creyendo encontrar mejor refugio. Opté por creer lo primero, porque era lo natural que hubiesen vuelto, después, a rondar alrededor de sus hogares destruídos, y nadie, nadie aparecía, por ninguna parte, en toda la extensión del fundo. Yo lo había recorrido en un caballo que encontré en el camino de los establos, atado a un árbol y las manos liadas; una montura yacía en el suelo, como si su dueño hubiese estado a punto

de ensillarlos y, presa de terror al ser sorprendido por el terremoto, abandonara ahí bestia y arreos pensando sólo en correr por sus propios pies, en tanto el pobre animal debía estrangularse, casi, en sus esfuerzos por soltarse y que no hacían sino estrechar el nudo corredizo en torno a su cuello. Había dejado para lo último de mi visita los establos que se divisaban, erguidos, al parecer intactos, y no era de extrañar por ser su construcción moderna de cemento. En efecto, los prejuicios eran allí escasos, pero no acertaba yo a comprender por qué no había ningún animal en los pesebres cuyas puertas se hallaban cerradas: alguien tenía que haberlas abierto, dando salida a las bestias y volviendo a cerrar. No bien comenzaba a inspeccionar, cuando una voz aterrada salió de un montón de heno implorando compasión. Unos ojos negros me miraban como los de un animal acorralado y no me era desconocida del todo esa mirada. Comprendí en el acto que la muchacha ahí escondida, era la hija de una antigua criada que mi padre se había traído de Santiago, porque ella, al saber nuestro regreso a Chile, recordándole sus años de servicio en nuestro hogar, le había rogado darle empleo nuevamente. Mucho me había disgustado que accediera a esto, mi padre, aunque tuve que disimularlo por los motivos que entro a referirle, ya que servirán de explicación a la situación que se me creó en seguida.

En otra ocasión le hablaré más detenidamente, María, de aquellos años de mi infancia y adolescencia pasados en Chile, y que evoco a menudo como los mejores de mi vida, lo que me liga a este país con particular afecto, sin contar que aquí nació José, José que murió añorando volver a los paisajes que poblaban de nostalgia sus recuerdos. Tampoco puedo extenderme ahora hasta mi primera desilusión amorosa, sino advertir, de paso, que a esta desilusión se debió, quizás, el despertar de mi sensualidad, adormida por la pureza que crea un amor brotado en la niñez entre bulli-

ciosos y sanos juegos colectivos con amigas de nuestras hermanas, discretamente cortejadas, a su vez, por compañeros nuestros: cuánto sabor adquieren esos juegos gracias al leve fermento amoroso que duplica en cada cual el deseo de salir vencedor para vencer, también, de otra manera sutil, en el campo escondido del corazón que es la ansiada meta.

No sé cómo se las entenderán los escritores de oficio; en cuanto a mí, me cuesta concentrar la atención en un solo punto, sin dejarme arrastrar por las mil sollicitaciones de los cantos con que me llaman las sirenas del pasado, y quisiera hablar, mejor en música, a muchas voces, en una especie de fuga de acontecimientos sentidos o en una sinfonía que los entremezcle consubstancialmente en la esencia única de la impresión imperecedera. ¡Llevan tanta escoria las palabras!

Pero dejemos para su hora—o para nunca—lo que me importa, y vamos a lo que me importa menos pero es requerido por el natural hilvanarse de los hechos.

Esa Rita González había entrado a servirnos poco antes de que partiera yo a Europa en compañía de mi tío Augusto y de Efraím.

Debíamos llegar en determinada fecha para incorporar-nos como alumnos de la Universidad de Oxford en Inglaterra, y mi padre nos alcanzaría con la familia en cuanto hubiese terminado la liquidación de los negocios que lo ligaban a Chile. Llamaba la atención, Rita, por su destacado tipo de india—era de Temuco—realzado por singular belleza. Debía tener unos veinte años y yo cumplía los diecisiete. Aunque sabía, por compañeros míos, de aventuras con sirvientas, jamás se me hubiera pasado por el espíritu imaginarlos para mí, no sólo porque no me sentía disposiciones a “chintero” y soñaba en románticos amores con la muchacha elegida por un sentimiento puro, sino porque mi padre, tan severo y de costumbres puritanas, nos había enseña-

do a repudiar cualquier acto degradante, y más la falta de respeto al hogar que hubiese significado cometerlos bajo el propio techo donde vivían nuestra madre y nuestras hermanas. De modo que Rita no significaba más, ante mis ojos, que el Tolomeo, objeto y obra de arte, que adornaba el vestíbulo del primer piso. Sin embargo, no sucedía lo mismo en cuanto a los sentimientos de ella hacia mí, y una noche que lloraba mi desilusión amorosa, su ciego instinto le avisaría que el momento era propicio, y la vi llegar a mi cuarto y pretender consolarme. Mi indignación fué tal, por lo que consideraba su desvergüenza, que la amenacé con decírselo inmediatamente a mi padre y hacerla despedir, aunque nunca me hubiera atrevido a meter a mi padre en tal asunto, pero me daba cuenta de que tales amenazas la pondrían en su lugar de una vez por todas. Derribado el espejismo de mi amor, al descubrir cuanto tiene de subjetivo ese sentimiento engañoso, me hallaba—precisamente cuando entró Rita—en un estado de pena rabiosa, de inconscientes deseos de venganza, de profanación, no contra la muchacha misma, causa de la triste revelación, sino contra lo que había llamado con fervor “mi amor”, y me parecía tan frágil y deleznable, tan ilusorio como la nube que empuja y disuelve el viento. Al calor de la desesperación parecía refundirse mi ser, como si con los despojos triturados del niño se estuviera forjando un hombre; y sentía desconocidos impulsos, porque éstos, que antes movieran, familiares, el alma, agitaban ahora mi cuerpo extrañamente. Fuertes debían ser las huellas de la austera educación recibida, reforzada también por una naturaleza en exceso escrupulosa y quizás por restos de pudores y pulcritud: en momentos de tan aguda crisis, hubiese sido natural que acogiese a Rita, hermosa, apetecible en su robustez y limpieza, limpieza muy a la vista y que mi madre se complacía en señalar tanto en su persona como en su trabajo. Sin em-

bargo, la había rechazado con violenta espontaneidad, indignado. Y así, aquella noche que pudo haber sido de liberación, constituyó el mayor tormento físico de mi vida, porque mi repudio había sido tan sólo la consecuencia de viejos mecanismos espirituales, "reflejos" de una conciencia habituada a reacciones preestablecidas, y apenas terminado de relajarse el resorte, se representaba mi mente el apaciguamiento de la sed loca que urgía el cuerpo febril, apaciguamiento inalcanzado que me mantuvo en desvelo toda la noche, y otras noches hasta mi partida, y creó en mis sentidos una apetencia desesperada por ese físico moreano, esculpido en gredas y oscuras manzanas de las que tenía también el perfume.

Más de veinte años habían pasado entre mi salida de Chile y este retorno debido a las circunstancias imprevistas de los acontecimientos europeos. No comprendo qué resabios de aquel apetito dormirían en escondidos resquicios de la memoria, pero se conmovieron todas las fibras de mi cuerpo, cuando al oír la voz que salía desde el montón de heno, reconocí en aquella muchacha que no había tenido la oportunidad de ver todavía, a la misma Rita, su madre, de la que era una exacta réplica. Me había costado, en cambio, identificar a ésta en la tarde de nuestra llegada al fundo, al señalarme mi padre a una mujer casi vieja, flaca, de ojos opacos y hundidos, cuya sonrisa tímida se abría sobre un hueco: el tiempo, ladrón de juventudes, se había llevado, con sus demás encantos, la joya viva de marfil que echaba destellos albos sobre las pardas rojeces de la carne india. Bajo ese guñapo, esa envoltura seca, que mi padre llamaba Rita, era imposible encontrar la jugosa fruta escanciadora que yo recordaba con ese nombre. ¿Dónde había huído Rita, en el correr de los años? Pues, en su hija que me la devolvía al prender en mis entrañas el fuego de una pubertad renovada aboliente del tiempo. Entonces,

alucinado, tendí los brazos salvajes para coger mi presa que ahora no se escaparía a la avidez de una ebriedad doble, presente y pasada, acicateada por las extraordinarias circunstancias de haber visto tan cerca la muerte y sentido mudárseme el espíritu subyugado, en otro libre y fuerte. La muchacha no se había movido, pero llorando con un desconuelo perturbador pedía, los ojos en alto, a su Dios que ya la había salvado de morir: "¡Señor, protégeme, Tú que me dejaste la vida!" Tantas lágrimas y esa fe de mujer sencilla y que debía ser pura, al despertar mi sensibilidad apagaban el ardor de mi deseo, echando por tierra los firmes propósitos de volverme duro, de vivir dionisiácamente el porvenir, sin mirar hacia atrás, ni dejarme influenciar por el antiguo yo, al que pensaba haberle dado muerte en aquellas recientes horas de meditación.

Ud. celebrará, no lo dudo, esa actitud de "hombre bueno" que observé entonces al no abusar de la muchacha. Yo también la celebro ahora que se han modificado en mi espíritu maneras de pensar que considero actualmente inhumanas—no tanto en el sentido que se le da a este término, haciéndolo sinónimo de falta de compasión, sino en el que significa "inadecuado al hombre". Pero he de confesarle que en aquellos momentos me desprecié, llamándome timorato y sensiblero, raza de esclavo, amujerado, decadente. Sin embargo, mientras contemplaba a la niña apaciguada, ese hombre civilizado y culto que no podía convertirse en un bárbaro, cierto afán poético, el hervidero en su cerebro de las doctrinas nietzscheanas, el ansia de liberación y de acción, le señalaban con insistencia aquellas circunstancias excepcionales que parecían querer abrirle puertas hasta entonces clausuradas.

¿Podría cantar de veras victoria el espectro de mi antiguo yo? Después de interrogar a la muchacha, me contó que se encontraba en los establos al momento del terremoto

to porque ahí le diera cita su novio, quien la había seguido desde Santiago esperando raptarla aquella misma noche, pues Rita se la había traído aquí para sustraerla a los galanteos de aquel pretendiente. Cuando empezó a temblar, el susto le había paralizado las piernas, y había permanecido ahí atinando tan sólo a rezar y pedirle perdón a Dios por su falta, cuyo castigo creía ver en la terrible catástrofe. Luego, poco después, sintió unas voces de hombres: la de su novio y del guardia nocturno con quien éste había hecho amistad para que hiciera la vista gorda sobre las andanzas del rapto. Pero se les había ocurrido aprovecharse de las trágicas circunstancias para robarse los animales y arrearlos, montaña adentro, hacia la Argentina. "Juan—comentaba la muchacha—ni lloraba, siquiera, pensando en mi muerte, que es lo que debía creer, pues no sabía que yo había venido a la cita un poco antes de la hora; hablaba con el otro de lo ricos que iban a ser por esas tierras y ni parecía importarles, ya, el mismo susto del temblor". Saludé con franca risotada el sabroso relato, pensando, "in petto" en la lección de sano inmoralismo que me significaba, de parte de dos rotos chilenos que no habían necesitado, para ser fuertes, lecciones de filósofos. Mi risa contagiaba a la chiquilla y su boca se partió sobre la blanca dentadura de Rita, que no se había perdido y parecía haberme esperado, para ofrecerse, irresistible, entre los labios sensuales de su hija. Mi deseo renacía, y yo lo notaba principalmente en el aviso que me daba la mirada temerosa de ella. ¿Me alejaría a tiempo? ¿Reaccionaría por medio de la compasión, otra vez? O bien, pesando estas nuevas circunstancias que habían de inclinar la balanza hacia la satisfacción de mi egoísmo contra el egoísmo de otro ser—pues no podía haber sido perdida para la conciencia la lección de aquellos rotos, y levantaría escondidamente sus fermentos—¿trunfaría ahora el

bárbaro dormido sobre el civilizado? ¡Al Diablo todo este intríngulis!

No sé, no puedo asegurar qué es lo que habría sucedido si Rita—se llamaba como su madre—hubiese estallado en llanto como la primera vez. Pero de su mirada temerosa no brotaban lágrimas, y me pareció que sólo la asustaba la idea de cometer un pecado que pudiera traer, con la ira de Dios, el castigo de otro temblor. Y como yo la apretaba contra mi pecho, exclamó: “Perdóname, Dios mío; en cuanto a Juan, bien merecido se lo tiene”.

De esta entrega de una Rita ansiada a través de muchos años, data la liberación de la tendencia inhibida de mi voluntad que yo había atribuído a otros factores—que no a esa represión—y de la que creía verme libre al romperse mis amarras de familia; porque si bien contribuyeron muchas causas a hacerme libre, aquella fué la principal, la única, tal vez, en lo que respecta a dicha tendencia inhibidora misma. ¿Por qué le hablo de esta insulsa historia, María? Ya lo ha comprendido Ud. Era necesaria para explicar cambios de mi carácter, maneras de apreciar, mi actitud frente a ciertas doctrinas que me son caras, y las naturales reacciones con que las acojo o rechazo según esté o no lo afectivo—sentimientos o pasiones—de acuerdo con el pensamiento, en tales o cuales instantes en que las circunstancias intervienen como el factor más poderoso, quizás, para inclinar nuestras decisiones. Porque, la verdad es que seguimos las teorías según se adaptan a nuestro temperamento, y en personas emotivas hay cambios y vaivenes en el sentir que modifican forzosamente el pensar. Si la fe religiosa no es suficiente para reglamentar nuestra conducta, ¿cómo lo serían las doctrinas filosóficas, aún misticamente entendidas? En primer lugar, para que lo fuesen, deberíamos poder comprobar la evidencia de aquellas doctrinas gracias al acuerdo de todos aquellos grandes ce-

rebros que emitieron juicios sobre Dios, la moral, la muerte, el origen de la vida, sus fines, el significado del hombre sobre la tierra, el alma, la materia; en fin, todo lo que constituye la llamada metafísica, ciencia a la que se dedican esos señores filósofos. Pero no sólo no están ellos de acuerdo, sino que se contradicen diametralmente, a veces, unos a otros; y uno mismo sale contradiciéndose en distintas etapas de su vida: hay quien pasa de ateo a monje, y quien sale del convento a cantar loas a la vida libre y pagana. Unos, con tal de defender el "sistema" que han edificado a punta de raciocinios, son capaces de acumular mentira tras mentira para apuntalar esa que puede ser la *obra de arte* de su *razón*, pero nunca el templo de la verdad. Nietzsche no inventó "sistema", precisamente porque es el más veraz, el más agudo, el más valiente de todos; y por ser así, no ha titubeado en contradecirse, en ser paradójico. Nietzsche es, sin duda, el filósofo auténtico entre todos, y lo que ha destruído nunca podrá ser reconstruído: su análisis implacable lleva la efigie de lo incontestable y como es a base de lo destruído que discute los problemas del hombre futuro, hay muchas probabilidades para que tampoco se haya engañado sobre los rumbos que seguir. Sin embargo, ¡cómo quedamos siempre desorientados ante las vías opuestas que se disputaron la adhesión del mismo filósofo durante su vida! "Pereat vita, fiat veritas". "Fiat vita, pereat veritas", dice en distintos instantes de su existencia, crucificado entre las dos verdades; mas, es todavía por amor y adhesión a la verdad que sale resolviéndose a favor de la vida en contra de la verdad artificial que es, bien mirada, la verdad intelectual, cuando desde la razón—su único clima posible—se la enfrenta con la vida, cosa compleja en la que caben todas las verdades, esto es, todas las contradicciones, y para la cual la ilusión, la mentira, es—si no su mejor alimento—su mejor condimento. ¿Qué es la verdad,

en definitiva? Lo que va a ser *ganado* en la apuesta que entablan distintos "estados de alma", sea entre seres diferentes, sea dentro de un mismo ser. ¿Y qué son los "estados de alma"? "Estados de cuerpo" que hablan en lenguaje espiritual. Si es como yo lo veo, se comprende, entonces, que el mundo se convierta en una cacofonía. Quizás si la verdadera misión de las culturas, de lo que se resuelve en "civilización", sea el empeño que hace un país por concertar armoniosamente el juego disparatado de las voces, que entonan cada cual su canto, individualmente, sin percatarse de que no se trata tan sólo de una expansión y de suponerse el solista indicado, sino de contribuir con el consiguiente goce que proporciona dicha expansión a la creación de un conjunto destinado a bien interpretar la obra de la vida. Para ello se necesita, ante todo, del buen director de orquesta, que sepa exigir esfuerzo y disciplina de cada uno—sin lo cual nada será hecho—que sepa elegir a los que pueden ser solistas y distribuir a los demás según el registro que les viene. Pero es lo que hace falta: jefes de orquesta. La juventud, los pueblos en general, sienten la necesidad de ser dirigidos, prefieren cualquier cosa a la desorientación, al andar sin rumbo y sin compás; y cuando alguien levanta una batuta, los muchachos toman el paso sin importarles que la marcha los lleve a la guerra. Esto se observa principalmente en épocas de escepticismo, cuando toda fe está perdida, todo rumbo indeciso: así se explica el éxito del fascismo, de su copia, el nazismo; han atraído a la juventud porque al reunir, disciplinar, cohesionar, le comunican a cada uno de sus miembros la sensación de fuerza y de voluntad que, aisladamente, les hace falta; y, creado el ambiente colectivo buen conductor de los contagios místicos, los capacita al fin para creer en un hombre o en un supuesto ideal. En cuanto a la guerra misma en sí, existen tantos argumentos evidentes para aprobarla como para desaprobarla, con-

denándola del todo: que viriliza y crea progreso; que debilita y destruye la cultura. Bueno, ya sabemos que las palabras sirven para el pro o el contra de todo asunto discutido. Mala o buena, la guerra, lo único seguro es que sigue habiéndolas y quizás no deje nunca de haberlas.

Quisiera poder juzgar con imparcial y amplio criterio, desde las leyes nietzscheanas, la campaña hitlerista. Tal vez se trata solamente de mirar con el adecuado distanciamiento... El niño que vea quebrar los huevos, sin sospechar que de la aparente hecatombe va a salir la tortilla, rompería a llorar; y en la manera de encarar acontecimientos cercanos, tratándose de lo general e histórico, tenemos el corto y pueril discernir de aquel niño. Pero yo soy un hombre con pasiones, viviendo en una época determinada, sujeto a influencias de ambiente y atavismo; y así, ¿cómo no odiaría a Hitler con su infame persecución judaica, cómo no lloraría por Francia vencida, cómo no haría votos por que fuese detenido el avance de la barbarie? ¿Cómo no tomaría partido?

Así se encadenan y continúan las guerras. Pero de todas maneras, con o sin ellas, la naturaleza y, por ende, la vida, es cruel: si hay una verdad imposible de ser negada es que "el pez grande se come al chico" en una escala que, si nos representáramos el hecho gráficamente, del menor al mayor, veríamos a cada uno ser comido por el que le sigue, y así sucesivamente, concluir todos los peces, encerrados en el vientre del último. ¿No rige igualmente en el terreno humano, aquella ley fatal? El esconder la cabeza como el avestruz para no verlo, no trae como consecuencia su no verificación. La vida es trágica, querámoslo o no, y el sufrimiento es tal vez el abono que la hace fructificar, la piedra de toque de la capacidad de resistencia del ser. Las mitigaciones y paliativos no hacen sino debilitar la planta humana—bien lo sabemos los Pedros—y parece que los "idea-

listas”—que son a menudo los “debilitados”, y de todas maneras los miopes de las realidades, los desconocedores de la más elemental psicología—no tuvieran otro propósito, al querer salvar nuestra vida, que hacérsela perder.

## SEGUNDA PARTE

## V

Si me hubieran insinuado, cuando terminaba las líneas anteriores, que pasarían seis largos años antes de reanudar este diario que le he destinado, ¡nunca lo creyera! Naturalmente, ya tenía el propósito firme de alejarme de Ud., María, y mi viaje a Santiago no era sino un pretexto para ir acostumbrándome a su ausencia; pero las cartas iban atándome, al revelarme nuevos aspectos suyos que la conversación directa apenas me había hecho suponer. Yo había pensado, antes de apartarme del todo de su lado, volver a Valparaíso, al hogar donde no me había sentido como uno de tantos pensionistas, sino como un amigo muy comprendido. Cuando me dí cuenta del peligro que acechaba solapadamente, preferí no contestar su última carta y no volver al puerto que amo y me nostalgia. Luego, hasta esa "Confesión" que había comenzado en su casa, pocos días después de aquella gripe que creó nuestra intimidad, cuando Ud. y su madre me cuidaron y me acompañaron reemplazando a la familia perdida, ese diario que era un pretexto para conversar con Ud., debía evitarlo, y decidí no proseguir con estas páginas hasta abandonar la tierra chilena, según eran mis planes. De éstos, algo había dejado transparentar ante Ud. para demostrarle, por lo menos,

que no tenía intenciones de cortejarla y que mi destino me llevaba a hacer nueva vida en otras tierras, posiblemente en los Estados Unidos, y en todo caso dejándome conducir por el azar a "correr mundos", lo que para mí no significaba tan sólo viajar, o viajar en un país y de un país a otro, sino conocer una capa social y de ésta pasar a otra, impregnándome en las diferentes maneras de pensar y sentir que señalan a los hombres de la época terrible que vivimos. Así fué cómo, leyendo los avisos del diario, dí con uno en que se ofrecía viaje pagado y buen sueldo para secretario privado de uno de los principales capitalistas de la gran firma norteamericana "Jones & Company", el que recorrería varios países de la América del Sur, volviendo después a los Estados Unidos: esto representaba exactamente lo que mis planes requerían, pues mis deseos, aunque pensaba en dejar intervenir el azar—¿y no era esto azar, por otra parte?—eran ir descendiendo poco a poco en el nivel social, y mi breve etapa de profesor de idiomas y de piano, en Valparaíso, se complementaría muy bien con la de secretario privado, dándome oportunidad para conocer a un magnate yanqui "en pantouffles", que es la manera de saber cómo son las personas. Ya le hablaré a su debido tiempo de aquel hombre que se sabía de la América del Sur, no sólo en geografía, historia, economía, política, sino de sus actuales personajes importantes y mundo social, lo que en su propia tierra ignoraban o conocían poco, y en todo caso no mayormente que él. Por ahora, ya que al volver a Chile, después de varios años sin sus noticias, me encuentro con su ausencia y sin lograr conseguir más información que: "su madre murió, y ella salió al extranjero", quiero decirle, en estas hojas a las que volví como a un refugio, que mi silencio no ha sido olvido, a pesar de haberlo intentado con todas mis fuerzas. No, no he podido olvidarla; y si no escri-

bí ni cartas ni el diario comenzado que ahora reanudo, nunca dejé de asociarla a mis inquietudes, a mis penas, a mis curiosas experiencias, a mis emociones artísticas, a todo, a todo lo que era mi vivir cotidiano, y con tal intensidad obsesiva—la verdad es que soy por naturaleza, como nervioso, un obsesivo: pero ¿por qué era Ud., nada más que Ud. mi constante obsesión?—que me parece no haberme separado de su persona querida. Mientras prosigo con las indagaciones que puedan traerme noticias suyas o de su actual paradero, continuaré escribiendo para Ud. estas “memorias”, si así pudiéramos llamarlas, en las que entremezclaré lo de mi vida anterior que había comenzado a relatarle, y lo ocurrido durante esta peregrinación por las Américas y por el tiempo en la duración de unos seis años, que a veces me parecen sólo uno, debido precisamente a la constancia con que ha seguido a su lado mi pensamiento, y otras veces me parecen toda una vida si tomo en cuenta lo mucho que ha sucedido en este período; y aun varias vidas, si recuerdo los mil contactos con otros seres que he visto padecer o gozar—gozar, es casi una manera de hablar en contraste, aunque he comprobado que algunos son capaces de goces hasta en momentos como los trágicos momentos que la guerra significaba.

No fué solamente por interrumpir esta conversación con Ud. que dejé de escribir; luego después de partir, una abulia invencible me lo impidió. Era presa de una profunda neurastenia, debido sin duda a la natural repercusión inconsciente de aquella catástrofe liberadora—cual repercute en nuestro organismo la grave operación que nos libra del tumor que amenazaba nuestra vida—. Todo lo que fuera recordar el pasado levantaba en mi alma un malestar, ya que no un dolor, que convertía en “tabú” aquellas evocaciones, como si hubieran de perturbar mis nuevos propósi-

tos de vida libre. En cuanto a esta nueva vida, gastaba ya demasiado las pocas fuerzas que me quedaban para permitirme escribir sobre ella. No sé si todo esto representaba un descanso emocional; sin embargo, aunque mi enfermedad huía en la acción, ésta no había de curarla y creo que ha llegado el momento de permitir al fin la salida de toda la represión acumulada en estos años, prosiguiendo con esa especie de confesión de mi vida entera que ya había comenzado.

Si en lo que pudiéramos llamar "Primera Parte" de estos escritos me vi bastante afligido para manejarlos, ya que no soy escritor, imagínese Ud. cuál será ahora mi confusión para entrelazar los nuevos acontecimientos con ese pasado en el que también se cruzaban desordenadamente diversas etapas sin que pudiera decidir cuál debería ser más extensa, o si podría interrumpir alguna para dar más importancia a momentos presentes o más cercanos; en fin, si era necesario que lo más distante fuese lo más velado, o si debía corresponder este estompamiento tan sólo a la menor impresión recibida por los hechos, y que hubiera de recordar con más fuego, por lejano que fuese, lo que más me había dolido. Bien pensado, creo que lo mejor será continuar en la misma forma que comencé, es decir, dejándome llevar por lo que salga. Habría sido más lógico, por supuesto, referirle mi viaje con Mr. Jones, tipo de americano que no creo común, desde luego porque siendo muy rico era—o es, ya que no ha muerto—bastante avaro, lo que me hacía suponerle un origen pobre de self-made-man: era, simplemente, de extracción judaica, como pude comprenderlo por sus ataques violentos contra los judíos, natural reacción que tienen los de esta raza cuando la han repudiado por alguna conveniencia. Todo lo que pude oír sobre la concupiscencia de los descendientes de David y de Jacob, en boca de este concupiscente por excelencia, no es para contarlos. Por

otra parte, me proporcionaba gran entretenimiento durante la supuesta clase de español que yo le daba y en la que se lo hablaba todo y mi papel sólo consistía en corregirlo si algo estaba mal en su construcción gramatical o en la pronunciación.

Fácil papel, dirá Ud.

¡No! El más difícil de los que he asumido como profesor. Mr. Jones se expresaba con bastante fluidez y se sentía en esos instantes, un poco émulo del conferenciante, ya que atacaba temas de economía política, por ejemplo, y frente a un mapa que desplegaba a propósito, señalaba los distintos puntos diciendo: "Aquí... bueno, no se ve, no está en el mapa... pero es aquí, un poco detrás de este río: hay caucho, sin explotar, todavía". Luego se lanzaba en las mil anécdotas que hacían comprender la dificultad de explotar ese caucho: el primero que lo intentara había muerto envenenado por las aguas pestilentes; el segundo, por las flechas de los indios; el tercero, misteriosamente, de seguro por artes de magia, cuando comenzaba a adueñarse de la región; el cuarto..." Vivamente interesado por estos amenísimos relatos, no siempre recordaba que yo era el profesor, y no un auditor, y se me escapaba alguna falta, desde luego sin demasiada importancia ¡Pero, ay de mí! Mr. Jones paraba entonces en seco, y dando golpecitos impacientes con el puntero en la región del caucho, exclamaba: "Aquí, aquí, en esas piedras, me ha dejado Ud. trope...sar—recalcaba la s— con una s en vez de una z!" Cogido *in fraganti*, yo salía muy bien del paso diciéndole que mi deseo era dejarlo contagiarse con el castellano de la América del Sur, el que necesitaba, al fin, ya que en los Estados Unidos estaban interesándose por estos países y no por España. Si aún no se ha cambiado la pronunciación española, luego se hará—diagnosticaba yo, por audacia y convencimiento. Debo agregar que meses después mi pronóstico era realidad. Por otra

parte, aunque yo conocía bien el castellano, nunca lo había estudiado como idioma comparado y, en cambio, mi alumno se sabía al dedillo todos esos pequeños detalles del uso de los enclíticos, preposiciones, etc., aunque se equivocaba al aplicarlos a la práctica, y me los enseñaba con cierta fruición, por servirle también de tema, y por satisfacción, como en lo demás, de su vanidad. “Bueno, bueno, no importa—me decía, entonces—no lo necesito a Ud. para eso: eso yo lo pongo. Ud. pone la parte práctica: conversación corriente...—me miraba con el rabillo del ojo, pues sabía que a menudo se hallaba en contradicción consigo mismo al exigirme la absoluta corrección y, al mismo tiempo, la natural incorrección de la conversación corriente. “Quiero chilenismos—solía decir—no sólo para aprovechar su chilenidad de nacido en Chile, sino porque en tres meses vuelvo a instalarme por bastante tiempo en ese maravilloso de país”. Sin estar seguro de si su falta—quería decir “esa maravilla”—era expofeso para “pillarme”, me arriesgaba yo, entonces, a señalarla. Pero en casos como éstos, se entablaba una larga discusión en la que si no salía vencedor alegaba que los idiomas “como bien Ud. sabe”—decía, con una fórmula que le era grato usar y que hube de dejarle creer correcta—son ilógicos. ¡Ah, y sus comadreoos sobre los altos magnates de la industria y el comercio! Pude comprender, al oírlo, la frase famosa de Pascal sobre la nariz de Cleopatra. También en los negocios había que “chercher la femme” y a veces el hombre... porque “como bien Ud. sabe”, y ahí venía toda la historia de un rey del petróleo que por disimular aficiones no muy bien vistas había preferido perder un negociado de millones de dólares, porque el joven ingeniero que había descubierto los pozos tenía mala fama y el meterse con él por asuntos comerciales pudo hacerse sospechoso en contra de quien ya se sospechaba. Un libro podría escribirse, y de lo más ameno, con todo lo que se sabía de la

sociedad de cada país sudamericano este Mr. Jones que tenía verdadero don para contar y una memoria privilegiada para recordar hasta los más ínfimos detalles, siempre que éstos se prestaran a darle a su relato algún especial sabor, y que de todas maneras su innato "humor" revestía de gracia y liviandad. Para mí era un doble placer oírlo, porque, a medida que hablaba, su fuerte y original personalidad se abría paso y se destacaba en sobreimpresión junto a los personajes del film que me pasaba: en lo mejor de una anécdota—como en aquello de las piedras en las que lo había dejado trope...sar—se interrumpía intempestivamente, y, a veces, en pleno contraste con la risa que le traía lo que me estaba contando, se ponía colérico, porque en continuo desdoblamiento, contándose y escuchándose, se percataba de algún error cometido sin que yo lo advirtiera. Se preciaba de ser hombre de mundo, educado y correcto en toda forma, al que un secretario, en su fuero interno poca cosa le parecía, pero a quien, por lo mismo, debía mostrarle su superioridad hasta en sus buenos modales; de manera que al traicionarlo su impetuoso carácter, sintiéndose en falta, se ponía aún más quisquilloso con las minucias gramaticales, como para encontrar en ello la justificación de su arrebato. Era tan simpático, aún con sus defectos, y quizás si por éstos, asemejándose bastante a un niño mal criado que siempre quiere ganar en el juego, que hasta su real concupiscencia no se me hacía demasiado odiosa y casi me divertía: quería siempre ser el primero, tener la razón, no ser robado ni de un segundo en el tiempo dedicado a las clases, así como no perdonaba un céntimo de diferencia en una cuenta. Pero, en cambio, dudo que no tratase de ganar un céntimo a su favor, porque jamás, jamás, me decía: "ya ha pasado la hora", hora que solía prolongarse media hora y más sin que yo reclamara, curioso de ver hasta dónde llegaría, y no por distracción, sino por aprovechar.

Veo que si no me he metido a contarle mi viaje mismo, me he dejado llevar a recordar, más allá de mi actual propósito, a este americano que por tantos motivos no podré olvidar. Y era uno de éstos, precisamente, que me inducía a nombrárselo, siquiera: no tanto por la influencia de su encuentro para acelerar mi partida, como por la que tuvo sobre una parte importantísima de mi destino ulterior, relacionada, además, con todo mi pasado.

Al hablarle de mi familia, María, omití a uno de mis hermanos, la oveja negra del hogar: Rodolfo, el menor de todos, es decir, de los vivos, puesto que tenía un año más que José y por lo tanto seis menos que yo. Era tirado a artista, como todos nosotros, pero quizás si con más vocación. En todo caso, más impulsivo, arrebatado, no había soportado el yugo familiar. Un día en que mi abuela, sin comprensión del arte moderno, o por ejercitar su dominio hasta en esta esfera, había conseguido que mi padre destruyera el busto que le estaba haciendo "porque no debía permitir—según sus propias palabras—que hiciera una caricatura de su padre", Rodolfo se había marchado de la casa y, lo que es raro dado su carácter fogoso, lo había hecho en el mayor silencio, sin que nadie hubiera podido sospechar, minutos antes, sus intenciones. Al día siguiente, la culpable de lo sucedido, lejos de sentirse arrepentida, armó una violenta escena contra mi padre diciéndole que había educado mal a sus hijos, que un hijo respetuoso jamás habría cometido el atrevimiento de abandonar su casa, que debía hacerlo arrestar, perseguirlo adonde fuera, castigarlo, luego, en forma ejemplar. En vano hizo valer mi padre que Rodolfo era mayor de edad y que nada podría contra él. Entonces, después de varias discusiones y una escena aún más violenta que la anterior, al ver que había de someterse ante la evidencia, maldijo a mi padre—lo que no tenía mucha importancia pues muchas veces lo había hecho—pe-

ro éste, al buscar como de costumbre el perdón de su tirana, sólo pudo obtenerlo después de jurar que desheredaría a Rodolfo. Con este hecho comenzó para mí el desprecio de mi padre y una sorda hostilidad contra mi abuela, que tomaba bastante en cuenta mi opinión y a quien había de dolerle la censura que leía en mis ojos. Yo había sido su regalón, en mi infancia, y había tratado siempre de darme un sitio privilegiado entre mis demás hermanos, lo que seguramente había hecho nacer en Jacobo un encono que, a pesar de no haberme aprovechado nunca, sino todo lo contrario, de esta situación de superioridad que más bien desechaba, fué creciendo con el correr de los años. Pero no sólo por esta razón me hostilizaba, sino porque necesitaba naturalmente una víctima, como mi abuela que tenía para esto a mi padre, y cuando murió José se descargó conmigo, en un comienzo, por toda la protección que yo le había aportado a éste; luego, viendo que yo lo dominaba pasivamente, había vuelto su espíritu camorrero contra Rodolfo, el hombre más incapaz de defenderse que he conocido, pues no sabía argumentar y, de niño, sólo llegaba llorando a probar que él tenía la razón contra el persuasivo Jacobo. Databa de la fuga de Rodolfo la nueva embestida de Jacobo contra mí, aprovechándose éste de la doble debilidad en mi frente de batalla, si así pudiéramos llamarlo—y no sin razón si aceptamos el parecido de las luchas familiares con las luchas entre los pueblos—: supongo que debido a las circunstancias anteriores, una crisis de neurastenia me puso muy sensible a toda pelea y por evitarlas iba cediendo y cediendo; por otra parte, me iba fallando la que pudiéramos llamar “protección” de mi abuela que no me perdonaba mi muda desaprobación. Lo sentía instintivamente, el cobarde de Jacobo, y trataba de insinuarse en su buena voluntad, de la que mediaba un paso para conseguirse la de mi padre, naturalmente. Nada de sus manejos se escapaba a las natura-

les antenas de cierto don psicológico que creo poseer, como lo he dicho, y que la enfermedad afinaba. Obraba solapadamente, con astucia, indirectamente a través de mis hermanas a las que les insuflaba, primero, sus críticas contra mí. Pero, el rebote que daban, era lo que me advertía: una censura en lo que antes no era censurado; una mirada de desconfianza, cuando siempre se había tenido fe en mis palabras, en mis actos. Pero ya le he hablado a Ud. de estas cosas cuando le conté de nuestra vuelta a Chile. ¡Ah, si pudiera no recordar nunca las mil dolorosas espinas de la cotidiana vida de familia! Rodolfo era mi tema, ahora, y cómo no evocar otra vez ese pasado al que está ligado? Ese pasado que no quedó enterrado del todo con los muertos de Chillán, puesto que vivía Rodolfo, aunque yo lo ignoraba.

¿Qué relación—preguntará Ud.—hay entre esta resurrección de Rodolfo y mi contacto con Mr. Jones? Allá voy. Fué por él que supe que no había muerto mi hermano en la revolución española, como nos había llegado indirectamente la noticia, poco antes de abandonar Alemania y a raíz de averiguar, mi padre, el paradero de su hijo: mucho habían cambiado los acontecimientos, y no sólo había fallecido la abuela y habían pasado algunos años, apaciguadores de rencores, desde el abandono de nuestro hogar por Rodolfo, sino que la amenaza de todo lo que se le venía encima a Europa y la determinación de mi padre de volver a Chile lo hizo pensar en traérselo con nosotros si daba con su paradero y su venia. Bien poco se había sabido hasta ese momento del prófugo: parece que había viajado por Italia, al comienzo, luego se habría radicado en Francia, probablemente en París, donde podía mejor dedicarse a su arte y posiblemente vivir de éste, ya que en Roma había vendido un busto a un coleccionista, según nos informara el anticuario judío al que le comprábamos cuadros. Conociendo a Rodolfo, no era mayormente extraño que,

con sus ideas avanzadas no sólo en arte sino en política—sin contar que su corazón generosísimo lo hacía entusiasmarse y apasionarse y darse—hubiera partido a enrolarse en las filas de los españoles leales. De ser así, tampoco parecería raro que hubiese perecido, y uno de los primeros, pensaba yo, recordando su temperamento arriesgado.

Sin embargo, la noticia de haber muerto, que recogió mi propio padre en Bayona, adonde fué a cerciorarse personalmente de los hechos, era falsa. Si, cuando examinaba yo como a un curiosísimo personaje a este Mr. Jones, y me preguntaba con cierto regocijo, al escucharlo, cuál sería la sorpresa del día, pudiera haber imaginado la que me reservaba como con dedicatoria en aquella inolvidable mañana.

Estábamos recién embarcados en el vapor "Santa Lucía", después de pasar un mes en el Perú, y nos paseábamos sobre la cubierta del barco, prefiriendo la conversación al aire libre que nos procuraba, además, algún ejercicio. Mr. Jones, que era bastante perspicaz y un mucho receloso, debía sospechar que yo lo creía avaro, o debía temerlo por intranquilidad de conciencia, pues nunca dejaba transparentar yo mis íntimas reacciones frente a sus actos, y no sólo por educación. Pero era mucho lo que había discutido la cuenta del hotel "Bolívar", donde alojábamos, y hasta había insinuado ingenuamente que yo era tan sólo un secretario, una especie de mozo, naturalmente, cuyo hospedaje no puede costar lo mismo que el de su patrón. Luego, no soportando, su vanidad, el sentirse disminuído en mi opinión, me destinaba entonces su conferencia de esa mañana en la que había de aparecer él como personaje de la historia, esta vez, personaje generoso y compasivo, capaz de condolerse con las tribulaciones del prójimo hasta sacrificar una buena suma de dinero: "porque como bien Ud. sabe"—me señalaba—"yo defiendo mi dinero por un lado para poder gastarlo por otro". Nunca sospechara Mr. Jones al des-

tinarme especialmente su anécdota del día, hasta qué punto me era ésta dirigida por el destino mismo. Yo lo iba escuchando con la simple curiosidad habitual, aceptando las frases de fórmula que tanto le agradaba injertar en sus relatos y le oía decir: "...y para poner las cosas en su lugar, lo que voy contándole...—bajaba la vista—lo que *le* voy contando: sí, ya sé... lo que le estoy contando, sucedió en New York; en Nueva York, y para mayor precisión, no ha mucho tiempo... esto es, a principios de este año. ¿Seis meses ha?—consultaba indeciso, en tanto aprobaba yo con palabras un poco diferentes: sí, hace seis meses, como si atendiera sólo a confirmar la precisión en el tiempo.

Insisto en estos detalles para demostrarle qué poco preparado estaba para recibir la formidable sorpresa que iba a depararme Mr. Jones, al seguir con su historia, diciéndome: "Un judío, como Ud. bien se da cuenta—recalcaba para demostrarme hasta dónde llegaba su generosidad al amparar esta raza aborrecida, y confirmándome una vez más que llevaba en sus venas sangre israelita.

De pronto, al proseguir, me dejó, no sé si decir alelado, pues así debí parecerle, ya que se quedó mirándome con casi tanta extrañeza como yo lo miraba, cuando hubo soltado la siguiente frase: "...pero, ¿sabe?, ese judío de mi historia era hijo de Karl Frankstein, que vivió en Chile..." No sé cuántos segundos o minutos pasarían antes que recobrará mi presencia de ánimo, pero entonces mi control fué absoluto y dije, o más bien exclamé—porque lo hice conscientemente, con un énfasis que explicara mi turbación:—"Oh, pero si fuí íntimo amigo con los hijos de ese Karl Frankstein; ¡eran compañeros de colegio muy queridos!"

Esta mentira tan cierta debía costarme, luego, el improvisar un nuevo capítulo a la historia de Mr. Shade, que me había contado a mí mismo para poder servírsela a quienes correspondiera si llegara la necesidad de hacerlo, y surgió

de inmediato la conexión en mi espíritu: Shade había vuelto a encontrarse con los Frankstein en Europa y cuando decidieron éstos trasladarse del todo a Chile, Shade los había acompañado como preceptor de los niños de Berta. Hube de contar, naturalmente, parte de la historia de los Frankstein que Mr. Jones ignoraba y que lo impresionó, con lo que mi situación quedó clara, permitiéndome una tranquilidad de conciencia de la que no había gozado todavía.

Tengo una memoria lamentable y no recordaba haberle oído nombrar a Mr. Jones a mi padre. ¿Pero cómo no se me había ocurrido que pudiera haberlo conocido, siendo una personalidad tan conectada con la alta finanza del mundo entero? En cambio, a Rodolfo no se le había escapado ese nombre y al hallarse en mala situación en Nueva York, no había titubeado en acudir a Mr. Jones. Ahora iba comprendiendo que la gran ayuda de éste debía haber consistido en un préstamo, el que Rodolfo se habría comprometido a pagar posteriormente, sin sospechar que había sido desheredado, lo que por otra parte nada significaba con los nuevos acontecimientos que no solamente nos habían desposeído de nuestros bienes, sino que al correr de la guerra y arrasarse con ciudades y países, los documentos anteriores a ella ni se sabría dónde hallarlos. Por las informaciones que logró darme Mr. Jones y las deducciones que agregué a esos datos escasos, resalta que mi hermano se había ido a los Estados Unidos directamente de Italia. El dinero pedido era para arreglar unas deudas y poder embarcarse rumbo a Inglaterra, donde se alistaría, aportando su ayuda en la lucha contra el nazismo. Lo que yo no alcanzaba a explicarme, era el porqué de las falsas noticias dadas a mi padre en Bayona, pero no cabía ninguna duda que Mr. Jones había conversado con Rodolfo y que gozaba en ese momento de perfecta salud.

Aquella noche me fué imposible dormir y me sentía

en un estado vecino a la euforia, como si se hubiera tratado de mi propia resurrección después de una condena a muerte. Nunca me había avenido con Rodolfo porque era diametralmente opuesto a mí en su carácter, inteligencia, costumbres y temperamento. Pero lo quería y lo apreciaba, y tal vez lo admiraba por su audacia para vivir como se le antojaba en un hogar donde el sometimiento era la regla, aun para Jacobo, muy respetuoso del "espíritu de familia", a pesar de su genio atrabiliario. Ambos eran irreflexivos e impulsivos, pero de diferente manera, y jamás se notaran en Rodolfo segundas intenciones y necesidad de vengarse, las que estallaban con la cólera de Jacobo sin que supiera refrenarse de soltar las cosas más hirientes, enrostrando cargos falsos, generalmente, pero que su suspicacia creía ciertos. Después, con los años, aprendió un poco a dominarse, pero para peores resultados, pues de ahí recrudeció la capacidad de intriga de su carácter, como una especie de espíritu de defensa, y sus venganzas salían indirectamente a través del trabajo de sugestión con que obraba sobre las demás personas de la familia, sobre algunos amigos, y hasta entre la servidumbre, buscándose aliados que habían de darle la razón contra mí o contra cualquiera que para sus adentros declarara enemigo suyo. Todo esto provenía, en el fondo, de cierta manía de persecución, y le vi abandonar amigo tras amigo, de los que se creía traicionado, bastándole para creerlo el más fútil motivo que por costumbre la gente deja pasar, y sin lo cual no se podría vivir en sociedad; y no se contentaba con cortar con esos amigos, sino que hubiera deseado, y hacía cuanto podía para que así fuese, que toda la gente rompiera con ellos. Sin embargo, no era malo, aunque duro, y esas venganzas o simplemente ese acabar con personas que había querido, provenían de su terrible incomprensión, de su falta de psicología, de justicia, que radicaban en su enorme emotividad y

orgullo. ¡Ay de quien lo hiriese! Pero aun con las mayores precauciones de no hacerlo, como me sucedió durante los años en que mi fervor religioso me tenía convertido casi en un santo—le aseguro, María—si se creía ofendido, aunque le diera toda clase de explicaciones para probarle mi buena voluntad para con él igualmente que con todos, me llamaba hipócrita, no sólo por mortificarme en represalia—¿de qué?—sino porque tal vez lo creía realmente al serle imposible ponerse en el caso de la verdadera buena voluntad que me animaba y tan ajena a su genio batallador, desconfiado, quisquilloso. En momentos como esos, yo no podía menos que recordar la célebre fábula de La Fontaine “Le loup et l’agneau”, que me pintaba admirablemente la posición de ambos, y lo excusaba cristianamente pensando que “no sabía lo que hacía”. Si me sentía en aquella época con ventaja moral sobre él, luego de perder mi fe y leer a Nietzsche ya no me pareció favorecerme demasiado el papel tímido de la oveja y comencé a darle alguna admiración y más comprensión a ese hermano lobo que representaba una raza más fuerte, que si mordía era porque para eso tenía dientes. A mí me iban creciendo garras, gracias a Dios, y aunque enguantaba mi mano, solía hacerle sentir algunas clavaduras que le demostraran que sabía defenderme si quería. Sin embargo, las más de las veces no me defendía. Como no acertaba a dar con las razones de esta actitud mía, creía nuevamente en una situación de debilidad del enemigo y me daba nuevos asaltos, que reforzaban sus posiciones en tanto yo no quería presentar batalla. Pero todo en la vida, a cada momento, me ha demostrado y me sigue demostrando que hay que aceptar batalla o darse por vencido: esa contemporalización a la que me inducían ahora motivos sentimentales—prueba al fin de debilidad, si bien se mira—es la que se debe combatir en nosotros mismos si no queremos ser aplastados. No hay verdad mayor que

la que afirma que la vida es lucha. Lucha, lucha, y por sobre todo, lucha. Aunque no se pretenda atacar, por lo menos hay que defenderse; pero la mejor manera de defenderse contra los fuertes, es atacándolos, y por algo dicen que quien pega primero pega dos veces; ellos lo saben y con tal de vencer, no reparan en la justicia de su ataque. Esto que comienza a evidenciarse en un simple pugilato, puede ser comprobado en toda esfera de lucha por la vida, y una mujer que le tema a otra, se batirá con el arma de la intriga si no halla mejor manera de vencerla, aminorándola en el espíritu del hombre a quien le gusta, que es un modo también de afilar las uñas clavándolas por la espalda. Todos miden sus fuerzas en todos los campos, y es preciso ver cómo también en una oficina se empeña por denigrar a uno que le aventaje el que quiere primar en la opinión de su jefe, que los débiles buscan medios indirectos para la pelea si les quedan demasiado difíciles los naturales medios, y no pudiendo trepar tiran de los pies al que trepa o le quitan la escala, pues no toleran que nadie suba si no pueden ellos subir. Nada nuevo digo con estas observaciones; sin embargo, parece que jamás se hubieran comprobado, y después del fracaso de la Sociedad de las Naciones, que dió remate a la guerra del 14 y creyó resolver el problema de la paz futura, tenemos después de otra guerra peor, una nueva sociedad que con fines y nombre parecidos se levanta pretendiendo resolver los insolubles problemas de siempre.

Esta ceguera de todos acerca de la eficacia de la NU me recuerda la ceguera de los americanos cuando se avecinaba para ellos la guerra y que, en todo el país,—puedo asegurarlo porque lo recorrí precisamente en septiembre de 1941, conversando con toda clase de gente—nadie, nadie, creía en la guerra para los Estados Unidos.

Nunca olvidaré una de las reuniones en que pude com-

probarlo mejor porque se trataba de gente culta, que había viajado, rica. Le daban a Mr. Jones un banquete, en Boston, la ciudad aristocrática y republicana—Ud. sabrá que el partido republicano es el partido conservador americano—y el dueño de casa—esto era en los primeros días de septiembre de 1941—a quien me había presentado muy elogiosamente Mr. Jones, quien tenía de mi persona mejor opinión de la que merezco, me hizo varias preguntas, no sólo sobre la América del Sur que le interesaba vivamente conocer por boca de un sudamericano—que así me consideraban—sino sobre lo que se pensaba y decía en la América Latina—como la llaman ellos—respecto a la posibilidad de llegar la guerra a este continente. Sabedor de los múltiples conocimientos que tenía Mr. Jones respecto a todo lo que tenía que ver con las Américas, me sentí muy cohibido y respondí que era él quien debía ser interrogado a este respecto. Pero después que habló, comprendí una vez más cómo el hombre ve y cree lo que le conviene—o cree que le conviene—ver y creer: su punto de vista era trasladado inconscientemente en la que imaginaba una opinión objetiva, opinión que era la de un norteamericano republicano. Entonces me permití intervenir, aprovechando la nueva invitación a hablar que me hacía el Sr. Edward, arqueólogo que había pasado muchos años en Africa y era el tipo del hombre estudioso que viaja sistemáticamente y luego vuelve al país a recopilar sus notas para escribir las experiencias y experimentos, fruto de sus viajes. No atreviéndome a contradecir demasiado a Mr. Jones, preferí dejar en claro que mis palabras se ajustaban a una opinión personal, aunque pensaba que ésta representaba también la de los sectores, por lo menos en Chile, de la gente de estudio. “No creo—dije—que pasen muchos meses sin que entren a la guerra los Estados Unidos. Mr. Roosevelt parece ser el único norteamericano que sabe que la guerra se viene indirectamente

a América: si Europa queda en manos de Hitler, nunca permitirá éste el peligro de la democracia americana y aquí tendrán Uds. sus aviones, y los rockets destinados a atravesar la Mancha se perfeccionarán para atravesar el Océano, sin contar con otras armas de guerra que ignoramos todavía pero para las cuales tiene, como se sabe, químicos, físicos, bacteriólogos, en activo estudio. Mr. Roosevelt es un genio que Uds. ignoran o niegan y que los latinoamericanos veneran ya, presintiendo que será el salvador del mundo si llega a convencer a su pueblo, antes de que sea tarde, que es de imprescindible necesidad atacar antes de ser atacados". Estuve muy lejos de convencer a mi auditorio, pero el Sr. Edward tomó en cuenta mis palabras en lo de la necesidad de ir a la guerra, pero no en lo de mi admiración por Roosevelt. Y pensar, María, que durante el recorrido que hice, de Boston a Chicago; luego al oeste, visitando California y Colorado, para seguir por el sur a Luisiana y Alabama y volver al este por Wáshington, pasando por Filadelfia para quedarme en Nueva York, siempre oí durante esos tres meses de septiembre a fines de noviembre, la misma protesta contra la guerra, en la que los mismos admiradores y partidarios de Roosevelt se sumaban a sus enemigos, haciéndole más difícil su tarea. Roosevelt me ha parecido por eso, no solamente un genio de la inteligencia, sino un genio de la voluntad, sin contar sus cualidades de bondad y generosidad, su comprensión humana, con las cuales su genio de la inteligencia y la voluntad fueron movidos.

Volviendo a la senda anterior—la que llevaba hacia mi hermano Rodolfo—tortuosamente dirigida a desembocar en la vía libre que yo creía haberme trazado ayudado por aquellas circunstancias que me libraron de los míos, no podré dejar de insistir en lo ilusoria que es nuestra supuesta libertad. Ya había podido comprobar todo lo que seguía interiormente ligándome, por hilos de la herencia, a mis muertos;

ahora comprobaba que en lo exterior existía un deudo mío que, aunque se había desligado voluntariamente de la familia y nunca pensara en estorbar mi destino, iba a causarme nuevas preocupaciones, y más que preocupaciones, cruzando su vida con la mía. ¿Quién me obligaba a buscar su parade-ro, preguntará Ud.? ¿No era yo ese sosías del difunto Matías Pascal que nada tenía que ver con Pedro Frankstein? Por desgracia, como a todo asesino, y más al que lo es de sí mismo, me atraía el que pudiéramos llamar lugar del crimen representado por lo único que de mi sangre quedaba, por Rodolfo. Fuera de esto, tampoco matara yo lo bastante la parte humana sentimental en mí mismo, y suponiendo que Pedro Frankstein hubiese sido realmente liquidado, Mr. Shade sentía una terrible necesidad de comprobar que no era un hombre solo del todo por este vasto mundo donde cada cual tiene una persona emparentada por lo menos. Es preciso haber sentido el aislamiento total, el haberse dicho y repetido: "soy el único de mi familia, soy solo, solo en el mundo", para comprender la atracción ejercida por alguien que nos representa esa familia perdida, aunque haya sido odiada. Los amigos son otra cosa, sin contar que todo nuevo amigo se me hacía casi imposible porque no podía dejar de pensarlo traicionado por el engaño de no ser yo quien era. En cuanto a Ud., María, vaya si la deseaba esposa mía, lo más cercano, lo más emparentado que se puede ser en la vida cuando el matrimonio es realmente matrimonio, y Ud. y yo habríamos sido "un matrimonio". Pero eso yo no lo había querido y la distancia me obligaba a no soñarlo si pretendía no ser perturbado en mis propósitos de conocer la vida de otra manera que en su aspecto de bienestar, y para lo cual yo había de afrontarla descendiendo y descendiendo en la escala social hasta el nivel del mendigo, si fuera posible, siguiendo los rumbos que mis ilusiones de libertad y mis falsas ideas me trazaban: porque aunque no ignoraba

que no somos libres, ese tipo de falta de libertad no tenía mucho que ver con la falta de libertad mía, que provenía del exterior, con sólo un significado de sujeción a la familia y la sociedad a las que había pertenecido; en cuanto a mis errores de psicología estribaban en no haber supuesto la imposibilidad que es sentir lo que sentiría otra persona no siendo esa persona (¿cómo, por ejemplo, podría haber sufrido, un peón auténtico, lo mismo que yo sufrí cuando me metí a trabajar en carreteras?).

Pero aparecerán posiblemente, en su oportunidad, algunas de esas experiencias, y lo que por ahora nos interesa es mi encuentro con Rodolfo.

Para que vea Ud. hasta qué punto el destino es cosa inevitable y más quizás por exteriores circunstancias que por esta trayectoria dirigida indirectamente por nuestra biología—¿no depende, nuestra psicología, de ésta?—debo advertirle que, a pesar de lo dicho anteriormente respecto a mis violentos deseos de volver a enredarme, aunque fuese de paso, con ese hermano al que seguía ligado por el afecto y la necesidad humana, pues mi carácter no sería todavía tan distinto de como yo lo había esperado, dominé estos impulsos y me prometí evitarlo, luego que hubo pasado el primer momento de sorpresa provocado por las noticias que me daba Mr. Jones. Pero fué éste quien me impuso la entrevista eludida por mi voluntad, y no porque me creyera antiguo amigo de Rodolfo, sino porque siendo yo su secretario, corría con todos los trámites desagradables de sus negocios, cobranzas, cartas, etc., y necesitaba que viera a su deudor por haber llegado el momento de saldar cuentas, ya que no sería respaldado por un padre muerto, ni tendría herencia, a juzgar por lo que yo mismo había referido sin sospechar las consecuencias que acarrearía contra mi hermano. Se complicaba, además, el problema de aquella entrevista a la que me resistía aún contra mis obligaciones de se-

cretario, con la responsabilidad de haberle traído yo a mi hermano ese contratiempo inesperado, y sentía el deber de resolver entre ambos la forma posible de pago, o si no podía, la manera de conseguir un aplazamiento indefinido, porque no renunciaría Mr. Jones a la devolución de su dinero o de parte de éste: lo había tanteado, convenciéndome de que su gesto de amparo no había sido de hombre generoso hacia el hijo de un correligionario, de un colega de negocios, sino tomando en cuenta que ese colega sabría, a su vez, llegado el caso, retribuirlo con buenos datos sobre acciones, en el extranjero, o sobre posibles empresas financieras de cualquier índole. Ni la vanidad de posar de generoso le habían hecho disimular a Mr. Jones sus intenciones actuales respecto a aquel préstamo que era subido, relativamente. Por otro lado, pensaba yo en que mi nueva personalidad requería la aceptación del cinismo, de no importarme sentimentalismos ni prejuicios, y que tenía que desentenderme de todo esto para no tentarme a reanudar lazos de afecto y compromisos, ya que se me suponía muerto. Pero Mr. Jones, como hombre que conoce a los hombres, me había hecho firmar, al emplearme, un contrato por seis meses que todavía no se cumplían, y sólo quedaba obedecer sus órdenes. No bien llegamos a Nueva York, me indicó la dirección de Rodolfo—"su amigo, que Ud. va a tener tanto gusto de volver a ver", insistía ante mi evidente indecisión. Alegué que si se había embarcado a Inglaterra no era probable verlo, y me contestó que lo de enrolarse no sería tan seguro y que habría sido un pretexto para conseguir el dinero. "Como bien Ud. sabe—comentó—los Frankstein eran judíos y esta vil raza tiene sus mañosas... no, no... sus mañoserías: eso es, eso es"—agregaba satisfecho y, haciendo un guiño, afirmaba, más que preguntaba, lo que me obligaba a otorgar que sí, aunque no tenía ninguna seguridad—"chilenismo, ¿no?" En fin, con o sin chilenismo—

nunca lo averigüé después—era la verdad: Rodolfo había tenido una “mañosería judía” para conseguir un dinero que de buena fe pensaba devolver, pues con todo lo bohemio que era, y a pesar de haber tenido muchos amigos del tipo aristocrático que creía, en Alemania, por lo menos, poder endeudarse y no pagar, la profunda educación moral recibida en nuestro hogar y también en colegios ingleses, hacía de nosotros, para estas cuestiones de dinero, “gentlemen de verdad”.

La impresión que tuve al encontrarme con Rodolfo después de tantos años y acontecimientos fué muy compleja. En nuestra familia no éramos muy demostrativos, fuera de Rodolfo, que desde la infancia había sentido una verdadera sed de afecto, afecto que por lo menos en su exteriorización le había negado nuestra madre a quien adoraba. No tenía sentido psicológico, ni tampoco era reflexionador, y así como de niño sólo sabía llorar en vez de explicarse cuando era acusado injustamente por Jacobo, tampoco comprendía bien lo que pasaba cuando mi madre lo rechazaba llamándolo cargoso si insistía en besarla: ella, tan buena, le tenía a su propio hijo cierta inexplicable antipatía, lo que no se justificaba sólo porque Rodolfo, seguramente el más hermoso de sus hijos, era poco simpático, falto de tacto, y tenía una especie de instinto que lo hacía ver y oír cosas que tal vez un niño no debe ver y oír, lo que no comprendía en su inocencia, pero que mi madre, impulsiva, creía posiblemente una curiosidad malsana que no toleraba, como tampoco excusaba sus ligeras mentiras debidas más bien al temor de ser reprendido, y sin duda más disculpables que las de Jacobo, en las que ella nunca reparaba porque le tenía simpatía. En aquella época de nuestra infancia, yo estaba muy lejos de admirar a mi madre como la admiré después: continuamente la encontraba injusta por estas diferencias. Aunque entonces no me avenía en absoluto con el llorón de Rodolfo,

lo compadecía porque lo sentía incomprendido por todos y algo así como el niño mártir de la casa—que de esa manera exageraba yo los hechos—cuyas lágrimas aquilataba en su verdadero valor, porque a esa edad yo era el regalón de mis padres y abuelos, no teniendo sino demostraciones de aprecio y afecto a mi alrededor—aun no había llegado el momento evidente de la hostilidad de Jacobo—y me ponía en el caso de la situación contraria que era la de Rodolfo. Esta emotividad de Rodolfo le explicará una de mis tantas reacciones cuando nos abrazamos, que, por oposición, fué de frialdad en vez de comunicárseme su honda emoción. El, tan querendón de la familia que abandonara, y que por eso mismo debía haber recordado solamente en sus buenos aspectos, como sucede siempre a la distancia y por esa razón más con los muertos, resumía en mi persona todo lo perdido y vuelto a recuperar. Yo, en cambio, me sentí desligado como nunca de los míos en él. Y a un tiempo, despreciándome por ello con mi viejo yo sentimental, me enorgullecía de haberlo vencido, sabiendo que nuestras ideologías nada valen mientras no encarnan en lo hondo de la personalidad y que pretender ser otro por convencimiento de la superioridad que nos representa intelectualmente considerado, ese otro, no basta para serlo mientras no *sintamos* como ese otro. De manera que mis anteriores emociones al comunicarme el Sr. Jones que mi hermano vivía habían sido como los últimos estertores que daban muerte a ese viejo yo, y no un reverdecer de la planta afectiva, que no hubiera perdido sus hojas por seca, sino por el despojo de un pasajero invierno. Sin embargo, ya verá Ud. más adelante, María, que no era así del todo. En primer lugar—según mi experiencia—porque no hay un viejo yo, solamente, sobre todo en las personas complejas. El Yo—que no es uno, sino muchos—está ligado al devenir y brotando constantemente. No hay razón para que el alimento que va sosteniendo día

a día nuestro cuerpo, o más bien generándose, por medio de complicadas químicas, en ese cuerpo nuestro, no tenga un equivalente espiritual de generación continuada, íntimamente ligada a la del físico de que depende, y que a su vez depende de él. Lo que vela todo este proceso dándonos la ilusión de la unidad es una ley de herencia, que yo llamaría *herencia de sí mismo*: el ejemplo más visible que se me ocurre es el de nuestras uñas, siempre iguales y sin embargo siempre creciendo y botándose, si pudiéramos decir. Y es que su reproducción obedece a ese “genio de la uña”—parodio a Schopenhauer en su “Genio de la Especie”, y con más seriedad de lo que parece—que le impone su modelo a través de la herencia. Es como si le dijera ese “genio” a nuestras uñas: “Sois quebradizas y chatas, porque las que os precedieron y se acabaron a medida que las fuisteis cortando cada semana eran quebradizas y chatas; y nacisteis quebradizas y chatas porque el padre de la persona en cuyas manos creceis tenía uñas que eran también quebradizas y chatas, como lo eran las de su madre, etc. Ahora, es posible alguna modificación para vosotras si os llega más cal por medio de la alimentación inteligente del cuerpo del que formáis parte”.

En cuanto a nuestros “yo”, tan múltiples, tan subdivididos, si se les pudiera retratar como lo hacen las tomas fílmicas necesitadas para reconstruir el movimiento—la impresión de la vida—en su continuidad, obedecen también a lo que, empleando una palabra muy justa, llamaba un amigo mío, “la constante psicológica”, que no es otra cosa que esa ley de herencia, ese “genio de la herencia” propia, o de sí mismo, dictándonos su mandato. Pero a esa “constante psicológica”, que es precisamente la que nos vela el proceso verdadero de cambio por su apariencia de igualdad, yo opondría la “inconstante psicológica” de las personalidades complejas y que ha dado lugar, cuando hay proceso de vio-

lenta oposición—esto es, de *dos* modelos de herencia—al estudio de las llamadas dobles personalidades. Pero, normalmente, las personalidades, o “yo”, son múltiples y tan constantemente mortales o pasajeras, como esa agua que va pasando en lo que llamamos río y que no es nunca la misma agua. Supongamos, para mayor claridad de todo esto, que el cerebro fuese representado por una máquina de escribir: corrientemente, una sola cinta negra va imprimiendo las letras, como si dijéramos en un solo tono afectivo. A veces esa misma cinta se divide en rojo y negro—la que es de un solo color puede también serlo morada o azul o toda roja en vez de negra—y según las necesidades del que escribe, se emplea uno u otro color con sólo mover la palanqueta que permite el cambio: éste sería el caso de personalidad doble. En las personalidades complejas se trataría de una cinta, no ya de dos colores, sino de varios. Lo normal o común es la cinta negra pero si recibimos de alguien una carta escrita en rojo o morado no nos extrañará, pensando solamente que la persona que la escribió tiene cierta necesidad de señalarse, de no hacer las cosas de manera corriente, o que siendo realmente distinta de la generalidad, se busca inconscientemente la manera de serlo hasta escribiendo a máquina; ahora, si usa un color verde o amarillo o café o rosado, que nadie nunca emplea, habrá que pensar que, esa cinta, la naturaleza se la hizo especialmente y que es tal vez un poeta, un creador, o simplemente un original. En todo caso, sea el negro, o sea un color cualquiera, el color único representará una sola tonalidad afectiva que equivaldría a lo que llamamos con nuestro amigo “constante psicológica”, siendo representada por una cinta de varios colores la “inconstante psicológica”. El trato social nos obliga a simular, por lo menos, la “constante psicológica”, y escribimos todos con cinta negra para los demás, pero no así nuestro diario íntimo, que si se viera justificaría lo que “de poeta y de lo-

cos, todos tenemos un poco". En los enfermos mentales se entrecruzan disparatamente los colores. Si no me engaño en mis observaciones: que nos heredamos continuamente a nosotros mismos y que esto *no se nota* en los de una más uniforme "constante psicológica", en los espíritus complejos como yo lo soy, con "inconstante psicológica", irrumpe a veces el color del alma de mi bisabuelo, otras el del alma de mi tío, etc., para teñirme afectivamente, a pesar de la inteligencia y voluntad vigilantes que, al fin y al cabo, no pueden sustraerse a la dominación de lo emotivo y salen siendo sus inconscientes sirvientes. Es por eso que resulta tan difícil analizarse porque sólo podemos hacerlo sobre el yo del momento, obnubilándose la memoria del yo interno al reflejo del color afectivo del instante. Con razón dicen que cada cual ve la vida según el color del cristal con que la mira, y el cristal puede ser oscuro si estamos simplemente de mal humor, porque nuestro intestino no ha funcionado bien, y tornarse claro horas después cuando ese mismo intestino se ha librado de sus toxinas; o bien, para ser más espiritual en estos ejemplos, una palabra agradable, o un gesto, ponen claro ese cristal que tan súbitamente se empaña si capta una mirada desdeñosa. Todas estas comparaciones resultan muy burdas para explicar el complicadísimo mecanismo de nuestra psicología, pero la metáfora abre la puerta de la intuición que permite la comunicación con los demás, y si me he atrevido a presentar las mías es porque los mismos filósofos no poseen medios de mayor trascendencia y que sus raciocinios suelen ser pobres y arbitrarios y se me pueden perdonar entonces mis pobreza y arbitrariedades. Recuerdo, por ejemplo, la mala impresión que me han causado a menudo ciertas subdivisiones en las que algún filósofo va enumerando en esta forma: "primero... segundo..., etc.", y se comprende que pudieran ser seis o siete, o sólo cinco, esas divisiones o casos presentados por él

sin que siquiera haga saber con una frase que esto es para mayor comodidad y no una regla, como se nos aparece a primera vista; que obedece a la necesidad de ordenar un poco, solamente, y no puede tomarse como una clasificación científica, aceptándose su exactitud cual lo hacemos, por ejemplo, con los cinco órdenes en que se dividen los vertebrados. Pero prosigamos con lo mío. Dicen los naturalistas que, durante su desarrollo el feto pasa por todas las etapas del reino animal. Imaginemos que, alcanzando la forma humana, contiene, el ser, en latencia, todo el género humano, pues contendría a todos sus antepasados, con lo cual se llega al padre Adán y la madre Eva por sólo una de las ramas del gran árbol genealógico universal. Un hombre se parecería entonces bastante a esos juguetes chinos que figuran un muñeco que, si lo abrimos, contiene a otro igual un poco más chico, y éste a otro, etc., etc., etc., hasta llegar a uno diminuto. Ese juguete chino lo es de verdad, a mi parecer, el hombre, pero en procedimiento contrario: el diminuto va envolviéndose en uno un poquito más grande, y éste en el que sigue y así sucesivamente. Ahora, compliquemos el juguete chino, y en vez de hacerlo como una cajita que se abre en profundidad, siendo un solo compartimiento, construyámoslo también en extensión, con más dimensiones—alto y ancho—resultando que una verdadera caja exterior contiene varias filas de cajitas-muñecos, pudiendo cada muñequito, gracias a una perfecta instalación eléctrica, saltar de su sitio y trasladarse automáticamente a cualquiera de las otras cajitas, en el lugar donde pueda embutir, confundándose con el que lo ocupa merced a una especie de transubstanciación del material plástico que los forma: suponiendo que el muñeco A fuese blanco y el B negro, esta transubstanciación daría por resultado uno mulato. Este juguete sería una grosera caricatura de los maravillosos mecanismos de la vida en la ley de herencia de nosotros mismos y de

herencia de nuestros parientes, pero el material humano da mil combinaciones en su transubstanciación, y así oímos decir: "Fulanito tiene la exacta nariz de su bisabuelo, pero los ojos son de su padre, la boca es de su madre. Camina como el tío Zutano y es chistoso como la abuela". O bien, cuando va a casarse una pareja, hay comentarios como éstos: "¡Qué irá a salir en esta mezcla de los Luriondos, con su genio endemoniado, y los terribles Rondizábales!" Felizmente, por el lado de su madre ella ha sacado toda la suavidad y paciencia que va a necesitar para afrontar el carácter de su marido... hasta que reviente por ahí, cuando se aburra de tanto soportarle, el genio de su propio padre". Y así es, siempre alguna circunstancia toca el botoncito del hilo eléctrico que haga surgir o "reventar" al dormido pariente listo a encarnarse. En cuanto a mí, ¿qué puedo esperar de mí mismo como línea de conducta con toda la complejidad de mi carácter a la que se unen, por largas temporadas, a veces, cambios de personalidad por los que un psiquiatra no podría llegar a incluirme entre sus casos clínicos porque no son lo suficientemente aparentes, pero que yo alcanzo a percibir—por lo que tampoco significan enfermedad—¿qué puedo esperar, yo que he perdido la fe, que me he desarraigado de mi familia, que me erijo en crítico de los filósofos con toda la vehemencia de mi escepticismo? Ahí radica el mal, precisamente, pero el mal está hecho, para mi caso, y es mucho que mis buenas herencias reemplacen todavía las disciplinas que por medio de la religión, la sociedad, la moral, mantienen en un cauce a la generalidad de los hombres, impidiendo los desbordes naturales en que ocurrirían si se dejaran llevar por su raciocinio en vez de su naturaleza—siendo ésta normal, se entiende—naturaleza que, por otra parte, ya se ha adaptado bastante a este cauce como para que por él le guste o no le moleste correr.

Lo que me separaba de Rodolfo, sin que él se sintiera

separado de mí, eran nuestras herencias de nosotros mismos, diferentes; él pertenecía a los seres felices que se heredan en una sola línea, que son continuamente iguales a sí mismo a través de los años, y forzosamente seguía queriéndome de la misma manera. Por otra parte, su vida exterior muy activa, llena de actos a la vista, vividos en presente, habían acortado para él el tiempo; en cambio, yo tenía una poderosa vida interior que me estaba ligando siempre al pasado y al futuro, en recuerdos y anticipos, escamoteándome la realidad del presente y extendiendo elásticamente el tiempo. O quizás suceda lo contrario y sea el vivir en actos lo que prolongue el tiempo y vivir interiormente lo que lo acorte haciéndolo estático: se me forma un enredo si medito sobre este punto, pero lo que puedo asegurar es que estas dos formas de vida, exterior e interior, modifican sin duda la duración del tiempo: uno u otro vive más. Ya pensaré en este problema de tanto interés, en otro momento, y por ahora escribo lo que se me viene a la cabeza, aunque pueda ser un disparate o un simple error. Poco importaría, no tomándose el tono dogmático, y estas son meditaciones, o reflexiones, o simples gimnasias espirituales, para Ud. y para mí. ¡Pero bastan, bastan las disquisiciones! ¡Cuánto me aburren y cuánto irán a aburrirla a Ud., María, si llegan estas páginas a sus manos! Mas, ¿cómo abrirse paso en esta enmarañada selva de mí mismo si quiero comprenderme y hacerme comprender de Ud., cuando ambos tenemos gran curiosidad del hombre y que al estudiarme estudio a los demás que se me parecen y que deben ser muchos? Dicen que el "yo" es aborrecible, pero ni para Ud. ni para mí va a serlo si lo tomamos de esta manera, mirando sobre su hombro la fila indefinida de estos muñequitos que, porque son todos tan iguales, encajan dentro de nuestra caja "juguete-chino". Tan distintos éramos, además, Rodolfo y yo, de mentalidad y sensibilidad, que nunca he podido discutir con

él sin tener la impresión de que hablábamos una lengua diferente, y que sólo yo alcanzaba a entender un poco la suya, por mi mucha curiosidad de los idiomas con que se expresan emocionalmente los hombres, aunque nunca llegaría a hablarla por serme demasiado ajenos sus giros elípticos o confusos y su ruda pronunciación. Como es siempre la exageración de las cosas, que siviéndonos de vidrio de aumento nos hace notar lo que sin esa, exageración no percibiríamos, y si bien sabía que el mundo es sin duda una Babel donde nadie se entiende, fueron mis contactos con Rodolfo en las discusiones sobre arte o política que éste se empeñaba en provocar, los que me hicieron *sentir* esta verdad de nuestro aislamiento, de nuestro monologar. Sin embargo no pretendería yo la superioridad sobre este hermano y las personas que se le parecen, sino tal vez todo lo contrario: era seguramente un instintivo, uno de aquellos que sin raciocinios se meten en el corazón mismo de las cosas como si despidieran un olor que sólo perciben ellos y por lo cual la sabiduría popular dice que tienen "buen olfato". Pero a menudo yo consideraba, por los resultados posteriores, que más que tener olfato, tenía Rodolfo esa antena de los emotivos que capta cualquier mensaje porque siempre está en estado de recepción de ondas y, así como puede vibrar con las auroras de nuevos movimientos artísticos o políticos que señalan rumbos seguros del futuro, se agitan con igual vehemencia al soplar los vientos pasajeros de movimientos artísticos como el dadaísmo, por ejemplo. Rodolfo, por otra parte, tenía algo de medium—había sido un poco sonámbulo en su infancia—y solía prever la muerte de personas conocidas nuestras por medio de algún sueño, lo que me obligaba a tomar en cuenta sus opiniones políticas comunistas: a un mismo tiempo que con el natural recelo de quien lo viera decididamente dadaísta—es decir, equivocado—con cierta duda hacia mí mismo de andar yo por el

camino del error al creer en el fracaso de dicha doctrina. Con los años, los acontecimientos habían parecido darle a él la razón, luego a mí: en estos momentos está peleándose encarnizadamente el sí o el no que dará vida o muerte a las teorías de Marx.

Corroborando lo que le decía sobre el don telepático de Rodolfo, sus primeras palabras al encontrarnos fueron: "¡Cuánto he sufrido, Pedro, había soñado a principios del año 39 que toda la familia moría en una catástrofe y pensé en un fusilamiento en algún campo de concentración!" Le conté entonces lo que había sucedido, y al hablarle de mi disfraz de Mr. Shade lo expliqué como defensa para verme más libre sin el estigma judaico, dado el caso que se me ocurriera volver a Alemania. Le pedí que respetara mi incógnito, y me presentara como a un amigo de la infancia, tal cual lo creía Mr. Jones. Cuando llegó el momento de las cuentas con su acreedor, Rodolfo me confesó que el dinero pedido lo destinaba a hacer venir de España a su mujer: se había casado, en efecto, hacía unos quince años, con una bailarina española de quien se enamoró no sólo por su belleza y dotes artísticas, sino porque al conocerla en una reunión comunista sus afinidades políticas los habían hecho intimar. Habían viajado, después, casi de continuo, hasta instalarse por fin en los Estados Unidos, llevando en todas partes la vida más aporreada que pueda imaginarse—Rodolfo decía "bohemia"—siempre alcanzados de dinero y teniendo que desempeñar actividades muy poco relacionadas con el arte para poder subsistir. Me pareció comprender entre las explicaciones confusas de Rodolfo que su mujer era bastante floja y desordenada, amante de ir bien vestida y figurar, lo que no habría contribuído a disminuir las angustias que le traía la falta de dinero. Se hacía servir por él, además, como pude colegirlo de frases que se le escapaban a mi pobre hermano: "yo soy como los americanos,

ahora—me decía al preparar la comida a que me había invitado en su modesto taller—lo fuí aprendiendo todo ya en tiempos de Carmen que estuvo un poco delicada, y después no permití por temor a que no se sintiera bien que hiciera las cosas de la casa, y sé cocinar, barrer, limpiar”. No vivía sino con la idea de hacerla volver, aunque habría de complicarle nuevamente su vida, y más que sus dos hijos—unos mellizos de 14 años—los que estaban internados en un colegio donde recibían instrucción gratuita. Al inquirir el porqué de este privilegio en un establecimiento de primer orden, Rodolfo se cortó un poco, y luego me confesó que había aceptado la proposición de un médico famoso que los mantenía a su cargo con la condición de que pasaran las vacaciones con él para estudiar el caso curioso que presentaban como mellizos. No sólo eran absolutamente iguales en su físico, al punto de confundirlos sus propios padres desde niños, sino que sus gustos, necesidades, etc., y hasta sus enfermedades eran también iguales. Al preguntar, intrigado yo, “¿cómo, sus enfermedades?”, Rodolfo hubo de precisar, conviniendo que eran tuberculosos aunque no de gravedad, y que sus crisis coincidían exactamente. Este temperamento—agregó, entristecido—lo han heredado del pobre José, y lo curioso es que físicamente son su vivo retrato. Yo que acababa de encontrar un pretexto para eludir de volver a verme con Rodolfo antes de salir de Nueva York, cortando así las posibilidades de reanudar con este trozo de familia que me salía al paso en mi nuevo destino, sin poder contener mi emoción, exclamé: “¡Quiero verlos, necesito verlos!” Mi tono era casi el de mando y Rodolfo, recordando el afecto que me unía a José y casi me había llevado con él a la tumba al no poder soportar su pérdida, comprendió que yo haría lo imposible por llegar hasta ellos. Pero, gracias a Dios, iba a ser muy fácil la tarea: el doctor, donde precisamente estaban veraneando, ya que era el mes de agosto y no regre-

saban al colegio sino a mediados de septiembre, acababa de escribir dando noticias de los muchachos y lamentando que el preceptor que siempre los acompañaba en verano para no interrumpir las clases de idioma y piano, no pudiera seguir con ellos, obligado a regresar por enfermedad de su madre. Pusimos inmediatamente un telegrama ofreciéndome como preceptor, y luego de aceptado y de convencer a Mr. Jones que me diera un mes de vacaciones por causa de salud—en verdad me sentía bastante mal de los nervios y él mismo había notado mi cansancio—llegué hasta la “Farm” donde vivían mis sobrinos en New England, pensando con cierto humor que Mr. Shade, que había sido contratado para los otros sobrinos, los hijos de Berta, bien podía ahora, habiendo fracasado su misión, continuar con los hijos de Rodolfo. Creemos hacer nuestra vida, pero nada hay tan irónico como el destino y una vez más podía constatar que estaba siendo la víctima de sus jugarretas y que, por haldas o por mangas se saldría con la suya y enredaría mis planes moviéndose de mi “libre albedrío”, de la creación de mi “nuevo yo”. Sin embargo, no era únicamente el “viejo yo” el que me llevaba ansiosamente hacia los mellizos que me resucitarían indirectamente a José; el “nuevo yo” iba hacia ellos casi con igual vehemencia: uno guiado por sus sentimientos, el otro por la curiosidad intelectual. Me parecía que estos sobrinos iban a abrirme un nuevo camino en el estudio de mí mismo, ya que siempre había considerado a José como una especie de mellizo, que se atrasara algunos años, por lo que me había hecho revivir mi adolescencia al verlo vivir la suya, que tanto se parecía a la mía cuando yo evocaba los años de mi vida entre los nueve y los quince. Epoca llena de ilusiones, de despertares, de transformaciones, de agitación continua en que mi ser dislocado semejava un escenario en el que diversos actores se disputaban el primer papel tratando de superarse unos a otros, despuntando tam-

bién ya el espectador escondido que llevaría para siempre, después, acechando mis personajes más tranquilizados a medida que proseguían los años, o que irrumpían con menos turbulencia, por lo menos, como si adiestrado el resorte que les daba paso esperasen el turno oportuno sin pretender atropellos demasiado evidentes: silenciosamente, con la compostura de personas educadas surgían, actuaban el tiempo que les correspondía, luego se esfumaban "a la inglesa", dejando siempre el interés del espectáculo sobre el que estaba en escena hablando—aunque fuese el menos entretenido—por el solo hecho de representar el presente, esto es, la vida con su eterno engaño. Solamente un gran esfuerzo de evocación reflexiva me hacía comprender que los que habían pasado a entre bastidores en esta "caja-juguete-chino-escenario" pudieran ser los más interesantes, pues únicamente en apariencia se convertían en muñecos inertes y bastaría con mover nuevamente los hilos para que cobrasen nuevamente animación: Juan-José y José-María (John y Joseph, como los llamaban los americanos para evitar confusión), actuando como una memoria encarnada, iban a darme una curiosa representación viva de mi propio espectáculo olvidado al reanimar también a José, del que su padre les había dejado el nombre, como si hubiera exigido tácitamente una firma el escultor teatral de la naturaleza que había hecho esta serie.

La casa del doctor Big, donde se hospedaban mis sobrinos, se hallaba en el "village" de Greenfield, preciosa aldea en medio de colinas llenas de vegetación que con el crudo verde de sus pastos y árboles y el crudo blanco de sus diminutas viviendas de madera pintada recordaban esas láminas en libros para niños que representan una casa con su prado y que uno imagina exageración del dibujante que usó demasiado crudo el blanco y demasiado crudo el verde para mejor destacar lo que es una casa y lo que es un prado.

Otras aldeas de parajes vecinos se llamaban "Litchfield", "Springfield", etc., pareciéndome que todas estas de Connecticut llevaban ese sello verde característico de la Nueva Inglaterra y nunca pude pasarme entre aquellas lomas lujuriantes de vegetación sin murmurar inconscientemente los conocidos versos "verde que te quiero verde" que posiblemente nada signifiquen, pero que allí justifican una sensación que llevaría a cualquier poeta a inventarlos si no existieran. El dueño de casa era lo que, a primera vista, los latinoamericanos—con la misma falla que ellos critican en los americanos cuando se imaginan, éstos, de cierta manera a los españoles o mexicanos o cualquier pueblo del continente del sur—llamarían "típico americano", es decir, uno de esos americanos que durante mi permanencia de cuatro años en distintos puntos de los Estados Unidos y tratando gente de diferentes capas sociales sólo he encontrado dos veces, y en esto me refiero únicamente a un gesto exterior, el de poner los pies sobre el borde del escritorio o de la mesa, gesto que en nuestras tierras consideramos tan americano como lo sería en un noble francés o un diplomático extranjero el de besarle la mano a las señoras. Como fué una de las primeras personas con quien traté a poco de llegar a los Estados Unidos, me pareció tan natural verlo instalarse cómodamente en su sillón, echándose para atrás, el puro en la boca y los pies arriba del escritorio, que no sólo no pensé en criticarlo, sino que una actitud distinta me habría defraudado. No podría decir que era mal educado u ordinario, sino rudo, sobre todo en contraste con su mujer que, de inmediato, me dió la sensación de la mujer de mundo, como pudiera serlo la más aristocrática de las inglesas. Cómo se había unido esta pareja y de quiénes descendían ha quedado el problema para mí, porque si hay algo "tabú" entre los americanos ese algo es precisamente sus orígenes: aquéllos cuyos abuelos llegaron en el "Mayflower" se lo ca-

llan por discreta distinción cuando no están seguros de que los que los rodean no puedan decir lo mismo, y los otros, naturalmente, se callan tanto más cuanto más son los motivos de callar. Nadie pronuncia nunca las palabras "aristocrático" en ese país, o solamente sucede como excepción que confirma esta regla. En un reventón hablan—o hablaban, mejor dicho, en tiempo de las elecciones—de "familia aristocrática" cuando se quería hacerle un reproche a Roosevelt, cuya tara era esa a los ojos de un pueblo que lo que más desea es ser aristocrático, precisamente: y si no hubiera otra manera de confirmar este juicio mío, me parece que ese sería un argumento a su favor. El mayor mandato de "la voz de la raza americana" es: "sed aristócratas", en el mejor sentido de la palabra, se entiende, en el sentido que significa superarse, refinarse, pero que envuelve el de alcanzar la capa social de arriba. En cualquier parte del mundo, el que más guerra le hace al aristócrata es el que más desearía serlo, porque comprende que no lo es. En los Estados Unidos, esta guerra se hace de otra manera: se niega sencillamente al aristócrata a la usanza europea y es por eso que incomoda un Roosevelt, trasplante europeo, y no hijo de "self-made-man". Cualquiera, ahí, siente que si se esfuerza puede llegar a ser el ambicionado "self-made-man". Pero cuando va alcanzando la meta se da cuenta que eso no basta todavía y que la riqueza no lo es todo, que en esa capa de arriba de su propio país, los que dominan las costumbres y son como la estatua ideal que debe imitarse para ser un "americano" son los descendientes de los que llegaron primero, de esos ingleses que impusieron el idioma y luego las costumbres inglesas que llevaban en su sangre, por mucho que renegaran de la madre patria y trataran de diferenciarse de ella. A este último producto, si así pudiéramos llamarle, pertenecía la esposa del doctor, quien representaría muy bien el otro, el del hijo de un "self-made-man".

Aunque hice muchas observaciones que me interesaron sobre esta pareja y que ya despuntarán o no, a medida que continúe mi relato, no eran ellos mi meta y me parecía en un comienzo que sólo tenía ojos y oídos para mis sobrinos que acaparaban mi tiempo en forma mucho más exclusiva que la de una normal dedicación del preceptor a sus alumnos. Gracias a Dios, para poder distinguirlos, se le había ocurrido a la propia madre, cuando recién nacidos, hacerle a Juan-José un tajito en el lóbulo de la oreja izquierda. Pero no necesité mucho tiempo para dejar de reconocerlos por esta ligera diferencia de una cicatriz. Algo imperceptible en la calidad moral de la voz, de la mirada, me los diferencié muy pronto. Yo no iba en busca de sus semejanzas físicas y fisiológicas, como el doctor X, que andaba pendiente de comparar radiografías, electrocardiogramas, exámenes de sangre, etc., y me llegaba jubiloso exhibiendo dos análisis de orina exactos. No era un psiquiatra, tal como yo lo creyera cuando Rodolfo me había dicho que un médico se interesaba por el "caso" que representaban los mellizos: era un tisiólogo y del tipo tan americano de los que sólo creen en el experimento. Indirectamente tendría que interesarle también lo psíquico de sus conejillos de Indias, pero justo en lo que se relacionaba—como luego comprobé—con algunas características que acusaban la mentalidad de los tuberculosos. Para mí, antes que tuberculosos, eran la representación del ser humano en una edad muy especial y que reproducía a un hermano mío muy querido, muerto, y me reproducía también en mi muerta adolescencia. Me parecía apasionante esta nueva manera de ir en búsqueda del tiempo perdido, y si mis métodos eran del todo diferentes de los del doctor y jamás apuntaba un dato—lo que era un error y dejación imperdonables—solía desvelarme en la noche pensando en tal palabra o en tal gesto que habían indicado un matiz en la diferenciación de los mellizos, y por

pésima que sea mi memoria, se me grababa ese gesto o esa palabra, permitiéndome recordarlos cuando se presentaba una ocasión de relacionarlos con otros de la misma especie, de modo que, sin quererlo, se inscribían en mí mismo esos apuntes que lamentaba no tener a mano y que por ser más vivos que aquellos inertes, puestos en el papel por el doctor, se combinarían en mi conciencia involuntariamente procurándome, tal vez, un inesperado resultado del que tenía de antemano gran curiosidad. Este mecanismo debía parecerse al que funciona en la inteligencia del artista o del creador científico, y al constatarlo me preguntaba de dónde sacan vanidad, éstos, si es todo tan sencillo y se hacen las obras por "obra y gracia del Espíritu Santo". Pero el intelectual se lo atribuye todo a sí mismo. En cuanto a John y Joseph—que así seguiré llamándolos también—eran demasiado intuitivos, como lo era José, para no darse cuenta de que yo los observaba minuciosamente, a pesar de mi disimulo constante, pero lo atribuían a la natural curiosidad que despertaba siempre su personalidad de mellizos iguales y sobre todo creían, como me lo dijeron un día, que el doctor me había encargado estudiarlos por mi cuenta para corroborar con mis observaciones las suyas, y pensaban que se trataba, más que nada, de cuestiones relativas a su salud: contar cuántas veces habían tosido y si lo habían hecho ambos a un tiempo, por ejemplo. Joseph, que era un poco irónico, me dijo a este respecto, una tarde que me paseaba solamente con él y estornudó: "No se preocupe, Mr. Shade, puede comunicarle al doctor que John ha estornudado". Aproveché para insistirle que yo no tenía ninguna obligación de vigilarles la salud y los actos, siendo mi única misión la de acompañarlos y enseñarles castellano y piano. Pero deseoso de captarme su confianza, le confesé que personalmente me interesaba mucho por la psicología, que creía que el hombre es complejo y contiene en sí varios hombres,

y el caso de mellizos me parecía poder aclarar este misterio proyectando exteriormente dos de esas personas, por lo menos, que forman un ser. Me miró larga e intensamente sin decir palabra. Yo tenía la impresión de que me estaba aquilatando y se lo pregunté con sencillez. "Sí—me contestó—a veces uno tiene ansias de abrirse con alguien, pero es tan difícil hablar de lo íntimo y además quién puede asegurarnos que depositamos nuestra confianza en quien la merece..." Había dicho estas últimas palabras como para sí mismo y, de pronto, percatándose de que yo las había oído, se disculpó diciendo que no eran para mí, que me creía leal y que sentía mi simpatía hacia ellos. Entonces me animé a proponerle que hiciéramos un pacto: él tendría absoluta confianza en mí y yo le sometería todas mis observaciones para que me ayudara en este estudio psicológico de la personalidad a través de él y su hermano, y asimismo haríamos el pacto con John. Pero su fisonomía cambió ante esta última proposición. "No—contestó—yo necesito un confidente precisamente para salirme de mi hermano. Si Ud. no puede hacer el pacto solamente conmigo y jurándome que nada sabrá John de esto, no cuente con mi colaboración y mi confianza. Si Ud. necesita un "experimento"—recalcó—yo necesito un "amigo"—volvió a recalcar—y parece que no vamos a entendernos". Me emocionaron vivamente estas palabras, el tono con que las dijo, la mirada con que las acompañó: me hallaba en ese instante realmente en presencia de José, cuando más o menos a la misma edad, había venido a mí, ávido también de un amigo, diciéndome que quién mejor que un hermano pudiera serlo? Yo que soy sobrio en mis manifestaciones sentimentales, no pude reprimirme de pasar mi brazo en torno al cuello del muchacho y atrayendo su cabeza contra mi hombro le juré que sería el amigo que necesitaba. ¡Nunca imaginara en qué berenjenal iba a meterme con este compromiso! De inmediato, al descartar a

John, se establecía una complicidad entre Joseph y yo que me hacía sentirme como desleal ante mi otro discípulo, y mayormente al empezar aquellas confidencias de Joseph que, precisamente, se referían a sus relaciones con su hermano: no eran para "salirse" de él, como dijera anteriormente, sino para todo lo contrario, para adentrarse en él. Comprendí, desde las primeras tímidas, púdicas explicaciones, que yo hacía las veces de confidente del enamorado novicio que necesita hablar de la persona amada sin darse cuenta de su amor todavía. "John y yo—me explicaba—somos una sola persona, sin duda, y me quiere casi tanto como yo lo quiero a él, pero no me comprende. La gente, mi propio padre, nos creen inseparables y no hay tal. Son apariencias, solamente. Desde luego, somos distintos, no sólo en nuestra manera de sentir, sino de pensar. Nadie se ha preocupado de esto, pero él y yo lo sabemos muy bien, sobre todo yo. Yo me siento lleno de ternura para él y deseoso de complacerlo y hasta de sufrir por él, pero recibo en pago sus sarcasmos, y hasta se complace en humillarme para poner a prueba su dominio sobre mí. ¡Hermanos!... Mellizos...—exclamó con involuntaria vehemencia—no, no... enemigos, más bien, parecemos a veces. Si nos buscamos es más bien para pelear... es decir, él, él... yo nunca quisiera pelear..."

Yo estaba perplejo, y por dos razones: en primer lugar porque me turbaba lo que entreveía de ilícito en este cariño sin analizar todavía bien los hechos que se me revelaban, y luego porque me turbaba descubrir desavenencias tan profundas y que contradecían lo que todos creían ver en estos muchachos: su mutua, su total unión. Pero conversaciones posteriores y la reflexión serena, que en ese momento no me asistía, vinieron a poner un poco de luz sobre tan curiosa situación, luz que se intensificó, poco después, al despertar de un sueño en que se me había aparecido José, llorando cual lo viera llorar amargamente, una vez, po-

co antes de caer enfermo. Mucho me había costado, entonces, hacerlo hablar. Hube de insistirle que sería un desahogo para él, que me considerara como un confesor—según algunas palabras que se le habían escapado comprendía que una crisis de mala conciencia lo atenazaba—y por fin conseguía su total expansión. ¿Qué sucedía? Lo de siempre a esa edad incierta movida por cambios que atormentan el ser. José se odiaba a sí mismo acusándose de indigno y de impuro, y asegurando al mismo tiempo que nadie tenía una más alta idea de la dignidad y de la pureza que él. Que no se reconocía, que dos hombres—uno malo y uno bueno—peleaban dentro de sí mismo. Yo, que acababa de internarme en lecturas de Ribot y de Freud, pudo resolverle sus problemas a este niño querido y devolverle la tranquilidad.

Y ahora, para estos sobrinos, ¿no sucedía algo muy parecido? Ese hombre bueno y ese hombre malo que luchaban en José—y que luchan no sólo en la pubertad sino muy a menudo en toda la vida de cualquier hombre—separados cada uno en un mellizo, ¿no enfrentaban, acaso, el mismo problema? Además, nada había de anormal, ni menos de incestuoso, en el afecto que Joseph sentía por John: era una agudización del narcisismo corriente de casi toda pubertad, que el hecho de ser mellizos presentaría en forma un poco sospechosa sólo a ojos que no viesan lo que yo veía, ya serenado después de una penosa primera impresión. Otra cosa, también, me representaban ellos, pues hube de darle razón a Joseph en lo de pretender que John llegaba a veces hasta odiarlo y que lo había amenazado con matarlo, y esto únicamente porque se había sacado un premio en un concurso de dibujo, arte para el cual John no estaba tan bien dotado como su hermano. Sí, me señalaban también—fuera de la resistencia natural contra la homosexualidad—la encarnación del eterno Abel acechado por el eterno Caín. Más que tuberculosis declarada, tenían temperamento tuber-

culoso, como hubo de confesármelo el doctor, quien, llamado por Rodolfo en ocasión de una bronquitis de los niños, hacía dos años, al sacarles radiografías había constatado una cicatrización anterior, tan exactamente la misma en ambos que se había interesado por mantenerlos bajo su vigilancia, y las famosas crisis en las que creía mi hermano no pasaban de ser meros resfríos o bronquitis no mucho más importantes que las de cualquier mortal. Sin sospechar mi parentesco, el doctor me lo había contado tranquilamente, diciendo que su estricta vigilancia posiblemente libraría a los muchachos de la enfermedad. Como, por otra parte, Rodolfo no me había parecido mayormente preocupado por la salud de sus hijos—"están en muy buenas manos, como verás", me había dicho con cierta complacencia de no tener que correr con ellos—y que la madre no pensaba sino en la política, como lo demostraba su abandono del marido y de los muchachos con tal de servir al "partido", lo que hacía exponiendo su propia vida, ya que actuaba entonces en la España misma franquista, me daba yo por satisfecho de ver más o menos asegurada la suerte de mis sobrinos. Pero en lo que a su salud respectaba, había sin duda como para todas las saludes un destino, y esa vigilancia y cuidados del doctor no iban a impedir que estallara la "crisis"—verdadera ésta—que esperaba su momento de nacer, determinada por la misma ley de herencia de las células pulmonares que, por cualquier razón oculta, serían células enfermas para ese momento, tal como sucedería con uñas que privadas de cal porque su dueño hubo de habitar por un tiempo en alguna región donde el agua o los alimentos carecían de esta sustancia sin que él lo sospechara o conociera las consecuencias de esta falta de cal, viera con sorpresa que aquellas uñas suyas se han tornado quebradizas, delgadas: que son, durante este tiempo, uñas enfermas, porque sus células están heredándose sin cal. Sin embargo, lo que para este ejemplo

de niñas dependería del ambiente exterior, en el caso de esta crisis de los mellizos dependía de—llamémoslo así por cierta relación—un ambiente “interior”, imprevisible, fatal, hijo del elemento “tiempo”, como ciertas revoluciones de astros—previsibles, éstas, porque obedecen a leyes ya estudiadas por el hombre—y que hacen que forzosamente habrá eclipse de luna tal día a tal hora. El caso de esta crisis fué apasionante para mis observaciones personales. Comenzaron ambos a sentirse decaídos, demostraban mal humor, y una tarde en que para distraerlos habíamos dado un paseo reposadamente hasta la iglesita del pueblo, que sólo destacaba su cruz y la forma de su construcción, de las demás casitas, como ella de madera pintada de blanco, John y Joseph se llevaron la mano a la frente—¡nunca se me olvidará este gesto doble!—quejándose de dolor de cabeza. Al mirarlos los noté un tanto enrojecidos y cuando les toqué las manos se las hallé calientes. Volvimos de inmediato a la casa y, al tomarles la temperatura, acusaban ambos 38 g. centígrados de fiebre. Desde aquel instante, todos los malestares se presentaron en doble. Para evitar un posible inconsciente mimetismo, el doctor me pidió que me llevara a Joseph a mi dormitorio, él dormiría con John. Convertido en enfermero, hube de anotar en las hojas especiales que me proporcionó el doctor todo lo que mi enfermito manifestaba de su enfermedad, y cuando comparábamos nuestros boletines habíamos de constatar una identidad tan sorprendente que parecíamos estar cuidando, no a dos enfermos, sino a uno solo. Pero no hay por qué entrar en más pormenores, María, para que Ud. comprenda cómo se reforzaban mis dudas sobre la unipersonalidad de los seres y sobre la carencia del llamado libre albedrío. ¡Cuántas otras experiencias, en otros terrenos, iban a molestar mi sentimiento de individualismo y libertad, en la afirmación de los cuales había hecho ya tantos sacrificios, despojándome hasta de los sentimientos

más arraigados en el hombre, como el de los afectos familiares—por lo cual casi gozosamente había visto morir a todos los míos—y de ese posible amor buscado durante años y que, al creer encontrarlo en Ud., María, deseché! Cada uno de mis gestos, de mis actos, de mis pensamientos, se me torna ahora sospechoso desde el curioso experimento hecho con la vida doble de mis sobrinos, mayormente evidenciada en la crisis de su enfermedad y que me hacía recordarlos, no como a dos personas, sino como a dos relojes cuya cuerda, ya dada, habría de ir marcando fatalmente unas tras otras las mismas horas, deteniéndose cuando se detuviera esa cuerda. Si me duele la cabeza pienso: “no tengo comprobante, como Joseph para John—o viceversa—de que este dolor tenía que venirme hoy en este minuto, pero ¿puedo dudar—ahora que *he visto eso*—de que no sea fatal? ¿Quién podría asegurarme, por otra parte, que estas mismas reflexiones que estoy haciendo no tenían su preciso segundo indicado para aflorar en mi cerebro, ya que cada célula se engendra motivada por un ambiente externo e interno regido por el factor tiempo? Me sentía tan obsedido, en aquellos días, por la idea de nuestro automatismo, que vivía como un actor frente al lente de la máquina filmadora, convencido que desde alguna parte invisiblemente se me estaba *filmando* (tomas de gestos y de pensamientos) y se me podría exhibir luego como un documento humano, tal como el del desarrollo de una semilla o de una larva en las actuales filmaciones científicas. Y a eso se llegará, no lo dudo, y será el gran aporte del séptimo arte que, perfeccionado, sincronizará hasta el pensamiento mismo. ¿No se debería ya comenzar a filmar a determinados niños, como experimento, desde el momento que nacen, siguiéndolos en la vida hasta su vejez, en una continuidad tan estrecha como fuese posible? Pero estoy desvariando, tal vez, al recuerdo de estas obsesiones de mi posible automatismo. La famosa “vuel-

ta eterna" de Nietzsche, poéticamente considerada—si no científicamente—presentaría bastante bien una filmación histórica del Universo, la que después de hacerla el Supremo Director, destinaré a un eterno "Rotativo" para la propia complacencia. Frases como las que siguen, aumentaban mi confusión ahora que me parecía poderlas autenticar: "Nos convertimos en lo que somos". "Nunca saldrá de una bellota sino una encina". Cada hombre era entonces un preso de su cuerpo, de su alma; luego, por extensión, de su familia, de su país, de su época. El mecanismo de su reloj interno seguramente se combinaba con el mecanismo del de los otros relojes, tal como en los sistemas planetarios la rotación sobre su propio eje, del satélite, se combina con su movimiento alrededor del planeta, obedeciendo el conjunto de los sistemas a la ley de la gravitación universal. Pero eso era precisamente lo que no sucedía todavía: el concierto maravilloso de los astros no regía aún en lo humano, sino que parecíame en gestación, saliendo apenas de su propio caos, esa humanidad que trabaja dolorosamente dislocada, en conquistar su unidad. Sin embargo, ese caos, tenía su hora marcada, también era una etapa de esa evolución hacia algo, y nos combinábamos aún en el desorden, los hombres; y todo ese dolor en mí mismo producido por la complejidad de mi personalidad, todo ese dolor que me había provocado el choque diario con los miembros de mi familia, todo ese dolor que me asaltaba como a los demás—directa o indirectamente—por causa de la guerra entre los países del mundo, tendría que vivirlo aunque tratase de huir de él: su hora estaba indicada en un horóscopo que no se podía eludir. Creyendo haberme liberado ahora y "vivir mi vida" como un actor que voluntariamente elige su papel, estaba nuevamente ligado, metido con todos en la danza, tomado de la mano con gente de mi propia sangre. Eso, me decía con indignación mientras pasaba las noches pen-

diente de la respiración o del pulso de Joseph, reviviendo las terribles angustias de la enfermedad que se llevara a José. ¿Por qué, por qué no había evitado el encuentro con Rodolfo? Si el destino era el destino—es decir, una fatalidad, un determinismo ineludible—también entraba en éste mi actual rebelión en contra suya y podía decidir evadirme nuevamente. Le mostraba el puño a mi propia sombra, pero también era un necesitado alivio mostrar el indignado puño.

Joseph se aferraba a mi persona tanto más cuanto más pretendía yo librarme de él. Creo que lo que me retuvo un tiempo más a su lado fué la necesidad de contrarrestar el deseo de su muerte que leí en las miradas de John cuando preguntaba por él. Yo conocía ese mal deseo: en mi propia persona se habían batido Abel y Caín a esa misma edad, y rebelándome ante las primeras desilusiones maté lo mejor de mí mismo para poder seguir viviendo entre los malos hombres a los que hay que enfrentarse. Después, añoraba no ser el que había sido, y sólo pude consolarme cuando vi crecer a José que me revivía en mi buen personaje. Pero, ay, su propia familia había de martirizar esa naturaleza de élite que, no sintiéndose entre iguales, no sabía, no podía luchar, ignorando cómo debe contestarse el mal, vacunándonos de él, y sus nervios se habían ido desgastando, todo el organismo había ido cediendo, como el espíritu acoquinado, dejando que la enfermedad realizara su obra de muerte. Pensaba ahora en la necesidad de quitarle a Abel su inocencia: que supiera que Caín es traidor y hiera por la espalda; o era preferible abrirle los ojos a Caín sobre su escondido mal, ese lento veneno de la envidia que infestaba su alma y haría irrespirable algún día, para los demás, cualquier ambiente donde él viviera. Y así, me atreví a decirle a John mi pensamiento con toda claridad en cuanto se restableció. Lo obligué a leer algunos libros de psicoanálisis;

en fin, hice con él lo que debe hacerse con un enfermo para que sane: le señalé su llaga demostrándole que esconderla no haría sino dañarlo más, y que convenir en que llaga había y dejar que el médico la sanara era el único camino que conduciría al bienestar. Después de algunas miradas de odio y decirme que yo no tenía nada que ver con sus asuntos personales, y como lejos de ofenderme insistía en su salvación, se echó a llorar y me dijo estas palabras reveladoras y ya salvadoras: "Yo no sabía que era malo". Desde aquella tarde en que conversamos largamente aprovechando la ausencia del doctor y de su esposa que habían ido con Joseph de visita donde unos vecinos, tarde inolvidable por otro motivo relacionado con esto, he pensado seriamente que el mundo mejoraría si se difundiera la psicología y se pusieran al alcance de todos las revelaciones de los psicoanalistas, practicándose el sabio consejo de Sócrates: "Conóce-te". El otro motivo fué éste: hacía mucho calor en el living donde estábamos y le propuse a John que fuéramos hasta la orilla de un bosquecito cercano, efectuando de inmediato el paseo cotidiano que ya se les permitía, del momento que Joseph tampoco podría salir más tarde habiendo salido ya. Fuimos por pequeñas etapas y al llegar al bosquecito nos tendimos sobre el pasto a descansar, pero con tan mala suerte que una diminuta serpiente me mordió el tobillo. De no haber allí mismo una cabaña desde cuya puerta nos miraba su dueño, que de inmediato vino hacia mí trayéndome el antídoto del veneno—siempre lo tenía a mano pues ahí se habían registrado casos de mordeduras fatales—posiblemente no estaría yo contando el hecho, que mucho me sirvió para hacer reflexionar a los muchachos sobre lo curioso de las vacunas que convierten de mortal en salvadora una misma sustancia. A raíz de esta lección que me serviría para conectar la importante conversación que había tenido con John, con la que deseaba tener ahora con Joseph y luego

con ambos, llamé al que era mi "amigo por pacto", como le gustaba decir, comunicándole que graves circunstancias me habían obligado a infringirlo, que desde ahora John tenía el mismo derecho que él a una sana expansión de su alma, y le revelé sin omitir nada todo lo que había hablado con su hermano anteriormente. No fué demasiado difícil esta revelación porque había tenido el cuidado de ir presándole también los mismos libros que iba leyendo por su cuenta John—segúan apartados sus dormitorios y se les permitía leer una hora antes de dormirse—y pude convencerlo que la salvación, para éste, era que se le tendiera la mano, que le contáramos lo de nuestro pacto, al que debíamos darle acceso, y con mayor razón porque yo tenía que abandonarlos para seguir viaje con Mr. Jones y sería una tortura para mí pensar en su desunión; que esta confianza y amistad conmigo debía ser con su propio hermano, como la misma naturaleza lo exigía al hacerlos mellizos. Era demasiado bueno, Joseph, y demasiado sutilmente psicólogo, también, a pesar de su juventud, para no comprender y aceptar la nueva situación propuesta. Hicimos entre los tres una especie de confesión general de nosotros mismos, con lo cual tuve el alivio de sentirlos entregados el uno al otro, reintegrados realmente en una sola persona después de aquella momentánea desintegración que los opusiera como a enemigos.

## V

Dios y el Demonio, el Bien y el Mal... Todo sucede, en verdad, como si dos espíritus opuestos estuvieran en continua lucha disputándose la conquista de lo que se llama el Mundo y puede ser el Universo con todo lo que de éste ignoramos, o solamente nuestro miserable Hombre en su pequeña Tierra. Hay una zona que hasta ahora no podemos traspasar con los conocimientos metafísicos, una especie de vacío en el que no puede respirar la razón humana y que impide, por lo tanto, su acceso y saber qué hay más allá, a no ser que se acepte la revelación mística. Pero ya sabemos lo que piensa de los místicos, de los iluminados, de los Santos, del mismo Jesús, la medicina psiquiatra. Si bien la religión se retrae de un Freud que sólo descubre símbolos en sus más caros dogmas, acepta a un Jung aunque preconice la necesidad de creer en Dios, no porque sea verdad que Dios exista, como un absoluto, sino porque es verdad que el hombre tiende a creer que Dios existe y esta necesidad psicológica al crear la ilusión hace que exista, sino en un "Más Allá", en la propia conciencia humana.

En cuanto a la intuición—trátese de la revelación científica, artística o mística—me parece el estallido de una condensación de raciocinios y emociones latentes que se combinan diversamente. A unos su "intuición" les dirá que hay Dios, y a otros que no lo hay. A mí, me parece bastante

aceptable la idea de un Espíritu del Bien y de un Espíritu del Mal, porque simbolizan perfectamente lo que sucede respecto a nosotros.

Lo que me irrita es que ni para elegir el bien somos libres: "Tu ne me chercherais pas, si tu ne m'avais déjà trouvé", me había dicho en cierta ocasión un sacerdote francés para probarme con estas conocidas palabras que yo, muchacho que aseguraba mi ateísmo a pesar de consultarlo, creía; y me probaba que las semillas depositadas en mi mente por muchas generaciones de católicos habían de obrar en mí contra mi razón. En efecto, obraban; pero obraban a la par las semillas judaicas, de rebelión, ya que solamente por parte de mi madre había heredado la presión católica. No se lo enrostré; entonces, pero lo he pensado a menudo después al considerarme como un campo de batalla en que diferentes razas y credos se peleaban la difícil solución de la homogeneidad: todo daba como resultado, en el fondo, *falta de libre albedrío*. Esto va siendo mi "leit motiv", y es por eso que, en último término, debe Ud. perdonarme mi afán de liberación, ya que entra también éste en la imposibilidad, para mí, de dejar de querer ser libre. Si todo está determinado, ¿por qué no lo estaría la ilusión de sentirnos o desearnos libres?

Quiero, quiero ser libre, aunque todo se me atraviesa para impedírmelo, desde mis atavismos hasta mi propia razón que me los echa continuamente en cara, diciéndome que no paso de ser un preso, un doble preso: que las circunstancias y el ambiente que me circundan son también una cárcel, superpuesta a esa otra cárcel íntima, ese invisible carapacho de alma que todos arrastramos. Y ahora es Ud., María, la que indirectamente motiva toda esta explosión; y por momentos casi prefiriera ser un loco—el más preso de todos los presos—y que me pusieran la camisa de fuerza que sujete el puño ridículo con que amenazo mi

sombra, y estas tontas manos que tratan vanamente de torcer férreos barrotes. Soy un fracasado, un inútil orgulloso que salió a descubrir las razones que han traído todo el actual padecimiento del mundo, para luego encontrarse con que la substitución de la experiencia ajena por la nuestra no pasa de ser una experiencia más, *nuestra*. Quise volver entonces a Ud. y hacer mi vida asignada, la que todo mi ser buscaba desde siempre y que tal vez rechacé involuntariamente llevado por la acostumbrada inhibición ante el terror de amar. No en vano se le ha dicho ¡no! durante demasiados años al amor, a la posible felicidad: el resorte queda vencido para la actitud positiva. Creía que Rita me había sanado de aquel traumatismo, y cuando la conocí a Ud., María, en vez de tenderle los brazos me inventé este viaje sólo para huir de mi posible dicha. Es verdad que había tenido intenciones de hacer esa vida nueva y libre, que me procuraba al fin la muerte de los míos, pero es el caso que no me movía dándome a mí mismo el pretexto que, ser profesor en Valparaíso era una manera de comenzarla. Sin embargo, no dudo ahora que sin Ud., sin la necesidad de huir de Ud., habría muerto en esa tarea y sin moverme de ahí, porque tampoco se libra uno tan fácilmente de un temperamento abúlico. Los que son como yo, cuando los amarra una familia piensan: "Ah, si yo fuera libre..." Y luego, si por alguna razón resultan desligados, como me sucedió, van dejando sus proyectos para ese mañana que nunca llega, y es que esos proyectos son de orden intelectual y no voluntario, es decir, planeados por nuestra razón en vez de ser ansiosamente deseados. Y ahora que sé *lo que quiero*, ahora que he vuelto en su busca, son las circunstancias las que me apresan. ¿De qué me habrá servido toda esa experiencia, el comprender que mi vida estaba aquí y con Ud., ahora que Ud. ha desaparecido? ¡Nunca imaginaría Ud. todo lo que me he movido para dar con su paradero, con cual-

quier noticia suya! He ido de cancillería en cancillería, he aprovechado mis nuevas amistades aquí y en los países recorridos, principalmente en los Estados Unidos, adonde me figuro pueda haber ido Ud. en mi busca. ¡Nada, nada, nadie sabe nada de Ud.!

Ud. no tenía motivos para cambiar de nombre, como yo... Ah, María, llego a pensar con horror que, desilusionada de mi abandono, muerta su madre y sin la necesidad de ampararla, y no teniendo ya que darle cuenta de sus actos a nadie—la religiosidad de ciertas personas como Ud. en estos casos hace sus componendas con Dios—llego a pensar... ¡Pero rechazo con violencia esta suposición! Siento demasiado la necesidad de creer que no hablo en el vacío, que desde alguna parte está Ud. pensando en mí como yo pienso en Ud. Lo que me queda de vida, sin su presencia carece de sentido. Dependía de Ud. que yo salvara un poco de fe de todo este naufragio mío y del mundo contemporáneo para contribuir a la afirmación del espíritu del Bien. El amor era mi salvación, como habrá de serlo para muchos cuyas ideas religiosas han tambaleado y necesitan asirse de alguna fuerza moral. Todas mis experiencias, las estaba convirtiendo en lecciones que me servirían para levantar el hogar modelo, ese hogar que, multiplicado por hombres, como yo, enmendara los errores anteriores, construyendo la nueva humanidad que se necesita construir si no nos resignamos a la ruina total que parece avecinarse: Ud. y yo podíamos ser *una pareja*, como yo la entiendo. Ud. era esa *esposa* difícilísima de encontrar a la que había renunciado durante mi juventud, y que, de pronto, cuando menos lo hubiera pensado, en las circunstancias menos propicias para creerlo, me saltó al paso a una edad en que todavía era tiempo de formar hogar. Pero mi abulia, mi inhibición mal curada, mi natural indecisión—quizás si el terror de engañarme—me hicieron huir. Ahora recibo el merecido cas-

tigo: son siempre defectos de carácter como esos, que convierten a los hombres en fracasados, y no solamente la familia y el ambiente que los rodea, como yo lo había creído ingenuamente. Si el mal del mundo comienza en el mal de los hogares, el mal de los hogares comienza en el mal de cada uno de los que formamos esos hogares: no es un Jacobo el único culpable; es también culpable un Pedro que no sabe defenderse de éste. Un abúlico, un inhibido, un indeciso, es en resumen un débil. Pero me parece que estoy repitiendo cosas que ya he dicho y que no son tampoco ninguna novedad. Me obsede la constatación de mi fracaso, fracaso que lleva implícito el fracaso de los hombres de mi generación en un nuevo "mal del siglo".

Pero ese débil, ese abúlico, ese indeciso, lo es a menudo por sensible, porque no puede dejarse llevar a vivir sin mirar en derredor si no daña a los demás; es un hombre verídico que no queriendo dejarse engañar busca primero cuál es el camino de la verdad, y encuentra que no está bien definido ese camino. Desde pequeño le han enseñado que no hay que mentir, que no hay que robar: luego comprueba que no vive el hombre sino mintiendo y robando, sea directa o indirectamente, y se siente desconcertado y allí empieza su parálisis moral: hay que hacer como los demás o hay que detenerse, y prefiere detenerse. Algunos se apartan, solamente, y edifican su "torre de marfil".

Así lo hice durante años, dedicándome a la música. Pero en ésta deseaba también la perfección y en tres o cuatro ocasiones, en mi vida, la abandoné por sentirme frustrado: yo era un simple aficionado que nunca lograría acercarme al modelo ideal que latía en mi espíritu; pero era tal el placer hasta físico de tocar el piano que a veces no me importaba demasiado y me consolaba constatar que pianistas de fama mundial, poseedores de la técnica que me hacía falta, no la aprovechaban para dejarse llevar por el alma de la

música. Eran especie de pugilistas, de corredores de carreras, que tomaban el piano como un campo de virtuosismo. Yo sufría con ellos la misma decepción que había sufrido a menudo, de niño, cuando iba a misa y oía al sacerdote que, o fingía compunción, o recitaba monótonamente las palabras del Santo Sacrificio, que me parecía deberían remover las entrañas, cada vez que se dicen, y si no, resultan una profanación. Con raras, rarísimas excepciones, no se ven sino mercaderes en los templos del arte y de la religión, ¿cómo quieren así que el niño se eduque verídico y que *crea*? ¿Va a sentir el "Espíritu de Dios" que sopla en la Quinta Sinfonía de Beethoven si la dirige como una tarantela, el director, teniendo que aceptar, además, que así debe ser interpretada porque le aseguran que ese director es el primero del mundo? ¿Va a sentir recogimiento en un templo donde el sacerdote, al hacer su sermón, está pendiente de los gestos persuasivos que le han enseñado, y no de la verdad interior que si la sintiera habría de comunicarle el adecuado gesto convencedor? ¿Y los fieles? Parecen también rezar "de los labios para afuera" y rápidamente, como si no pensarán sino en abandonar lo más pronto posible ese templo donde se hallan nada menos que con la *presencia de Dios*. Pero a este respecto debo recordar, María, la religiosidad del pueblo americano que nuestra gente considera materializado: nada hay más edificante que entrar a una iglesia en los Estados Unidos. Ahí se ven muchos más hombres que en las nuestras, rezando con religioso respeto, que impregna de espiritualidad el ambiente y hace creer en la presencia de Dios. La religión, el arte, y el amor, las tres grandes fuentes de lo que debemos aceptar llamar "Espíritu Divino", son generalmente profanadas. En cuanto al amor, ¿qué puede pensar de éste el adolescente al que, so pretexto de hacerlo hombre, se le conduce a una casa de prostitución para su primera experiencia del acto que lo llevará

un día a procrear un hijo en una mujer pura? ¿Es de extrañar que los muchachos más sensibles puedan quedar inhibidos moral y físicamente para toda su vida adquiriendo una especie de aversión a tal acto? Sé de muchos que la han sentido, y esto nada tiene que ver con la virilidad. Son a veces los más varoniles los que huyen de la mujer, los que más la desean, pero que conservan precisamente el recuerdo de su primera repulsión y asocian inconscientemente la idea de acto sexual y amor, temiéndole a una nueva desilusión. Pero que les toque en suerte hallar a la que va a darles el amor completo, espiritual y físico, y veremos cómo son capaces de amar estos hombres. En el caso contrario, bien pueden convertirse en hombres fríos para toda su vida, y hasta en invertidos. Pero para todo esto existen tratados especiales, y yo sólo de paso y con relación a lo que venía diciendo he querido señalarlo, y en vista de que me he comprometido conmigo mismo a decirlo todo, aquí, como salga, y más cuando estoy convenciéndome que estos desahogos han de ir a parar a la basura como cualquier desperdicio. Escribo y escribo también, ahora, para aquietar los nervios en estos días de mi angustiada búsqueda. Me he dado un mes de plazo, todavía, aunque bien sé que ya debería tener noticias tuyas si las hubieran, María. Nace en nosotros una sorda satisfacción al despliegue de fuerzas con que atacamos lo que se interpone a nuestra felicidad; pero si el infortunio se nos presenta en su aspecto más negativo, en el de la muerte de la persona amada, contra lo que nada podemos, lo mejor es acabar con este ser nuestro tan malafortunado, porque el peor estigma es precisamente ser malafortunado, aun si no se vislumbran algunas de las causas de lo que llamamos cómodamente "mala suerte" y que proviene directa o indirectamente—aun en las que parecieran exteriores a nosotros mismos—de deficiencias, de defectos en nuestra humana máquina. Se me podría obje-

tar: ¿sería culpa de fabricación, por ejemplo, para un automóvil realizado con la mayor perfección, y orgullo de la mejor marca, si en su primera salida, en manos de un chofer de la mayor importancia, es despedazado inesperadamente por un camión que trató de evitar el atropello de un niño? Pues yo contestaría que sí, por muy arbitrario que parezca este juicio: el primer requerimiento para seres y objetos es tener "buena estrella", y todo lo demás, naturalmente, y sin demasiada ironía... les será dado por añadidura. Si cuando Rita (la madre) me tentó, aquella noche de mi desilusión amorosa, yo hubiera sido menos escrupuloso y hubiera corrido mi primera aventura de muchacho, toda mi vida habría sido diferente y no sólo respecto a la importante cuestión del amor. La cohibición y desconfianza en mí mismo que me trajo, repercutió sobre mis relaciones con Jacobo que, siendo un año menor, me llevó delantera en esta clase de experiencias, mirándome en menos por mi vida más limpia que la suya, limpieza que todos no comprenden ni califican de tal y sobre todo los Jacobos, y aun las mismas víctimas como yo, las que también les otorgan a sus contrarios una especie de superioridad por atreverse a lo que ellos no se atreven. En todo caso, seguramente fué creándose entre nosotros dos una nueva animosidad, un nuevo motivo de diferencia: de fuerza para él, de debilidad para mí. A ese cohibimiento inicial se debe mi actitud de huida para muchas cosas; para la misma música, a la que me dedicaba y luego abandonaba con mil pretextos en vez de afrontar aquellas pequeñas dificultades de la técnica que tal vez con un poco más de confianza en mí mismo hubiera vencido, si no para rivalizar con los profesionales, por lo menos para quedar a la altura de Raquel, a la que hube de reconocer más dotada que yo, lo que posiblemente se debía a su espontaneidad, a su falta de crítica de sí misma que le permitía superarse inconscientemente en tanto que yo iba

comparando mi manera de tocar a la de los mejores maestros y perdiendo la esperanza de realizar técnicamente lo que ellos realizaban, superiorizándolos de más a pesar de mis críticas contra ellos en cuanto a interpretación. Sin embargo, amé la música con mayor apasionamiento que el más dedicado de los profesionales.

¡La música! La amé más que a ninguna mujer, la amé como a una mujer: entregado, arrobado. La amé especialmente a través del piano, más íntimo para la interpretación, completo como una orquesta total bajo nuestro dominio.

Recuerdo, muy pequeño—tendría cinco años, menos tal vez—mi primer contacto físico con el piano, el mueble llamado piano del que salía un extraño perfume sonoro respirado por el alma: acababa de comprar un Steinway de concierto, mi madre, esperando reanudar sus estudios musicales interrumpidos por la maternidad, el cuidado de los hijos. Yo le tenía un poco de miedo al salón que me parecía una pieza demasiado grande, oscura, pero al oír mi primera revelación de la música—el andante de una sonata de Mozart que después nunca dejé de tocar a través de los años—me fuí acercando, mudo, perplejo; luego me dejé caer sobre la gruesa alfombra y me puse a llorar. Mi madre se levantó, me tomó en sus brazos creyendo que me habría caído. Yo no sabía cómo explicarle que estaba contento, contento como con ningún juguete nunca lo había estado y sólo sabía decirle: “Piano, piano, mamá” y me puse a patear porque no seguía. Momentos después, cuando me había dejado con la nurse, agitado aún por esa terrible y deliciosa pena de mi primera emoción artística, logrando burlar la vigilancia de ésta que preparaba mi comida, me fuí solapadamente hacia el oscuro salón donde ya no le temía a los fantasmas y, acercándome al piano, rocé la superficie lisa con una voluptuosidad de la que hasta ahora me acuerdo: el mueble despedía un especial olor a madera de ébano

que nunca he podido olvidar tampoco; y entonces, levantando con cuidado la tapa, con un dedo toqué sorprendido y gozoso esas teclas misteriosas que se hundían cantando una nota.

¡Oh, cuánta muerte ahora: de mi niñez, de mi adolescencia, de mi juventud, de mi amor por la música! Posible muerte de mi mejor sueño de hombre, de mi amor por Ud., María, que no responde al vehemente llamado de mi alma. Si viviera, tendría que sentirme llamarla con todo el ser. Entonces... ¡Ud. también! Y pronto yo he de seguir esas huellas. Lo sabía, si no mienten los sueños. Ahora, al evocar ese piano, he recordado todos esos otros pianos que se convirtieron proféticamente en ataúdes.

Sí, una tarde, en Nueva York, iba yo caminando con nostálgica lentitud, sin saber lo que deseaba, ni dónde iría. Un empleado salía de una casa de instrumentos musicales aprestándose a cerrar el negocio, y se divisaban al través de los ventanales los pianos alineados como animales finos listos, bajo sus capas, a conciliar el sueño. Sin saber de dónde me nacía tal audacia, detuve al empleado y se armó entre él y yo, más o menos el siguiente diálogo:

—¡Por favor, por lo que más quiera, déjeme pasar aquí la noche!

—Señor, está Ud. loco, este no es un hotel, es una casa de pianos.

—Necesito tocar. ¡Necesito, necesito!, ¿comprende?

—¡Ah, es Ud. un artista, y está "inspirado"! ¿verdad?—  
Me miraba con cierto respeto, pero luego dijo: —Lo siento, señor, aún así no puedo dejarlo pasar la noche en esta casa de pianos.

—¿No lo haría ni comprendiendo que con esto puede salvarme la vida? Quiero matarme, quiero morirme, y siento que si toco tal vez desearé vivir. No se haga Ud. cómplice de mi muerte.

Era cierto lo que yo le decía y pareció darse cuenta. Pero entonces le vino cierto recelo de que pudiera haber elegido ese sitio para un suicidio, y después de obligarme a jurar que no haría "eso", me hizo pasar. Convinimos en que me dejaría encerrado con llave hasta la mañana, aunque no era muy fácil que me robara un piano. Dió la luz, encendió una estufa eléctrica—era primavera y la noche estaba fresca—me pasó un forro por si me dormía y quería abrigarme, y por fin me dejó solo. Me había pedido que esperara un poco, antes de meter bulla, para no llamar la atención sobre la tienda, pues el dueño que comía en un restaurante vecino luego saldría para su casa pasando frente a esta calle, pero no había cuidado que entrara porque no tenía la llave.

A los pocos instantes de encerrarme, siento que se abre nuevamente la puerta, y entra el empleado con sandwiches y una botella de cerveza.

—No puede pasar la noche sin comer—me dijo, excusándose—. Ud. es un artista, yo no he podido serlo... por eso me empleé en esta casa donde vienen músicos. Dan conciertos en la salita de arriba...— Seguía contemplándome, sin reparar en las monedas que yo le pasaba para pagarle sus gastos, pero al notarlos, los rechazó: —Págueme tocando—suplicó—pero pronto, antes que termine de comer mi patrón.

No era posible rehusar y me senté al piano. Comprendí, de inmediato, que este hombre modesto era en verdad el único público ante el que hubiera deseado tocar, si yo hubiera admitido un público cuando tocaba; pero no me gustaba ni que mi familia o mis amigos me oyeran. Sin embargo, qué placer es comunicarle a otro nuestra emoción, como iba dándome cuenta ante invisibles, inmateriales signos: intercambios espirituales por medio de las ondas sonoras parecían crear una impalpable red de él a mí.

No voy a hablarle de este hombre con el que trabé in-

tima amistad, después, porque casi imposible me resulta por momentos volver sobre mis experiencias pasadas, aun las más próximas, ahora que vivo en la obsesión de querer encontrarla y en la seguridad de no conseguirlo; ahora que este último fracaso, el más intolerable, el que tiene que ver directamente con el más cercano de mis anhelos, con mi *único* anhelo, ya que he sido hombre poco ansioso, el típico neurótico del que Janet dice que carece de la "joie de vivre"; y ahora que lograría esa apetencia, ese goce del vivir y me lo niega un destino bien definido hacia la "mala suerte", ¿cómo podría pensar en resucitar un pasado que ya no importa, que nada explica, puesto que todo queda dicho con esa palabra: fracaso? ¿A qué me metería a referirle lo que sentía cuando fui ascensorista, lavaplatos, guía del Rockefeller Center, picapedrero en la carretera interamericana? Si con todo esto pretendí comprender a los que desempeñan tales tareas, sintiendo como ellos sienten, padeciendo como ellos padecen, y luego me dí cuenta que, la insolación en la carretera, sólo yo la había tenido; que subir y bajar con gente dentro de un ascensor era para mí un entretenido pasatiempo porque escudriñaba a mis pasajeros, suponiéndoles su vida privada, sus intenciones, imaginando qué motivos los traerían a un hotel de Nueva York, con un resultado muy diferente de lo que es para un ascensorista "por fuerza" el serlo. Por el contrario, yo tenía siempre más hambre y más frío, más cansancio, más horror moral, en todos mis desempeños de hombre pobre, que los que tenían mis compañeros. Sin duda, me valía mucho saber lo que es hambre, pero fuera de ser más intolerable que para los otros, y por este motivo no me servía para medir la de ellos, mi situación; por otra parte, nada significaba ni podía compararse a la del verdadero hombre pobre, porque yo no ignoraba que en cualquier momento podría desempeñar cualquier otra ocupación, sin contar que nunca desaparecerían del todo en el

horizonte de mi pasado esas tierras de oblón que algún día, si la victoria que se vislumbraba se hacía efectiva, podrían serme restituídas. En Francia, también, cerca de Niza, poseía mi padre una hermosa y extensa propiedad, arrendada por un perfumista para cultivo de las rosas que empleaba en su industria. Teníamos derecho a la casa, que habitábamos a veces por temporadas de invierno o de verano. ¡Ah, cuántos recuerdos me trae esa casa!, pero ya no quiero evocarlos, tampoco, y quedará silenciada una bella aventura que tuve con una extraordinaria mujer, una rusa cosmopolita, como he de dejar en olvido, igualmente, enterrada, la historia de mi primer amor, a la que aludí cuando le conté mi frustrada experiencia con Rita. ¿A qué volver sobre todo esto?

Con su encuentro a mi vuelta, María, mi nihilismo se hubiera transformado a la luz de la felicidad, y de mis fracasos habría nacido algo constructivo, no solamente en la posible creación de una obra—esa búsqueda particular del tiempo perdido de cada uno—sino, además, en la influencia que pudo tener ésta, siempre que hubiera significado un valor de observación transmitido por medio del valor artístico—sin lo cual nada se transmite—tal como algunas de mis experiencias psicológicas, transmitidas a través del amor a mis sobrinos, tuvo una repercusión de positivo beneficio moral que modificará su futura vida de hombres. ¿Por qué no he sido escritor, así como tampoco fui músico? Por causa de esa abulia ya señalada, de esa indecisión, de esa desconfianza de sí mismo que sólo habrían cedido ante la confianza suya en mí, ante su admiración por el talento que Ud creía ver en mis cartas, ante su firme voluntad de triunfo. Yo pienso a veces que, en este diario deshilvanado, yo iba como echando las bases de una posible novela que habría escrito a su lado, con la fuerza necesaria, entonces, para ahondar en los caracteres, en las situaciones de tanto

personaje y tantos hechos encontrados en mi vida. Pero aquí, sin Ud., sin esa muleta de la mujer que necesitan los hombres como yo, para apoyarse y avanzar, no he podido hacer obra creadora, he llorado tan sólo mis propias miserias y he reconocido la necesidad de acabar conmigo y, por extensión, con los que se me parecen y causan el mal del mundo, parodiando, casi, las célebres palabras con que Catón terminaba siempre sus discursos al Senado: "Ceterum censeo Carthaginem esse delendam" ("y, por otra parte, pienso que hay que destruir Cartago"). En este caso, naturalmente, sería por la razón contraria: la debilidad, no la fuerza; y es que la debilidad es realmente lo que hace temible para la sociedad a los hombres como yo. Tal vez somos sus enemigos, sólo porque somos individuos y no carneros, y que para éstos ya no se deja sitio libre. Me viene a la mente una frase de una comedia cuyo nombre y asunto no recuerdo, en la que un pobre tipo se lo pasaba diciendo: "Moi, j'suis pas d'ici!" Constantemente, durante toda mi vida, en mi hogar, y fuera yo he pensado: "Moi, j'suis pas d'ici!" En el inmenso polipero humano, juguete-chino-hombre, cuya dimensión es el espacio-tiempo, no existimos solos, como individuos, sino en una mistificación de nosotros mismos, como la que padeciera una célula que creyera ser lo importante del cuerpo. ¡Ay del que tenga personalidad! Se segrega del organismo general y vive flotando, si no se incorpora de nuevo voluntariamente a éste en forma indirecta, siendo un *servidor* de la humanidad—como grande hombre—en los campos del gobierno, del arte, de la ciencia. ¿Pero los que son como yo? Son los fracasados, lo repito, los que no encajan en ninguna parte y deben perecer.

A la hora en que, sintiéndome renacido, creí poder rehacer mi destino, todo vino a demostrarme que estaba tan atado como antes, que en vano había leído y admirado la obra de Pirandello en la que me probaban precisamente

lo que iba a probarme mi propia experiencia: no era más libre después que anteriormente, el mundo no se hacía según nuestros deseos y voluntad, y mi único provecho era esta experiencia: ¡que sólo aprendemos con nuestra propia experiencia! ¿Voy a venir aquí a contarles a otros, entonces, las menudencias de cómo se es derrotado, para que no les sirva? Por eso, como en un comienzo, mi desahogo sólo será para Ud.—para su invisible presencia—sin preocuparme de concretar hechos, haciendo revivir los hombres y las cosas en una obra creativa. ¡Si valdrá la pena esforzarse en vivir la vida! ¡Si valdrá la pena esforzarse en escribir, siquiera, sobre esa vida que no vale la pena vivirse!: “No vivimos—dice una frase conocida—sino que esperamos vivir”, y esa es la verdad. Todo sucederá, *después... si... cuando*: señuelos, señuelos, para hacernos avanzar, nada más. Siempre el molde ideal al que nada se ajusta y ni siquiera la tranquilidad de creer en que ese molde es en sí mismo un absoluto, un arquetipo fuera de nosotros. No; está en nuestra mente, creado por ella al comparar, relacionar, eliminar, combinar. ¡Y pretendemos ajustarnos a ese molde del ideal! ¿Avanzar hacia dónde, perfeccionarse para qué? Si el hombre es la medida de sí mismo, y el perfeccionamiento va a ser tan lento y escaso que no he de verlo en sus últimas etapas de progreso, ¿qué me importa? Sin embargo, algunos que son los más sabios, viven la vida: son los que no la discuten, y por lo tanto la viven *en presente*. A eso venía yo, por fin, aleccionado por la experiencia, a *vivir en presente* con Ud., María, esos años fugitivos que iban a llevarnos pronto a la vejez, y que por esta razón íbamos a aquilatar como ninguna pareja joven ha sabido aquilatarlos: teníamos todas las ventajas de felicidad, condensadas en el dicho francés: “Si jeunesse savait, si viellesse pouvait”, y ni habríamos sentido la vejez, ya advertidos, porque le habríamos preparado desde el comienzo su

camino con toda esa experiencia cuya falta hace fallar los amores jóvenes.

Pero ¡qué niño soy todavía! ¿Por qué me empeño en divagar? Si tampoco habrían sucedido así las cosas si me la hubiera encontrado tal como la dejé y esperándome y hasta queriéndome tanto o más que yo. En la piedra de toque de la vida cotidiana, ya habrían aparecido sus defectos y los míos, habrían chocado nuestros egoísmos. ¿Ignoro, acaso, el carácter de engaño, de estafa, de escamoteo, de lo que la vida nos promete con el nombre de felicidad? Si la misma salud que imaginamos un don general, nadie la posee; un poco menos enfermos unos que otros, con sólo una dolencia unos, pero ¿quién, quién está del todo en "buena salud"? ¿Y cuál es el hombre que no espera llegar, como se lo prometen engañosamente, a los 70 ó 90 años y planea toda su vida sobre la base de esa existencia? Sin embargo, la muerte nos espera ya al doblar la esquina de los 50, ¡y yo mismo, que rondo estos años, pensaba nada menos que comenzar un idilio!

No sólo el hombre está mal hecho y tiene que estar parchándose—agradecido cuando el dentista no le rompe una muela sana—sino que debe preocuparse de hacer parchar la cañería de su baño o destapar el desagüe, desgastándose los nervios en estas minucias diarias para mantenerse y mantener lo que lo rodea: todo y él mismo se ensucia, se gasta, envejece, se acaba, y hay que pasarse buena parte de la vida en tareas ingratas. Yo, de esto sé mucho, como Rodolfo, porque fui mi dueña de casa también durante algunos años; pero sería lo de menos, si el gásfiter dejara buena por un tiempo esa cañería, lo que no sucede ahora que el sabotaje lo domina todo; no importara hacerse quitar el apéndice si realmente fuese necesaria la operación y no se sospechase del comercialismo de médicos de esta época en que hay que vivir bien y pronto. Hay que pensar, además, en

los que sólo tienen para comer, y en los que ni para comer tienen: en estos casos, es preciso creer que la naturaleza es muy sabia y ha depositado en ellos una dosis enorme de "joie de vivre" si consienten en no abandonar la terrible lucha, porque a ellos no les queda ni el refugio en el arte, ni el consuelo de la religión que antes se les permitía como anestésico, siquiera, con qué tolerar la vivisección a que los somete su condición de seres vivos: ni pan material, ni pan espiritual. Pero si en vez de faltar el pan, sobra, donde éste se halle rociado por el incentivo del petróleo, se matan los que apetecen comérselo ellos solamente, sin compartirlo; y ahí tenemos a árabes y judíos, en nuestra actualidad inmediata, como un ejemplo más de las luchas fratricidas en el sitio mismo donde expiró en la cruz el que murió por salvar al mundo predicando "Amaos los unos a los otros". Y es que en el fondo de todo esto sobrenada una verdad solamente, la del sádico dilema: "Hay que comer para vivir, o morir". Y como para ello no basta el aire, y mejor come el de mejores puños...: el pez grande se come al chico, el lobo a la oveja. Todos, *todos* somos pez grande para algún otro, somos lobo para alguna oveja, y la misma oveja se come el pasto que también vive y tiene derecho al sol y al rocío, y se hace vana, forzosamente, la cordialidad del Santo de Asís. Puede tocarse de cerca este canibalismo obligado del hombre en los límites del hogar. Nos hablan de tribus salvajes en las que se mata a los ancianos cuando ya no sirven para el trabajo y significan entonces una boca inútil. Yo, personalmente, he presenciado la muerte por hambre decretada por toda una familia contra la abuela, mujer no muy anciana, todavía, inteligente y llena de la finura moral que le faltaba a sus hijos y nietos. Lejos de ser una carga, era la persona que más trabajaba en la casa, supliendo la sirvienta que no tenían por falta de recursos. Su propia hija era la que más se servía de ella, por ser naturalmente floja y egoís-

ta. Invitado incidentalmente por un asunto de negocio—una cobranza de mi querido Mr. Jones a ese deudor muy moroso—pude observar durante la comida, lo que ya había observado en otros hogares con bastante frecuencia, fueran ellos de ricos o de pobres: que unos comen doble, mientras otros se privan para permitir a los primeros la satisfacción de su apetito. Se comprende esto cuando son los padres que se sacrifican por sus hijos, en mayor necesidad de nutrición que ellos y que no se dan cuenta de lo que sucede. Pero cuando es la satisfacción de la glotonería, no ya de la necesidad, se hace repulsiva la acción del que come a expensas de otro. En el caso que refiero, en esta familia “bien” venida a menos, que por consiguiente no ignoraba las reglas de la buena educación, la dueña de casa y el mayor de los muchachos, de unos dieciocho años, se las arreglaban—con mundano disimulo ella; con apariencias de espontaneidad él, pero cínica y astutamente—para servirse siempre lo mejor y para repetirse. En tanto, cada vez que pasaba un plato bajo las narices de la abuela, su propia hija le recordaba que podría hacerle daño, en efecto, al decir ésta que no se serviría, y el muchacho, entonces, aprovechando que estaba a su lado, con amable desenfado ponía la presa en el suyo diciendo: “bueno, para que no se pierda...” Yo comprendía que esta comida no era lo de todos los días y que pudiera explicarse así la avidez de estos dos ávidos, pero la tremenda flacura de la anciana, su natural señorío en todo momento, me explicaban claramente con la respectiva psicología de los otros y su buen aspecto físico, que, a diario, sucedía lo mismo. El padre y los demás niños se dejaban llevar, como todos en la vida, por la tranquila inconsciencia del natural egoísmo.

Bueno, hay de todo en este mundo, y me es grato recordar aquí, en compensación, mi propio hermano Rodolfo con el que fueron vanas mis amonestaciones cuando le vi

alojar y alimentar en su taller con sólo una piecésita adjunta, a refugiados españoles que allí se turnaban a medida que llegaban a Nueva York, sin tener donde ir, valiéndose del conocido apellido de mi padre que hacía suponerle recursos a mi hermano, sin lo cual—es decir, la seguridad de un amparador—no se daba paso en los Estados Unidos a los extranjeros. Lo que se llama, no simbólicamente, sino literalmente: “sacarse el pan de la boca para darlo a otros”, eso hacía Rodolfo sin atender a mis profecías de que lo saldrían echando de su propia casa el día que vieran la posibilidad de hacerlo. Si no sucedió, fué únicamente porque pude intervenir en el preciso momento, cuando menos se lo soñaban estos atrevidos en cuyos corazones no era el ideal de una causa, lo que perseguían, sino la satisfacción de la propia concupiscencia, estorbada por la concupiscencia ajena de los detentores de poder y de riqueza a los que pretendían derribar—para suplantarlos—abanderándose en las filas comunistas al lado de sus verdaderos apóstoles, hombres del tipo de mi hermano, las primeras víctimas de esa clase de “camaradas”. El librar a Rodolfo de estos zánganos me costó rescindir mi contrato con Mr. Jones, enredándome a lo que me quedaba de familia, en momentos en que precisamente había decidido huir y desligarme: ¡nueva prueba de *mi libertad!* No fué tanto el deber hacia mi hermano ingenuo e indefenso, como la pasión de lucha contra esos detestables individuos, lo que acicateó mi voluntad de combatirlos y vencerlos. Semi en broma, le decía en un comienzo a Rodolfo: “Acuérdate de Foma Fomitch”—el héroe de una novela de Dostoiéwsky que todos habíamos leído, de jóvenes, y siempre comentábamos, así como comentábamos de otra obra, a Oblomov, considerándole un pariente espiritual nuestro, pues pretendíamos padecer de su misma abulia u “oblomovitis”, Berta y yo, principalmente.

Pero Rodolfo se alzaba de hombros, echándome en ca-

ra mi carácter suspicaz. Sin embargo, iba comprendiendo que, poco a poco, tal como ese personaje dostoienskiano, que con sus aires de superioridad iba apocando y apocando al amigo en cuya casa se había instalado hasta suplantarle, así iban tomando posesión de la casa de mi hermano y de sus cosas, y con mayor descaro, los supuestos "camaradas" que en esto eran realmente "comunistas" en detrimento suyo. Es increíble cómo la bondad y la inocencia son aprovechadas como un síntoma de debilidad por los concupiscentes, los acaparadores, sean individuos, sean pueblos. Y el que, por buena voluntad, le prestó a otro—menos abierto y que por esto no sabe interpretar su gesto—una corbata, y luego por cierto pudor no se la cobra, esperando que ya se la devolverá cuando no la necesite, puede estar asegurado, si aquél es de la raza de audaces, que no solamente no se la devolverá, sino que comenzará a aprovecharse en cosas mayores, y el no darle importancia a esto le traerá un día la triste necesidad de verse obligado a pelear la propia herencia: el que no es capaz de tales manejos, ni de suponerlos porque tiene un limpiísimo corazón, ¡cómo habría de imaginar que su cariñosa hermana mayor—como le sucedió a mi tío abuelo materno Enrique—aprovechándose del debilitamiento mental de su padre se lo trabajaba para hacerse pasar, en vida, la parte de dinero que no le tocaría por herencia!

No los conocí ni a él ni a ella, pero por todos los comentarios que oí acerca de ellos, cuando en mi casa se aludía al famoso pleito que le costara un ataque de apoplejía al tío Enrique y le dejara inválido mentalmente, obligando a su mujer a trabajar para educar a cuatro hijos, todo demuestra la superioridad moral de él sobre ella. ¡Ay de los Abeles! La concupiscencia, la voluntad de dominio—cuando no el odio—los acechan.

Si pensamos biológicamente, tan sólo, la fuerza bruta

puede tener un significado de superioridad; y aún así, la astucia, es decir ya la inteligencia, interviene tanto o más que la fuerza bruta misma en los procesos de progreso y selección de las especies animales, entre las cuales la humana es precisamente la más débil físicamente y por lo mismo la más fuerte en inteligencia, llegando a dominar a todas las demás, y se defiende con armas, del tigre y del león, con vacunas de los microbios. A nadie se le ocurrirá pensar que el hombre, por débil frente al león, es raza de esclavo, ni viceversa. El mismo Nietzsche se vió un tanto acorralado por sus rotundas teorías y obligado a confesar esa otra fuerza de los supuestos débiles que, a su vez, salen sometiendo a los supuestos fuertes, al estudiar con más detenimiento, aunque para combatirlo, el cristianismo frente al paganismo. Desde luego, las contradicciones son muchas y grandes en Nietzsche, espíritu en continuo meditar y de gran sinceridad, que por lo mismo tenía que verle sus diferentes caras a la verdad que nunca es absoluta. Por otra parte, siendo un artista, se veía atraído por la solución poética del contraste: *moral de los amos, moral de los esclavos*. De modo general, también, tiene razón. Mi reproche es que llame aristócrata al fuerte de fuerza bruta, al audaz, al cínico, al astuto, al atropellador, y que se corra el riesgo de entronizar a Caín contra Abel: para mí, ese tipo de hombre, como individuo, clase social o raza, es siempre el típico *parvenu*. Es el bárbaro teutón, y principalmente el prusiano, en la tan mentada *raza aria* alemana de Hitler, que mejor me lo representa. El gran padecimiento del mundo es precisamente su actual tendencia a la violencia con las que se crean las aristocracias de parvenus. El término de "aristocracia" es, desde luego, un tanto elástico, y según el diccionario, significa: "clase noble de una nación—lo que implicaría que no existe en los países donde se han suprimido los títulos nobiliarios y los privilegios a que daban lugar—; go-

bierno de la nobleza, opuesto a democracia; clase predominante: aristocracia del saber, del dinero". Lo mejor me parece aceptar la definición de "clase predominante".

Cuando la clase predominante se ha ganado su sitio privilegiado lentamente, por decantación, por selección, y se afirma una clase "conservadora", esa es realmente una aristocracia en el sentido de superioridad y con *derecho adquirido*, no al mando, sino a dirigir, tal como lo es en Inglaterra. La arrogante aristocracia alemana, en cambio, apoyada siempre en el ejército, sea la que precedió hasta el Kaiser Guillermo II, sea la que subió al poder con Hitler—caso típico de asalto al poder de un advenedizo—aun cuando se haya tornado conservadora, o mejor dicho en este caso, detentora a firme del poder, como lo era la nobleza alemana hasta Guillermo II, revela siempre en sus modales—insolencia, ostentación, creencia en el poder de la fuerza, necesidad de avasallar para sentirse superior, sin lo cual no se siente tal y no lo es—su origen "parvenu".

Noblezas como éstas, aunque ostenten todos los títulos que ostenten, dejan asomar por algún resquicio su bajo origen. Y ahora tenemos patente el caso con la Rusia Soviética, como si quisiera ponernos ante los ojos el modelo vivo de cómo se inician las aristocracias bárbaras. No sólo en literatura puede hablarse de "clasicismo", esto es, de la perfección lenta, adquirida, que se impone como el *modelo*. En las actuales *clases predominantes* de cualquier país se encuentra uno, si sabe observar, con tipos de aristócratas de origen "clásico" y de aristócratas de origen "bárbaro". Entre nuestros amigos, en Alemania, Jacobo buscaba por instinto a estos últimos: militares o civiles que ostentaban la cicatriz de un tajo en la cara, los que después de embriagarse en un restaurante de lujo le daban un tirón al mantel arrastrando con cristales y porcelanas que era un gusto para ellos pagar... o mejor, no pagar, si el dueño era bas-

tante reverente para permitírsele. En muchas familias de la clase alta, sea en Alemania, en Francia, en Inglaterra, en Chile y otros países de América, me ha tocado ver asomar en sus distintos miembros, ya el origen "clásico", ya el origen bárbaro; pero he constatado que es cuando se mantiene a través de toda una familia, y más si en dos o tres generaciones—lo vemos fácilmente si conocemos a los abuelos, los padres y los hijos de una misma familia, lo que no es raro—la "constante psicológica clásica", cuando puede realmente hablarse de familia aristocrática. Son éstas la sal del mundo, pero si esa "sal pierde su sabor", y lo está perdiendo, será tomado el poder por los nuevos arribistas, llenos de fuerza y avidez. Es el debilitamiento que nos hace perecer, como individuo, clase o raza, y un poco de sangre bárbara asimilada puede ser un buen fermento. Pero no hay que creer sólo en la fuerza física, en la fuerza bruta: hay que temerla, sí; saber defenderse de ella y dominarla comprendiendo que la fuerza moral y la inteligencia pueden ser mayores fuerzas.

Por mi parte, no tengo demasiadas esperanzas de que sepan defenderse los que guardan el patrimonio de la civilización, ni creo en una renovación del mundo por nuevos Atilas. Bien dijo Pascal: "La justicia sin la fuerza, de nada sirve"; pero de nada sirve tampoco la fuerza sin la justicia, y pierde su autoridad ante los hijos el padre que manda sin justicia, el maestro que sin justicia pretende imponerse a sus discípulos, la dueña de casa que se hace obedecer de su servidumbre a punta de gritos. Lo que más falta hace es educar a padres y maestros, a médicos y sacerdotes, y... ¡sobre todo a los gobernantes! Por ahora, la única salvación del mundo sería—hay gente que cree en estas cosas—convertirlo en una gran clínica donde imperara el dietético y el psiquiatra, con grandes curas de adecuada alimentación y psicoanálisis al por mayor; con clases de psicología para

adultos y niños, donde se enseñara al hombre a conocerse a sí mismo: a saber mandar y a saber obedecer.

¡Qué divertido sería esto!, ¿verdad? Pero si fuera posible, y no solamente en la broma de mis palabras, sin duda algo se progresaría... En cuanto a las prédicas y al filosofeo, no es mucho lo que han cambiado nunca la faz del mundo, y siguen los hombres su destino según su biología—que determina su psicología—y el Universo sigue el suyo según las fuerzas y leyes cósmicas. Y por eso voy yo mismo hacia el mío que me lleva a mi propia aniquilación por falta de apetito vital, por falta de fe. Ya sabía en Nueva York, esa noche de mi encierro en la casa de pianos, lo que me esperaba. No hice caso de la voz premonitoria de mi sueño. Pero necesito, lo veo, recordar toda la escena de entonces. Bastantes cosas estoy omitiendo cuya represión molesta mi conciencia e irrita mis nervios; y el revivir esta escena, si no me alivia, por lo menos haya de contribuir a fortalecer mis fúnebres decisiones, impregnándome del todo en la atmósfera que corresponde a mi actual estado de ánimo, aunque decir “actual” se torna casi irrisorio, y se reemplazaría mejor por “permanente”, pues el mismo antiguo deseo de ser un Matías Pascal, más bien implicaba la sorda apatencia del morir, velada por ese esperanzado renacer que siempre sería engañoso, el que sin necesidad de símbolos se efectúa continuamente en nuestro espíritu, como si no pensáramos sino en acabar y acabar con nosotros mismos y que traducen frases como éstas: “Cuando yo sea grande... cuando sea mayor de edad... cuando haya conquistado mi independencia económica... cuando sea más viejo y tenga tiempo, entonces...”

Esa noche, presa de sobrenatural euforia, porque a la que siempre me había producido la música se agregaba algo nuevo que sólo había sentido cuando se me reveló, a mi vez, la “Vuelta Eterna” revelada a Nietzsche, es decir, algo

como la presencia de Dios ante el místico, sentí que vivía un momento único y que la tragedia del hombre era *tener que morir*, porque lo condenaba a nunca más sentir esos momentos de eternidad que sólo por ser *vivo* siente, porque su cuerpo se lo permite como una antena de carne lista a captar el mensaje que sin antenas no puede ser captado. Sin ese cuerpo vivo no era posible ni el amor, ni el arte, si es que podían desdeñarse—¿y por qué?—los goces más sencillos de calentarse al sol o de refrescarse en las aguas del mar, ya que el alma se enreda en la red de nuestros nervios. ¡Entonces, era horroroso morir, es decir, acabar de sentir!

Después que me dejara solo Jim—era el nombre del empleado—seguí tocando durante varias horas todo mi repertorio de piano que conservaba misteriosamente en la memoria, y creo que improvisé, también, inescuchadas músicas, imaginando que eran reminiscencias de Bach, de Brahms, pero que ahora estoy seguro fueron mías, y de Bach no tenían sino la forma fugada, y de Brahms, ese contenido oscuro y neurasténico que afloraba en mis propias notas como aflora de las caóticas melodías que se armonizan tormentosamente en las obras del maestro. Pero fué Chopin, tan adecuado al piano, tan humano y espontáneo, el que sació mejor mi hambre musical de esos instantes en los que me atraía la tierra, morada del hombre donde suceden estas cosas del sentir; sí, fué Chopin con el que me identifiqué hasta la alucinación imaginándome, como él, a la espera de la amada en un viejo convento donde monjes fantasmales se alejaban en procesión, lentamente, al ritmo de ese famoso prelude inspirado en el gotear de la lluvia y la obsesión de una presencia. El cansancio debió rendirme al sueño, aunque me es imposible recordar dónde cesó la alucinación del hombre despierto. Recuerdo que, de pronto, dejando el acompañamiento, fuí repitiendo como una imitación, sólo

la nota—la gota—y algo horadaba mi corazón, y era yo mismo que clavaba y clavaba, martillando acompasadamente sobre un curioso piano cuyo teclado se había transformado en blancas y abullonadas sedas de mortaja: no era, la tapa, triangular; se prolongaba como un rectángulo, también de negro ébano y relumbroso. ¿Qué instrumento será éste?—me preguntaba, asombrado—y pensé en el xilófono, al ver en mi mano un martillo, con el que traté de tocar; pero no tocaba, martillaba sobre esa tapa que me recordaba otra cosa sin que acertara a encontrarle nombre aunque hacía los mayores esfuerzos, pensando como se hace en tales casos: “pero si tengo aquí el nombre, hasta podría decir por qué letra comienza”. Sin embargo, no surgía la palabra y seguía buscando ayuda en asociaciones de ideas, para lo cual fuí mirando a mi alrededor, pidiéndoles a esos pianos, ocultos en sus forros, que me lo dijeran. No contestaban—en mi sueño se suponía que eran seres capaces de hablar—y un silencio de una calidad tan absoluta de silencio, el silencio mismo, jamás percibido por humanos oídos respondía, con su voz sin voz, téticamente. Me sentí, de súbito, sumergido en un mar de hielo y tinieblas, y estrangulado en mi garganta todo sonido, me fué imposible proferir la angustiada pregunta que pugnaba por salir: “¿dónde estoy?” Me levanté, entonces, para constatarlo, pues sabía que estaba en una casa de pianos, y que ahí se alineaban debajo de sus capas, y para mayor evidencia, me puse a recorrerlas una por una: no eran pianos, ¡eran ATAUDES!

El sueño era simbólico, no sólo de lo que me esperaba, sino de esa muerte constante que se halla tras cada envoltorio donde siempre se esconde “otra cosa”: un piano con la posibilidad de su música, que se transforma en la morada de eterno silencio, así como el esperado amor es ya traición bajo su oropel de apasionadas efusiones. ¡Cuánto engaño en todo! ¿Qué hay en los afectos familiares, en las

amistades, en los amores? Nada más que la sensación y el sentimiento—lo subjetivo—, siempre en monólogo y *en presente* o por reminiscencias del recuerdo o del arte; pero amenazado de alguna manera por la muerte. ¿Y qué decir de las transformaciones de un mismo afecto, de la adoración al odio, a veces? El padre de Efraím, loco de dolor al creer que se moría éste de un tifo, a los ocho años de edad, odiaba tanto a su hijo cuando alcanzó los 16 años, que tenía que hacerse violencia para no echarlo, sin razonables motivos, de su propio hogar. ¿Se trataba, en verdad, del mismo padre y del mismo hijo? Aparentemente, tan sólo, por el nombre que “identifica”. Ese nombre, esa identificación no pasan de ser el hilo que une las perlas de un collar en el que ni somos collar ni somos perlas, porque solamente nos sentimos —y *nos interesa*—ser la perla *del momento presente*—presente bastante elástico y extensible, por supuesto—y, sin embargo, sin ese hilo no habría collar o existencia continuada. Y con esta comparación, María, le doy otra imagen junto a la del juguete-chino, para representarnos al hombre con sus distintos “yo”; y para pensar en la familia, basta agregarle otras hileras a un mismo collar; y para pensar en los pueblos, basta pensar en miles y miles de collares de varios hilos, con lo que tenemos algo así como la figuración de nuestras constelaciones humanas. Porque, en verdad, la ley de la repetición, para las estrellas que forman el universo, o para los individuos que forman la humanidad, a través del tiempo y del espacio, desde el infinitamente grande al infinitamente pequeño, parece ser la más visible ley que rige lo inanimado y lo animado: diría, tan sólo, “animado” porque para mí lo inanimado es también animado.

¿Por qué, con qué derecho, me meto a filosofar a cada instante?

Pero esto me caracteriza mejor, ya que el neurótico tiene tendencia a filosofar, ya que la introspección se ha con-

vertido ahora en "introversión" y sirve para calificar "tipos". Y, a este propósito, sea por introspección o introversión, y del momento que soy así y no puedo ser de otra manera, y posiblemente en represalia contra los filósofos que me ponen etiquetas, he creído descubrir que el llamado *instinto de poderío*, opuesto a la "libido" instinto sexual, es lo que en idioma vulgar podría traducirse con la frase: "la misma jeringa con distinto vitoque". ¿Qué es el instinto de poderío sino el *disfraz* del instinto sexual? ¿No nos daría la clave de esto la palabra "impotencia"? ¿Qué es lo que más teme el instinto sexual? Fallar. De ahí que se desarrolle el instinto de poderío como un subterfugio: "yo puedo— parece decir—: yo puedo, si no aquí, ahí; pero de alguna manera puedo, o quiero poder": Las flechas de Marte son siempre las flechas de Cupido. Posiblemente estoy hablando tonterías, pero esa es la ventaja de no ser nadie, de no publicar lo que se escribe, de estar solamente confesándose ante sí mismo con el pretexto de explicarse ante la mujer amada, la comprensiva compañera, dulce fantasma de la imaginación a quien yo he llamado María, y los demás con otro nombre cualquiera. Y, sin embargo, sé que por excepción—¿pero no lo creen así todos?—era Ud. realmente como la había soñado, y es por eso que había de desaparecer porque no le está permitida la felicidad al hombre, y del momento que se daba ese rarísimo encuentro de dos seres hechos el uno para el otro, algo que separara tan preciosa conjunción tenía que sobrevenir forzosamente para que se cumpliera aquella ley del señuelo, para unos, del dolor para otros, con que los invisibles dioses o demonios nos hacen caminar a punta de esperanza o de provechosa rebeldía, obligándonos a edificar, piedra sobre piedra, un mundo que nos resulta absurdo si no hemos de contemplarlo terminado y en su conjunto, siempre que haya de terminarse y armoniosamente. Pero yo, de mi dolor, me niego a sacar

nada para quienes me toman como un instrumento. Si quieren mi contribución, que me la paguen con el precio que exijo. Si soy un débil, pero consciente, no engañable con señuelos, tan sólo, que me dejen el apoyo moral de otra alma, junto a la mía, con quien luchar. No tengo el orgullo de escarbar en mi propio dolor, con la tentación de convertirme en semidiós, también mortal a un plazo muy poco mayor que el concedido a los humanos. Ni tengo seguramente pasta para ello. Lo poco que me resta de vida quiero vivirlo como sueño, y entonces iré dando mi aporte de ser humano, tratando de luchar contra la actual enfermedad del mundo. Si no, no quiero ni batallar entre las tinieblas y el desasosiego, con mi pesimismo a cuestas; ni vegetar miserablemente en espera de una próxima vejez inconfortable, perdida quizás la inteligencia, objeto de compasión, boca inútil y una carga más para la sociedad humana que, para casos como éstos ha de mantener el horror de los manicomios y asilos de ancianos: delirar o babear son espectáculos en los que me niego a figurar como actor. Además, mi terrible rebeldía de hombre enjaulado que ha hecho cuanto ha podido para romper los barrotes y evadirse de su cárcel familiar, social, nacional, mundial, constatando que estaba irremediablemente atado por lazos que arraigan en el pasado más remoto y echan sus invisibles brotes en el más remoto futuro, quizás; mi rebeldía de preso cogido en la telaraña del espacio-tiempo teniendo como única posibilidad de liberación la muerte—especie de anestésico para el doloroso momento *individuo-presente* de la vida total—: esa rebeldía me grita: si eres libre de matarte, si esa es tu única libertad, ¡muere voluntariamente!

Así lo he decidido. Unos cuantos días, todavía, antes de la última contestación del cónsul americano. Los aprovecharé, para aquietar el enervamiento de la espera, en darme una vuelta de anticipado fantasma por Santiago y Chi-

llán, donde me sería curioso encontrarme con los vivos que conocí como Pedro Frankstein o como Mr. Shade. Entre los primeros, he visto figurar en los diarios a algunos de mis ex compañeros de colegio con cargos en la política, en instituciones importantes, en industrias, en profesiones liberales, y no me costaría llegar hasta alguno diciendo más o menos así: "Soy el difunto Pedro Frankstein, con quien hacías tus tareas de inglés en el Colegio de los Padres Franceses y practicabas el polo en tu fundo de Colchagua. Soy el ex enamorado de tu coqueta prima Teresita que me dejó por ti, y luego te plantó igualmente, como me lo escribiste a Inglaterra, por Cucho, ese muchacho que mirábamos en menos porque sólo sabía bailar y jugar tenis"...

En cuanto a esa Teresita que defraudó mis primeros y más vehementes anhelos sentimentales, sé que ha enviudado de ese Cucho rico y tonto al que, posiblemente, engañaba en vida. El muchacho idealista que fui, junto con despreciarla, dejó de quererla, y nunca ha vuelto a recordarla, el hombre, sino en son de irónico desdén, a pesar de haberme escrito su primo, que lloró mi partida cuando me fui a estudiar a Londres sin verla, y que al casarse con Cucho le confesó a sus amigas que lo hacía porque sabía que yo nunca volvería a ella ni la perdonaría, aunque era yo el que amaba y siempre llevaría en el corazón. Pudo esto ser un ardid de mujer que necesita seguir su conquista a través de la distancia, no admitiendo que se le escape de la red un solo admirador; pero no soy de los incautos que caen en tales lazos y pueden convivir con una corte de enamorados. No; y a Teresa mujer, mujer madura ya, no quería verla. Al volver a Chile, el año 39, no alcancé a buscar a los que fueron mis amigos de infancia porque nos vinimos casi de incógnito, y apenas estuvimos unos días en Santiago, llevando el propósito de organizar bien nuestra vida en el fundo antes de pensar en reanudar antiguas amistades. ¡Nunca

imaginara, entonces, los acontecimientos que me esperaban! Y ahora, Chillán me atrae como atrae al criminal el sitio donde cometió su delito. O quizás me atraen ahí mis muertos a los que deseo reintegrarme, como me lo indica constantemente, con la obsesión de su gotear, una fúnebre nota en la que se absorben las últimas melodías, opacamente, ya que toda música habrá pronto de ser silenciada. ¡Ironías! He de irme con mi música a otra parte. A ese mundo donde no se oyen las celestiales armonías que sólo a la tierra pertenecen, porque sin el cuerpo se nos acaba el alma, como se apaga la llama al consumirse el madero que la alimenta: me obsede esta idea, me obsede. ¡Nunca más los supremos arrebatos! ¡Oh, música, qué cielo fuiste para mí! ¡Ni el amor pudiera tanto sobre mi alma! Jim, que te amaba con respetuosa curiosidad, interrogando tu misterio, José que conocía el éxtasis que provocas en tus iniciados, han ensordecido para siempre, y yo he de internarme también en las heladas sombras del silencio de lo inexistente. ¡Nunca más, nunca más sentir! Sería horriblemente trágico, si no quedara comprobado desde el momento del nacimiento, que es más bien el dolor en todas sus formas lo que le sale continuamente al paso a esta capacidad nuestra de sentir, y es lo único que hace aceptar y hasta desear la muerte con su poder de aniquilamiento de este sufrir nuestro. De no ser tan continuo y tan vivo el dolor que va amalgamado a todo existir, ¡cómo, con qué desesperación, rechazaría el hombre la muerte! Hay una indecible, implícita fruición en pensar: "siento, luego existo". Somos, y somos nosotros. Si morimos, bien puede acabarse o no acabarse la tierra, el universo; para nosotros se acaban. Somos la razón de ser de todo lo demás; así podríamos pensarlo si tan sólo consideráramos nuestra existencia individual, *es decir, presente*—que es la única que sentimos—; o que nuestra memoria *voluntaria* tuviera la facultad de revivirnos nuestro pasado indivi-

dual tal como nos lo suele revivir la memoria involuntaria de que nos habla Proust, la que a muy pocos les otorga el don de sentir lo extratemporal. Pero no solamente somos individualmente hombres que mueren y nacen de continuo bajo la efigie de su "identidad", sino que somos esa prolongación en el espacio y el tiempo, a la que ya me referí, que se identifica, a su vez, con una parentela actual, pasada y futura, proyectándose siempre el foco animador, en el pedazo de película que pasa sobre la pantalla del presente, precedido y seguido por los pedazos en sombra del pasado y el futuro.

Entonces, si no me importó morir como individuo a los quince, a los veinte años, a los treinta, el año pasado, la semana pasada, anteayer, ayer mismo, ¿no es tal como si este yo individual no fuese mucho más hermano mío que los otros a quienes no me liga la memoria, es decir, la memoria consciente, pues, de seguro, el atavismo tiene hartos que ver con inconscientes memorias? Más que el "pienso, luego existo", o el "siento, luego existo", parecería conforme a la verdad, decir: "me acuerdo, luego existo". Que nos anestesien, o que un disturbio cualquiera de la memoria nos provoque una amnesia, y seremos como un ser que no existe, que por lo menos no se siente existir como individuo relacionado consigo mismo y los demás, y que sin embargo vive: es precisamente lo que nos sucede al dormirnos cada noche, y la muerte es tan sólo cuestión de no volver a despertar, lo que no impide que en este dormir prolongado soñemos también, siendo nuestros sueños la vida que llevan nuestros parientes y hasta los demás hombres que no tienen con nosotros sino el parentesco humano. Despierto, estoy ya soñándome en José y Juan. ¿Por qué no? Con mayor razón si me muero, ellos han de representarme. Pero de saber, de sentir, que existo realmente yo mismo, sólo sucederá—si ahora muero voluntariamente, o cuando me toque

morir por muerte natural—lo que haya pasado aquella larga noche de sueño que dura siglos para, con la desintegración y reintegración de los átomos, formar una de las vueltas de la gran “Vuelta Eterna” nietzscheana. No veo que la recompensa, para los justos, y el castigo para los malos, sea peor que el cielo y el infierno en el que unos y otros habrán de morar eternamente, según nuestras doctrinas religiosas.

Para el bueno o para el malo, la sensación de existir tiene que ser de todas maneras mejor, siendo lo que humanamente conoce y que tanto le ata a la vida, que se necesitan circunstancias muy especiales para que se suicide, y que pretendemos que está trastornado quien lo hace, que pasó por un momento de locura, y si fracasa ese intento vemos, en efecto, que rara vez lo renueva.

En cuanto a mí, ese medio siglo de existencia que casi llevo, me basta. La parte de la otra mitad es de declinación y no me interesa repetirme eternamente en estado desmeдрado, sin el aliciente que pueda tener un escritor, por ejemplo, y en el que no creo lograría convertirme por las razones ya expresadas. No anticipo el plazo que me fijé, únicamente porque siendo tan poco lo que falta para que venza, una quincena, no significa nada. En cambio, en estos pocos días, voy a procurarme una experiencia que alerta mi humorismo, y hacia ella me encamino regocijadamente.

## VI

Esta vida, María, para un curioso como yo, merecería continuar ser vivida. Descubrimientos científicos como el que permitió la fabricación de la bomba atómica, deberían mantener al hombre en un estado de constante interés: ¿qué irá a suceder? ¿Qué será de nosotros mañana? ¿El acabóse general de este mundo y posiblemente de todos los mundos? Quizás si, por el contrario, como algunos lo creen, ya esté Dios entre nosotros, *en nosotros*, desarrollándonos hasta alcanzar el poder supremo de creación. Los misterios de la naturaleza, este misterio de la mente humana, el mayor de todos los misterios, no pueden dejarnos indiferentes. Por mi parte, hace tiempo que deseché la metafísica circunscribiendo mi interés, como ya le he dicho, a lo único que me parece a nuestro alcance humano, y que ya nos trae día a día más y más sorpresas: la psicología. Pero la psicología pudiera muy bien ir llevándonos otra vez a la metafísica.

Al decir que para un curioso la vida merece ser vivida, no pensaba únicamente en cosas filosófico-científicas, sino también en los acontecimientos que nos envuelven personalmente y en los cuales tomamos parte no sólo como actores sino como espectadores.

Para entretención nuestra, el escenario lo llevamos a cuestras, y la pieza se está haciendo continuamente obediente a leyes dramáticas que no podemos modificar. Ahora me voy a matar, por fin, cree el actor imaginando siempre que es él quien hace la pieza a su antojo, cuando sólo se mueve como un vulgar títere cuyos hilos le quedan invisibles. La verdad, María, es que aun no puedo suicidarme. Y no porque me esté dando disculpas a mí mismo, ni porque me interese tanto el espectáculo por las razones que acabo de apuntar. No, no es por eso. Es que soy, como todos, un personaje con su determinada psicología, y muy a mi pesar, estoy obrando con la debida consecuencia. No soy libre, porque nadie es libre. Ya lo he dicho, vuelto a decir, comprobado, y siguiendo con la eterna ilusión, decido que haré esto y lo otro, pero... el peso atávico me arrastra y no logro desprenderme de mi antiguo yo sensible y escrupuloso, tan incómodo como invencible.

Cuando escribía las páginas anteriores no ignoraba que aun me faltaba agregarles un capítulo, una especie de final a esta especie de novela vivida. Pero pensé que serían unas pocas hojas donde a vuelo de pájaro, menos adentrado aún en mi tema que a lo largo de su desarrollo, haría mi despedida, no sé si a Ud., a mí mismo, por esta necesidad de dar como una conclusión a lo que, sin embargo, va a correr seguramente el destino de un pétalo en el viento.

Desde luego, no creía demasiado en mis vagos e irónicos propósitos de buscar a mis antiguos compañeros de adolescencia, y en caso de llevarlos a cabo, no daría para mucho resumir estas últimas experiencias que poco habrían de añadir a las que ya he vivido, sobre todo en el sentido de completar las dos o tres ideas generales esbozadas, en que se ha concretado, para mí, la posición determinada del hombre en la vida, opuesta a la que le asignan los existencialistas. Y al nombrar a éstos, séame permitido pensar que han me-

tido mucha bulla para bautizar a una pseudo-filosofía, lo que podría excusarse si no lo hicieran demasiado en serio, pero como un juego. Sartre debió contentarse con figurar como gran escritor—y es mucho—. Pero el espíritu de propaganda le llevó a inventar una filosofía que explicara lo que no necesita explicación alguna, desde luego porque el ateísmo, el naturalismo, el escepticismo en que ésta se funda están inventados desde hace mucho tiempo. ¿A dónde vamos a parar con esto? Una filosofía debe desprenderse por sí sola de la obra, si es que ésta la contiene. Ya nos habían habituado a este bombo los dadaístas, creacionistas y otros, y no podía pasar demasiado tiempo, al resurgir ese París del talento, pero también del boulevard, de los cafés, del snobismo, sin traer nuevos brotes a lo espectacular.

Imaginemos con qué facilidad puede seguirse el ejemplo. Yo mismo, si me hubiera convertido en el escritor que no soy, creo que me habría tentado. ¿Por qué no, si es sobre todo cuestión de audacia? En primer lugar, con el esbozo que Ud. conoce, María, de mi padre, de Jacobo, de José, de mi abuela y demás hermanos, habría comenzado por construir caracteres bien plantados, pero sin embargo tan parecidos, que se habría preguntado Ud. (si hubiera sido mi lectora), no solamente al tratarse de los mellizos, si no era Jacobo el que hablaba, por ejemplo, cuando yo pretendía hacer hablar a mi padre: esto habría representado, así, la fauna Frankstein, un tipo judaico-aristocrático-alemán-francés-chileno, bastante representador, a su vez, de esta humanidad actual cosmopolita que viaja en avión, y le imprime por contagio de ambientes en terrenos ya preparados por la herencia humana, un sello de igualdad a hombres de latitudes distantes y climas diferentes. En fin, ya comprende Ud. a lo que voy. Hubiera tratado a través de la creación de mis personajes que asomara la pluralidad de nuestra personalidad en el espacio, condensándola en nuestra familia, y así

también la pluralidad de nuestra personalidad en el tiempo, remontándome a los padres, abuelos, descendiendo a los nietos, y en las ramas laterales a los sobrinos, etc., combinando ambas pluralidades. Confieso que para conseguir tan difícil bordado en la urdimbre histórica, se hubiera necesitado verdadera genialidad a la que yo no podría haber pretendido—y tal vez sea por esto que nunca traté de ser escritor—; pero precisamente, pongámonos en el caso de haberlo intentado sin resultados extraordinarios, sino más o menos, en un libro de la importancia de los del mismo Sartre, por ejemplo. Se me hubiera impuesto entonces la necesidad de llamar la atención sobre mi “descubrimiento”, que no lo es ni a medias, probablemente, pero que yo habría creído una novedad o deseado hacer creer tal. ¿Qué nombre le habría puesto? En realidad, no se me ocurre. ¿Universalismo? ¿Pluralismo? Pero hay, me parece—y digo me parece porque ando atrasado en informaciones filosóficas desde que dejó de interesarme la filosofía—una doctrina pluralista, pero imagino que se trata de otra cosa, tal vez se llame perspectivismo... Como ve, el que Ud. cree tan letrado es apenas un dilettante, en todo; pero es esta medianía lo que me acerca a los demás hombres, y lo que me interesa es precisamente que este diario-confesión pudiera haberlo escrito cualquiera, como yo lo escribo, sin otra pretensión que decir la propia verdad torpemente, ingenuamente, pretensiosamente aunque sin pretensión. En cuanto a lo de encontrarle nombre a mi supuesta teoría, mejor que pluralismo me parece... collarismo... constelacionismo... y hasta *existencialismo*; porque esto sí que es existir, todo a lo largo del tiempo y del espacio, en nosotros y en los demás, eternamente y en todo el universo; con apenas muertes de apariencia, de no mayor significado que el dormir, porque esas noches sólo se diferencian de las que conocemos conscientemente, en su duración de milenios en vez de

horas. El existencialismo de Sartre es negativo con su hoyo de la Nada; el mío de lo más positivo y echa raíces en las leyes naturales: Sartre se cree libre, lo que demuestra una superficialidad enorme. Yo demuestro que no movemos ni un dedo sin que ese movimiento esté preestablecido por leyes que desconocemos pero que se revelan continuamente, y que negar esto, no verlo, es como negar la gravitación.

Poco curiosos son los sartristas, y harto presuntuosos. Dudar e interrogar, me parece la única actitud permitida, y si avanzamos alguna idea, que sea con un poco de burla por nuestra osadía, como proposición a su estudio por otro más competente. Se me han ocurrido algunas cosas que sé que pueden haberse dicho ya, pero las presento como a mí se me han presentado, lo que ha de ayudar a su comprensión, y por ello se acepten como un apoyo, un grano de arena más que consolide lo ya observado; y si no, para que se rechacen o sean por lo menos discutidas. Estas palabras están demostrando que pienso en lectores, es decir, en la publicación de lo que estoy escribiendo. Así es. Lo estoy comprendiendo precisamente por estas líneas salidas involuntariamente y por los reparos anteriores a que no soy ni pretendo ser escritor, y por todas esas disculpas que se dan los hombres cuando no quieren declarar la verdad. Sin embargo, en esta reticencia mía veo otra cosa, *además*: es que no me engaño sobre el nulo valor literario de esta Confesión, creyéndola sin embargo de gran mérito como documento humano; algo así como las notas que hubieran podido servirme, si hubiera sido realmente el escritor genial que necesitaba la novela que debió hacerse con ellas. Por otra parte, si es la historia de un fracasado, considero que está bien presentada, truncamente, con un estilo sin pulir: es *mi historia*, la de un hombre que sin ser escritor tiene derecho a escribir su vida. Si deseo que se publique, es para

que otros, como yo, me imiten dando expresión a sus experiencias de hombres.

Después de este paréntesis, volveré a lo que queda por contar, y que a pesar de lo lógico de su desenlace me ha tomado muy de sorpresa, María. Pobre, pobre María, sigo dirigiéndome a Ud. por costumbre, como si no supiera que ya no ha de aparecer, según las más recientes noticias que no me dan ahora lugar a dudas. Como si no supiera, también, que de poder llegar estas líneas a sus manos, preferible sería no continuase Ud. su lectura. ¿Quién sabe nunca lo que le está reservado en el mañana? Esta idea, es lo que ha paralizado tantas veces mi mano cuando he querido intentar poner fin a mis fracasos e inquietudes. Sin embargo, a eso he de llegar, poniendo fin también a mis curiosidades, en cuanto queden arreglados los asuntos que requieren todavía mi presencia sobre esta esclavizante tierra de los humanos. Me salieron al paso mis nuevos problemas de muy sorpresiva manera, en cuanto desembarcaba de la estación Mapocho, para realizar esa jira santiaguina que me atraía irresistiblemente, tal vez sólo porque nuestro propio destino exige esa atracción para que sea cumplido a la medida de sus ocultas leyes.

Salía con mi valija en la mano dejando pasar la ola de pasajeros que se había desbordado de nuestro tren dominiguero. Sentía sed, pero sin el deseo de tomar una bebida, sino con ansias de chupar una naranja, y en cuanto se despejó la plazoleta atravesé en dirección al primer puesto de frutas cerca del puente. ¿Por qué no seguí más bien—ya que los había a ambos lados—hacia la derecha? Apenas me hube parado frente al puesto, una voz desde adentro exclamó, desfallecida:

—¡Don Pedro Frankstein!

Nadie me conocía actualmente en Chile sino por Mr. Shade. Pero esa voz que no me era extraña, sonaba muy chi-

lena; un poquito diferente de otras dos voces recordadas, pero bastante similar a éstas para que pertenecieran a alguien de la misma familia o a una misma persona con alguna diferencia de años. Yo había bajado la vista como si no se tratara de mí, y en tanto, iba discurriendo si me fugaría como un malhechor sin reconocer a quien me llamaba, o cómo burlaría a la importuna mujer que pretendía identificarme. No hay que perder tiempo, en tales casos, y mi acostumbrada indecisión había de traer importantes consecuencias.

—Señor, señor—decía la mujer a quien miraba ahora—soy Rita, ¿no me reconoce? He cambiado, naturalmente.

En efecto, cuánto había cambiado: me reproducía en esos momentos a su madre, vieja, como me la había reproducido, joven muchacha, en aquellas terribles horas del terremoto. Seis años no bastan para tanto cambio, y no me sorprendió oírle entonces:

—Estoy muy enferma, voy a morirme. Ud. llega como traído del cielo, señor.

Ya no podía desentenderme y le pregunté en qué podía ayudarla, por qué no estaba hospitalizada.

—Pronto voy a irme al hospital—me contestó—pero la amiga a quien voy a dejarle este puesto de fruta, en el que me gano bastante bien la vida, se torció el tobillo y no podrá reemplazarme hasta unos días más.

Ella que hasta para anunciarme que iba a morirse había tenido una actitud de serenidad, se puso de pronto a llorar:

—¡Allá viene él!—decía sollozando—. Fué a comprarme un sandwich.

Venía, casi corriendo, hacia nosotros, un chiquitín de unos cinco o seis años. No tuve por qué preguntarle nada: el niño era mi hijo, un Frankstein de alto abajo, el vivo retrato de todos nosotros a esa edad. No era el momento de

portarse como un cobarde, y menos cuando siempre había censurado a los que con una inconsciencia que sólo tiene disculpa en esta misma inconsciencia, se meten con una y otra mujer sin reparar si le van a dejar un niño. Recuerdo que, al permitirme una observación en este sentido a un invitado de Jacobo—se trataba de una joven campesina seducida por él en Niza—se alzó de hombros, diciéndome que no hacía sino conservar la tradición noble y que mejoraba la raza humana al injertársele a los de abajo un poco de sangre aristocrática. No insistí, recordando cierto escándalo que él mismo había provocado, con una muchacha de muy buena familia, pero pobre, a la que había abandonado porque—según sus propias palabras—no estaba para atarse con lazos maritales, en plena juventud, cuando tantas mujeres se hallaban dispuestas a ofrecerle sus favores. Pero mal le habría salido con mi padre si se hubiera sospechado en casa el asunto de la campesina, y para sofocarlo hubo de conseguir bastante dinero con un usurero que vivía a expensas del grupo de amigos que rodeaban a Jacobo. Estos hijos de nadie o que tienen un padre de apariencia, sospechándolo, son los que después vienen a aumentar la fila de los amargados. En toda mi vida no podía yo reprocharme haber incurrido en tamaña responsabilidad, y en las horas que siguieron al terremoto, estaban demasiado removidas, más que la tierra, mis ideas y mis sentimientos, para darme lugar a reflexionar en las consecuencias del acto cometido entonces. Y por no sé qué aberración, tampoco se me vino pensar en ello después. Cuando volví a enterrar a mis muertos no encontré a Rita y creí que habría venido a buscarla el novio—pasados los primeros momentos de desconcierto, después de asegurar el ganado en algún paso de la cordillera—con el propósito de huir con ella a la Argentina.

Ahora iba a enterarme de cómo habían sucedido las

cosas. Dejamos al niño custodiando el puesto de frutas y me la llevé a almorzar a uno de tantos restaurantes que rodean la estación.

¡Mi libertad!

Sentía de continuo, mientras Rita hablaba, como un coro de carcajadas invadiendo, junto con el olor a comida barata, todo el estrecho recinto donde fuerzas invisibles estaban apresándome sin que yo pudiera defenderme. Advertía con horror ser el culpable de la desgracia de esa mujer, de su vejez prematura, de su próxima muerte: todo eso, sin que ella me lo enrostrara, era culpa de mi acto, no era difícil deducirlo del sencillo relato que me hacía sin amargura, sin darse cuenta posiblemente de esto que yo veía con tanta evidencia.

Al salir de su escondite, aquella madrugada, sintiendo hambre sin encontrar nada que comer, se había encaminado hacia el pueblo donde llegaban los primeros auxilios. Había tenido la suerte de arrimarse contra el auto de un turista inglés que, llegado a la plaza de Chillán en el mismo instante del terremoto, ahí se había quedado esperando que amaneciera para volver si era posible a Santiago con las personas que cupieran dentro de su coche. Una vez en la capital, Rita había vivido con una hermana de su madre.

Al darse cuenta que estaba embarazada, muerta de vergüenza había tratado de hacerse abortar sin conseguirlo, y como consecuencia, después de nacer el niño, había quedado mal. Ahora todo esto terminaba en un cáncer y se moría Rita sin tener a quién dejarle su hijo, puesto que su tía había muerto hacía dos años. La amiga a quien iba a pasarle el negocito de frutas no era muy segura porque hacía poco que la conocía: vivían en la misma cité y se había compadecido de su situación. ¿Pero quién podía asegurar que no se aburriera de tener a su cargo un niño ajeno sin contar con recursos? Sin duda era providencial mi encuen-

tro. "Dios mismo me había mandado"—como decía la pobre mujer—y no podría abandonarle a su hijo. Tuvo bastante tino para no aludir siquiera a mi paternidad, y todo parecía implorarlo a nombre únicamente de haber sido el patrón en la casa donde había servido su madre. Le contesté que yo también estaba muy enfermo, aunque no se me notara, y que me tenían desahuciado los médicos, pero que dejaría al niño en la mejor situación que se pudiera. Reconocería a mi hijo, y si era para ello necesario nos casaríamos antes de que se hospitalizara y podría morirse tranquila. Sea la emoción provocada por estos acontecimientos, sea que ya estaba muy mal, como su intensa palidez y flacura lo demostraban, Rita murió esa misma noche y me llevé al niño conmigo.

¡Qué cadena de consecuencias es la vida! Y no me refiero con esta reflexión solamente al arrebato que me llevó en la noche de Chillán a engendrar inconscientemente un hijo: ese hijo estaba ya engendrándose en otra noche mucho más lejana, cuando la madre de Rita al pretender consolarme, y a pesar—o por causa—de mi rechazo, enardecía mi sangre con una sed que sólo veintisiete años después se saciaría; pero Rita no habría tratado de seducirme si no me hubiera hallado en crisis de desesperación por los desdenes de Teresita, esa Teresa en cuya busca venía yo ahora a Santiago, aunque no quería confesármelo en un comienzo: ¿Curiosidad de comprobar por mí mismo si era verdad que siempre me recordaba? Tal vez. Me lo había repetido su primo hasta poco antes de venirnos a Chile, precisamente en aquella última carta en la que me urgía no nos quedáramos en Alemania, en esa Europa donde los sucesos se iban tornando trágicos. ¿Y para qué desearía comprobar lo que no me importaba ahora? Pero nunca sabemos lo que se agita en nuestra subconsciencia y son los acontecimientos que han de revelárnoslo. Mas no quiero anticipar y seguiré

primero con lo que a Pedrito—así lo había llamado Rita con mi nombre—se refiere, y que, por otra parte saldrá relacionándose después con Teresa, tal como esa novelera que es nuestra vida lo tenía escondidamente dispuesto.

Quiriendo evitar que el chico se encariñara conmigo—y posiblemente yo con él—dispuse meterlo de inmediato, es decir, tan pronto como fuese posible, en un colegio de internos. Y es el momento, aunque no quisiera un nuevo paréntesis, de explicar que mi situación económica se había restablecido al nivel anterior, el de mis tiempos de hombre rico, después de cinco años de estéril lucha por la vida en diferentes oficios y trabajos, muy humildes algunos, como ya dijera al hablar de mi viaje a los Estados Unidos. El caso es que, poco antes de volver aquí, supe indirectamente que Rodolfo estaba consiguiendo la restitución de nuestros bienes confiscados por Hitler. Debía haberme escrito a nombre de Mr. Shade para hacérmelo saber, pero sin dar con mi paradero y sin atreverse a indagar más, pues yo le había rogado se olvidara de mi existencia como Pedro Frankstein y aún, le había insinuado, como Shade. Pero sucedió que al encontrarme inesperadamente con Mr. Jones, que no veía desde casi cuatro años, me detuvo éste en el momento en que, para evitarlo, me metía a un autobús, pensando que no me habría reconocido entre el numeroso grupo que cruzaba la Quinta Avenida en la calle Cincuenta.

—¿Ud. escapándose, Mr. Shade?—me gritó, y luego se aferraba de mi brazo.

—¡Oh!... ¡Ah!... disculpe, no lo había reconocido—exclamé, sin lograr convencerlo, y dejando partir el autobús.

—No importa, no importa. Pero yo quiero reconocerlo, y cuando yo quiero reconocerles a los amigos de mí...—se detuvo como si estuviéramos en clase, y luego modificó: —¿a mis amigos?... No, no, no, espérese: a los amigos—. Rió con evidente satisfacción, como en los buenos tiempos

en que era mi alumno. Luego me dijo que si yo tuviese el mismo carácter suyo, al no querer reconocerlo me las habría arreglado para que así hubiera resultado y no me hallaría ahora preso entre sus garras egoístas.

¡Cuánta razón tenía! Opté por una risita ambigua que podía ser interpretada como conformidad a sus palabras y haciéndole gracia, o como timidez de no atreverse a contradecirlo. Pero para mis adentros ardía al constatar una vez más la imposibilidad mía de cambiar de carácter de ser "como yo soy, ve Ud., Mr. Shade". El no poder ser como un Mr. Jones es tal vez la razón más poderosa para afirmar mi decisión de suicidarme. Pedrito no estaría estorbándome si yo fuera como Mr. Jones. En cuanto a Teresa... ¡Ah!... Por eso, por los dos, por todo lo anterior, debo acabar con este pobre hombre de Pedro Frankstein.

En fin, resumiéndolo todo por junto: al recordar la información que me había dado aquel día Mr. Jones sobre la restitución de la herencia nuestra—lo que salió entre otras muchas noticias de diferente índole—me pareció que mi deber era legalizar o adoptar a Pedrito, dejándole mis bienes que representaban una buena fortuna ya que solamente Rodolfo y yo heredábamos. Nada era entonces más indicado que verme con el amigo hacia quien ya me llevaban mis pasos por razones muy otras: siendo buen abogado, su consejo era precioso en este difícil trance. Ahora tenía que identificarme, y no sólo por unas horas, dando sorpresa a dos personas, luego desapareciendo para siempre: tenía que hacer una confesión completa de mi vida como Mr. Shade, obtener la comprensión de esta situación extraña por quien, si bien era hombre inteligente y comprensivo, había de hacerme mil reparos porque desconocería muchos aspectos de este nuevo Pedro rebelde. Pero me absolvería sin duda alguna.

Una misma desilusión amorosa había vuelto fraternal

nuestra amistad. Alberto no olvidaba aún a Teresa, como se me traslucía en su correspondencia. Había permanecido soltero y entregado a fomentar el bien, calladamente, pero a la larga esto lo había envuelto en cuestiones políticas y se había convertido sin desearlo con propósitos ambiciosos, en uno de esos líderes que actúan en la sombra y son los verdaderos sostenedores de los ideales en las corrientes ideológicas: pretendía renovar el partido conservador sobre bases de cristianismo que le permitieran la competencia con los partidos de izquierda, superándolos al apoyarse en la religión que éstos descartan pero que el pueblo tiende por humana necesidad a conservar. El actual movimiento social-cristiano había nacido de estos esfuerzos suyos, sin que ahora figurara nunca su nombre, y otros recogían políticamente los laureles que a él para nada le interesaban, ya en marcha ese movimiento del que esperaba vida nueva para un partido sin el cual, o si se debilitara, Chile iría al descabro, sostenía con ardiente y patriótico convencimiento.

Sin embargo, desde el comienzo de los disturbios hitle-ristas, y sin haber alcanzado a contestar aquella carta, que tal vez nos había hecho pensar en Chile como puerto de salvación si llegara el caso de vernos obligados a abandonar la insegura Alemania nazi, sólo sabía yo de Alberto, que figuraba en la guía de teléfonos con su estudio y habitación en un edificio nuevo de departamentos en pleno centro.

Decidido a abrirme del todo con este buen amigo, fui en busca suya en cuanto hube sepultado a Rita. Llegué de incógnito al estudio, sin haber pedido hora. El mozo me hizo pasar a la salita de espera, diciendo que un cliente acababa de entrar y que había otra persona citada, que si quería esperar tomara asiento, pero que sería preferible apuntarme para otro día. Me senté y me puse a leer "El Mercurio", que estaba sobre la mesa entre otros diarios y revistas. De

pronto el mozo introdujo a la persona citada, que pasaría después de la que estaba adentro. Yo no había levantado la vista, pero un perfume y cierta levedad en el paso me indicaban que sería una dama. Ya me preguntaba a mí mismo si no resultaría inoportuna mi presencia y me disponía a marcharme discretamente: pero quedé paralizado, de pie, frente a Teresa que sin vacilación alguna había casi gritado mi nombre.

—¡Pedro!

—¡Teresita!

Que yo la reconociera, nada tenía de extraño porque, lejos de ser la mujer madura que suponía, había tan poca diferencia entre ella y la muchacha de mis recuerdos, que apenas parecía haberse hecho mujer.

Con todas las complicaciones que acababan de surgir desde que había puesto el pie en la estación Mapocho, mi proyecto de sorprender a Teresa, en son de fantasma que desapareciera tan pronto apareciese, se había desvanecido. No me interesaba despedirme, irónico, de ella, cuando me salían al paso austeros deberes paternos.

¡Y, ahora, en vez de ser yo quien diera sorpresa, era Teresa que me la daba, y de qué manera!

Se puso a hablarme con tal exuberancia, tal volubilidad, que me sentía aturdido. No me daba tiempo de réplica cuando entremedio del rápido y nervioso relato de su vida pasada saltaba alguna pregunta. Hubo momentos en que llegué a pensar si no estaría un poco loca. Lo estaba, efectivamente, de esa locura de felicidad que, contrariamente a la otra, la del dolor, muy raras veces se adueña de estos pobres humanos para revelarles que una dicha incontenible ha de voltearles momentáneamente el espíritu, si no el golpe—el shock—sería demasiado fuerte dando la muerte misma. De pronto me tomó del brazo diciendo que era mucho lo que tenía que desahogar de su alma

reprimida, que no era ese el sitio, y me entrenaba hacia la puerta sin permitirme ninguna resistencia, pues sus ojos y su voz suplicaban de extraña manera, y en mujer de mundo como lo era, tan violentas demostraciones, tanta exaltación, me confirmaban en la idea de un súbito trastorno y no me atrevía a contrariarla, y la seguí hasta su coche en el que llegamos a la casa en que vivía por el barrio de Los Leones.

Yo estaba bien resuelto a no dejarme engañar por una posible histérica—duda que de pronto me había asaltado mientras corría por Providencia el auto en que me había raptado. Cuanto más hablaba ella, más callado permanecía yo. De súbito, se detenía y me miraba largamente, diciéndome luego “pero habla, di algo”. Me hubiera muerto antes que dejarla adivinar—¡y las mujeres tienen unas antenas para esto!—el verdadero trastorno interior en que me debatía silenciosamente, y que hacía de mí su presa. ¿De qué serviría que hubieran transcurrido tantos años llevando cada uno por su lado vida propia? ¿El tiempo no era factor de olvido? Si no lo era, si no cambiábamos, ¿no se venía al suelo mi teoría de nuestro continuado morir? Me veía afrontado a la necesidad de aceptar que “algo”—¿el alma?—permanecía en nosotros, los humanos, o sería precisamente ese hilo que enhebra las perlas del collar y que yo había llamado solamente nuestra individualidad por representar una herencia más directa de nosotros mismos y continuada dentro de un período dado de años. Pero, por otra parte, era muy posible que no existiera ese “yo” esencial, un tanto correspondiente al “yo” extratemporal de Proust, sino que el poder herenciante de nuestros sucesivos “yo” fuese de tal intensa identidad que, así como no había cambiado Teresa en su físico, tampoco cambiase su espíritu; y para mí, dentro de muchos cambios, bien podía haber sobrevenido al envejecer—y del momento que tanto me costaba conformarme a la personalidad que había tratado de imponerme con mi anhelo de

ser un Difunto Matías Pascal—un inesperado retorno del modelo invisible latente que dictaba sus leyes al Pedro de los quince años, y así como había resucitado ante la hija de Rita el muchacho cuyos sentidos su madre despertara, bien podía ahora revivir, esta Teresa mujer, el espectro de aquel otro muchacho, sentimental y apasionado, que precediera al anterior levantado por la primera Rita y que le había dado muerte sólo aparentemente. Y éste amaba otra vez, encarnándose en mi cuerpo envejecido, y con igual ímpetu que a los quince años amara a la Teresita adolescente: amaba, sí, cuánto, con qué arrebatos, a esta “troublante” Teresa. Ya no pude negármelo a mí mismo ni disimulárselo a ella, cuando junto con penetrar en la salita donde me hiciera pasar se arrojó espontáneamente, irresistiblemente, en mis brazos. Más adelante vinieron las explicaciones sobre su conducta de muchacha, en la edad de la inexperiencia que hace cometer tanta torpeza.

Había dudado de si yo la cortejaba sin atreverse a esperar tanta dicha, y sólo mucho después se había explicado a sí misma sus propios inconscientes manejos de instintiva coquetería para atraerme, quizás, para defenderse de sí misma, posiblemente; doble máscara, sin duda, tras la que esconde su pudor la naciente pasión amorosa. Y yo, con no menos torpeza, con igual instinto de defensa, me había valido de este pretexto de engaño para facilitarme la huída de la felicidad, la huída ante un sagrado mandato: y así, como tantos otros, habíamos deshecho nuestras vidas con nuestras propias manos inexpertas, o en demasía expertas: con manos de humanos gatos que afilan las uñas para mejor desgarrarse, nos habíamos hecho sangrar con las mil heridas del amor contrariado que son las que lo enardecen. Por eso, a tanta distancia de años y de espacio, la atracción de Teresa, sorda, lejana, continuada—aunque insospechada—había sido ineludible. Pudo no haberse llevado a cabo

nuestra última y reveladora conjunción, y entonces yo habría ignorado al morir que ni Rita, la madre de mi hijo, ni Ud., María, que imaginé tan decididamente mi esposa, bastaban a liberarme: algo más completo que saciara sedes complejas del alma y del cuerpo me esperaban en Teresa. Pero la amada llegaba tarde, a la hora postrera de mi vida, quizás si para que se cumpliera mejor el sino de las grandes pasiones que necesitan la rúbrica de la muerte.

Pasado el primer momento de la ebriedad amorosa, me siento nuevamente escéptico y no quisiera volver al sufrimiento de mis quince años. Las explicaciones de Teresa se me hacen sospechosas, me parece que sin duda me ama y debe haberme amado durante todos estos años, pero algo enigmático hay en esta Gioconda. Los amores que la gente—esa gente invisible que lanza los chismes—insinúa que ha tenido, no se deben, me parece, solamente a querer olvidarme. Se ha rumoreado bastante sobre éstos, aunque nadie puede asegurar nada, como el mismo Alberto me lo dice, y a pesar de que su interés de rival celoso, primando sobre el cariño del amigo, debería inclinarlo a apoyar esos rumores según los cuales los tres supuestos noviazgos de Teresa, desde su viudez, habrían sido más que noviazgos, siendo una manera fácil de tener amores, para una mujer de mundo, esconderlos tras este disfraz.

No puedo, no quiero sufrir a este respecto como ya he sufrido; y lo que en un primer momento de locos arrebatos pudo hacerme pensar que valía la pena vivir unos cuantos años más, siquiera los que me restan de relativa juventud, reconciliado con mi destino, adaptado a la normal existencia con una esposa y un hijo, me parece ahora una tentación más de las con que nos hace su víctima ese Dios sádico que se empeña en hacer sufrir a los humanos.

Con mi natural instinto de defensa, le previne de inmediato a Teresa que no me casaría, que tenía que

emprender un largo viaje sin poder decir cuándo regresaría o si regresaría. Le confesé, además, como una excusa, la existencia de Pedrito. Pero esto, lejos de alejarla de mí, parecía atármela, pues en cuanto conoció al niño se enterneció al encontrarlo mi vivo retrato y me pidió que se lo dejara como un consuelo, si era irrevocable mi decisión de abandonarla por segunda vez. Si yo me negaba a hacerla esposa mía, quería ella de todos modos ser la madre de mi hijo. Me pareció tan sincera al rogármelo, y tanto la hacía sufrir esta perspectiva de nuestra separación—inconcebible, según ella, y que lo era en realidad de no mediar las razones que sólo yo conocía y no podía entrar a explicar—que le agradecí su interés por el niño y acepté, muy gozoso, comprendiendo que ya se lo había conquistado y parecía Pedrito avenirse más con ella que conmigo. ¡Pobre Rita, nunca imaginara todo el dinero que va a tener su hijo y la educación de príncipe que va a recibir! Me pregunto si valdrá la pena, al adoptarlo también Teresa, cuya fortuna pasaría íntegra a sus manos, que me moleste yo en ir a Chillán, no ya sólo a despedirme de mis muertos, sino a establecer mis derechos sobre el fundo en la parte que me corresponde. Por lo que respecta a Rodolfo, ya se encargará Alberto, llegado el momento, de comunicarle lo que haya de serle comunicado.

Entonces, si no voy a Chillán, si ya he resuelto los problemas que aquí se me presentaron y me vi con Teresa y con Alberto, aunque en tan diferentes circunstancias de las que yo previera; si el amor de Teresa, lejos de modificar mis planes ha venido más bien a reforzarlos por el temor a nuevos sufrimientos que me serían intolerables ahora—y los tendría, lo sé, lo presiento, no podría ella, por ser el tipo de mujer que es, no hacerme sufrir—: ha llegado, pues, la hora de tomar aquella gran resolución que me demuestre que existe ese libre albedrío que me he empeñado en negar; ha llegado la hora de hacerlo existir en el acto de mi suicidio.

Sí, no he de acobardar. No he de permitir que Teresa agoste mi voluntad de hombre y me envuelva como una fragante enredadera con su encanto de mujer hecha para el amor. Me llama desde siempre una fría sirena a la que de todas maneras he de entregarme con o sin mi voluntad algún día. Que sea ya, entonces, y por mi voluntad.

No dejaré, como había creído necesario, un capítulo aparte para despedirme y decir mis últimas palabras. ¿Por qué habría de darles mayor solemnidad de la que merecen, siendo yo un hombre que vivió con sencillez, que redactó tal como salieron estas páginas? ¿Por qué aplazar todavía lo que puede suceder esta misma tarde? ¿Por qué no desechas los últimos abrazos que pudieran atarme a Teresa: y tanto papeleo y plática jurídica que estarán mejor en manos de Alberto? Horas más, horas menos, de amor y amistad, ¿qué significan en esta ilusa y escamoteadora vida que más parece un juego que una cosa seria? Jugar al papá y a la mamá, jugar a tomar el té, como lo hacíamos con mis hermanos, con esta misma Teresa y este mismo Alberto cuando teníamos diez años, me sabe ahora a mayor realidad que el casarse y tener hijos y hacer la insípida vida social con que *juegan*, en verdad, los humanos, a vivir.

No soy bueno para las estadísticas, ni me gustan, pero si no escaseara el tiempo me daría el trabajo de levantar una, muy curiosa, en qué posiblemente no han pensado ni los americanos que siempre buscan en "tantos" la solución de todo. Que otros se den la molestia de averiguar bien, con números, lo que al despedirme insinúo: si descontamos las horas en que dormimos, las que gastamos en vestirnos, comer, trabajar, ¡cuántas nos quedan disponibles para el amor, la amistad, el arte, para nuestra vida interior? Muy pocas. ¿Qué se ha oído de música en un año? ¿Qué se ha leído? Todos hablamos del Quijote y de la Divina Comedia: si algunos conocen el primero, bien pocos han tenido tiempo

para leer al Dante... que leerán cuando... en ese vago día que nunca llega porque se le anticipa la muerte naturalmente. Y ésta se anticipa también a la confidencia íntima que vamos a hacerle a nuestro mejor amigo, a la declaración de amor—para los tímidos—que siempre quedará postergada. Hablamos continuamente de nuestros parientes y amigos creyendo que estamos en estrecho contacto con ellos, pero si no fuera por la imaginación que llena los intersticios, y sumáramos las veces que hemos conversado con ellos, no digo en privado—que sería nunca—sino en las llamadas reuniones familiares, reuniones sociales, quedaríamos espantados al constatar que, sumando, no alcanza a una semana durante un año, a uno o dos días, con mayor frecuencia, lo que *nos vemos* con ellos. Y digo con intención "*nos vemos*", porque en estos casos no hay *comunicación* con los demás, que es lo importante. Por eso, también, se parece tanto, no sólo a jugar al papá y a la mamá, sino a una real representación teatral, nuestra vida, y quedan fuera del escenario los personajes que tienen "vida interior". Prefieren irse o esconderse, refugiándose en donde viven de verdad. Y así, se aíslan para oír sus voces profundas, los artistas, y huyen del mundo un Rimbaud, un Gauguin, un Proust. Otros, que no supieron abrir las puertas del arte, prefieren morirse, que es la gran evasión. Todos ellos son almas nocturnas para quienes la necesidad vital es el sueño, despierto o dormido, y para éstas no son en cierta manera perdidas—ni para nadie, aunque algunos no lo saben—las horas en que la muerte del dormir nos cierra los ojos cada día: la vida inconsciente les recupera con maravillosa plasticidad todo lo que ha soñado nuestra especie desde el hombre cavernario—tal vez, desde antes, desde el animal, desde el vegetal, desde el mismo mineral: todo está animado—tal como vive el embrión en su desarrollo las diferentes etapas, desde el unicelular y el pez, hasta alcanzar su incorporación

humana. Y la otra muerte más larga, que abarcará millones de siglos, al cerrar el ciclo de una constelación humana con sus múltiples "yo" temporalmente acallados, cuyo soporte material—ese cuerpo convertido en cadáver—comienza a disociar sus fibras; aquella larga noche que empezará con pesadillas de gusanos roedores, tendrá sus sueños poéticos, cuando desde una placenta de podredumbre surjan flores cuyo perfume se evapore y transubstancie en lejanas estrellas.

"La Vuelta Eterna" es mi promesa de no morir sin despertar, y si he de sufrir en miles de vidas todo lo que he sufrido, también volveré, ¡oh, amor! a sentirme divino en mi pobre humanidad. En este ciclo mío individual, elijo, como un buen dramaturgo, mi hora para bajar el telón sobre el momento culminante de euforia. Deseaba acabarme, por fracasado, por considerarme una semilla loca en el viento, que no supo plantarse. Pero era más sabio mi destino profundo, y a pesar mío, para que no se apague la antorcha mientras duermo, habrá un Pedrito que me continúe como Juan José y José María continuarán más indirectamente a José, y la compleja constelación de los Frankstein—que no logré sepultar del todo en Chillán—seguirá irradiando sobre esta tierra, de generación en generación, hermanándolos a otras razas forzosamente. Y como Sem, Cam y Jafeth—con sus propios Abeles y Caínes—seguirán extendiéndose por nuestro mundo y evadiéndose en mundos siderales, estos descendientes de Noé, cuya arca sigue flotando y salvando de todos los diluvios a los seres de la creación.

---

## POST FACIO

### Palabras de la autora al lector

Cuando comienzo alguna obra, nunca sé bien lo que me propongo hacer. Salvo, naturalmente, en los temas históricos que imponen su esqueleto propio. Tampoco tengo idea clara de mis personajes, ni sospecho cuál es el rumbo que van a seguir, o qué les irá a suceder. En esta última novela, con mayor sujeción todavía a este plan sin plan, fui dejando correr las teclas de la máquina como quien improvisa en el piano un esquema de sinfonía. Se comprenderá, entonces, que visto desde mi caso personal, considere al escritor como sólo una antena receptora y transmisora que da lo que recibe tal como lo recibe: si está bien, no parece que merezca aplausos; si mal, no ha de sentirse demasiado implicado. Al iniciar sin trabas de ninguna especie la obra que ahora ofrezco, mi situación era la de un lector que el tema va tomando y sigue adelante. Pedro Frankstein—el héroe—me ha llevado, así, tan lejos, que la desorientación de mi desorientado se me traspasaba, exigiéndome un norte. Desde muchos años yo no creía sino en la psicología, y el nihilismo de mi personaje era bastante el mío propio; pero al echar a caminar este hijo de la fantasía, se me ha meti-

do por los prohibidos senderos de la imposible metafísica, y ansiando seguirlo, me pregunto: ¿adónde se iría? Se ha desvanecido en una extraña ausencia. Tal vez no se haya ido para siempre. María lo habrá buscado como él la buscara, y a mi vez no me resigno a perderlos a ellos del todo. ¿Por qué no otearía sus huellas, entonces, desde la novela-suma que se necesitaría? Saber más de su terrestre vida e investigar las posibilidades que, como universales seres, les reservan los arcanos de la otra misteriosa vida del cosmos, agregada a la no menos misteriosa vida que cobramos dentro del pensamiento de nuestros semejantes, a cuyo espejo hemos de aprender a acercarnos para apreciar si nos deforma o, por el contrario, si completa nuestra figura: no somos tan sólo nosotros mismos variando en el tiempo, sino—por añadidura—nosotros más las reacciones que nos aportan los demás. Enfocado de esta manera el asunto, mi novela se me perfila como un primer esbozo, completo en sí como esbozo, pero que puede tomar proporciones más vastas. Tan grandes, quizás, que sería motivo de no atreverme con un trabajo superior a la capacidad de mi antena y me parece la fulminaría. Entrego, así, lo que pudo hasta ahora ser captado, tal como lo capté débilmente.

Comenzada en 1940, la obra fué interrumpida en su primer tercio durante cuatro años. Al volver de los Estados Unidos, en 1945, el deseo de continuarla me puso nuevamente frente a la máquina y pronto quedó terminada. Pero dificultades con otro editor—las de siempre, las que dejan en manuscrito las obras—impidieron la publicación a su debido momento. Dos veces la envié, entretanto, a los concursos anuales de la Sociedad de Escritores, donde en la primera ocasión no fué siquiera hojeada. Nascimento quiso tentar la aventura de publicar aquel manuscrito, supuesto abandonado por un viajero incógnito. Es esto ya una recomendación. Pero un escrúpulo me asalta al verlo salir a luz:

¿no será la verdad misma que lo que yo entregué me fué entregado por el dueño de un hotel? Cuentan que un marcellés—los dicen embusteros por exceso de imaginación—le contó a un amigo, por burla, que una sardina de tamaño nunca visto estaba obturando la entrada del puerto de Marsella; cuando éste, un tanto incrédulo, se encaminaba a verificar el hecho inaudito, le siguió los pasos preguntándose a sí mismo: “¿Y si fuera cierto?” Como ese buen hombre, he salido creyendo en el hotelero; he leído ávidamente el manuscrito remitido; me empeñé en que fuese editado. Y ahora, estoy convencida de que se impone una búsqueda total de Pedro Frankstein. Lo intentaré, porque me apasiona el enigma del hombre: ¿quién es, de dónde viene, adónde va? Aunque se fulmine mi antena, estaré al escuche, y si algo se me transmite he de comunicárselo algún día a los lectores a quienes les preocupe la suerte de los Pedros.

### (Viene de la otra solapa)

mos en uno fundamental: "Caleuche" es terriblemente una novela chilena. Y ello entendemos que tiene mucha importancia. Mientras notables escritores buscan esa fuerza chilena en simples factores superficiales, Magdalena Petit, al margen de toda moda, de toda escuela, ignorando la existencia de corrientes como la de tanto arraigo, la criollista, *halla* una expresión chilena y *afirma* una columna chilena en el templo de la literatura universal... Si este libro de Magdalena Petit nos llegase traducido del sueco, quizás se venderían millares de ejemplares... Ojalá pudiera escribirse en Chile obras como ésta a menudo".

"LA QUINTRALA" (Premio "La Nación")

MILTON ROSSEL ("Zig-Zag", 1946).— "La reedición de "La Quintrala", de Magdalena Petit, renueva la actualidad de esta novela que tan elogiosos comentarios mereció cuando fué publicada por la primera vez. Una relectura es una excelente oportunidad para rectificar o ratificar los juicios que entonces se formularon. Tiene "La Quintrala" tales calidades artísticas, que no se puede menos que destacarla como una obra maestra dentro de las letras chilenas, como un acierto literario que sólo se produce distanciadamente, y que, por lo general, los autores no repiten".

"DON DIEGO PORTALES" (Premio Municipal, 1947)

ALONE ("El Mercurio", al reeditarse "Don Diego Portales").— "El drama de la vida y la muerte de Portales; sus amores, sus odios, tan vehementes éstos como aquéllos; el destino providencial del hombre que extrajo a la república del caos y le enseñó virtudes primordiales; la rectitud del político, dueño de la hacienda pública... la inflexibilidad del justiciero... el libro de Magdalena Petit ha logrado captarlo y moverlo en una síntesis coloreada, expresiva, vibrante y penetrante, fruto, no de la erudición libresca, sino del amor intuitivo, de la simpatía adivinadora. La segunda edición de la obra confirma el juicio que mereció a la crítica, a esa forma de crítica ejercida en los diarios, que no es, ciertamente, la única; y sólo cabe lamentar que el hombre mismo, el político, el gobernante, dentro de su órbita, no tengan también en estos tiempos su segunda edición".

PRINTED IN CHILE

---

FABRICACION CHILENA